

ALFAGUARA

# David Foenkinos

## Dos hermanas



Narrativa Internacional Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

# David Foenkinos

## Dos hermanas

Traducción del francés de María Teresa Gallego Urrutia  
y Amaya García Gallego

ALEAGUARA  


SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks  
@Alfaguara



@Alfaguara\_es



@editorial\_alfaguara

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

---

## **Primera parte**

1

Al principio del todo, Mathilde le notó a Étienne algo raro en la cara. Así fue como empezó la cosa, de forma casi anodina; ¿no es eso lo propio de todas las tragedias?

2

Si le hubieran pedido que concretase ese «algo», Mathilde habría mencionado que Étienne tenía una nube en la cara, aunque sin saber muy bien en realidad qué quería decir con eso. Hay muchos tipos de nubes: la imagen resulta imprecisa. ¿Qué es lo que le nota a Étienne? ¿Tan solo un mal humor pasajero o el preludio de una fuerte tormenta? Más vale preguntárselo.

—¿Estás bien, amor mío?

—No, ahora mismo no me siento bien.

Lo conocía desde hacía cinco años, los mismos que llevaba locamente enamorada de él. Nunca lo había oído hablar así, expresar con tanta frialdad que se encontraba mal. Se quedó desconcertada, sin saber qué responderle. Mathilde había hecho la pregunta sin pensar, de esa forma intrascendente en que siempre les estamos preguntando a los demás qué tal están, casi sin esperar respuesta. Así que no andaba desencaminada. Llevaba días notando a Étienne raro, como ausente de sí mismo. Sabía que el trabajo lo tenía agobiado, que había un jefe nuevo que lo estaba presionando de forma intolerable; pero, bueno, estaba acostumbrado al maltrato laboral. Había vivido situaciones violentas y nunca se las había llevado, al terminar la jornada, a la vida conyugal. Tanto es así que Mathilde siempre había admirado esa increíble capacidad suya para *desconectar*. Cómo le pegaba esa expresión. A Étienne le encantaba segmentar su vida. Por primera vez, Mathilde se preguntó dónde encajaba ella. ¿En qué segmento? Tenía como un mal palpito. El de haber caído en una zona no afectiva; algo así como un erial que anticipa el rechazo.

3

Étienne estuvo taciturno casi todo el tiempo después de cenar, sin querer dar detalles del porqué. Un suplicio para Mathilde. Se decía que lo correcto era respetar su decisión; que a veces también ella se sentía mal y sin ganas de hablar. De hecho, esa era una de las cosas que tenían en común: el silencio les cicatrizaba las heridas.

Debía hacer un esfuerzo para dejarlo a su aire, rumiando lo que lo tenía tan preocupado u obsesionado, y limitarse a ser una presencia benigna. Entregarse a fondo para que él pudiese leerle en la mirada: «Aquí me tienes para lo que necesites». Pero Étienne acababa de apagar la luz del dormitorio; aunque le pasó a Mathilde la mano por la espalda antes de darse la vuelta en la cama. A ella aquel gesto le resultó desapasionado, por no decir platónico. Quiso volver a encender la luz, decirle que no conseguiría de ninguna manera conciliar el sueño después de semejante sobremesa, pero le fue imposible articular palabra. Para tranquilizarse, decidió viajar hacia los recuerdos de ambos. Se encaminó mentalmente a las imágenes del último verano. Habían pasado dos semanas en Croacia, incluidos varios días en una isla casi desierta. En pleno paraíso, habían contemplado la posibilidad de casarse pronto. Étienne estaba listo para tener hijos. Todo era muy hermoso y muy intenso; como el amago de algo eterno.

4

A la mañana siguiente, Étienne seguía sin ganas de hablar. Se marchó a trabajar un poco antes que de costumbre, y antes de salir del piso volvió a pasarle a Mathilde la mano por la espalda. Otra vez ese gesto automático; y a ella le pareció ahora que se lo hacía como por pena. Mathilde le había dedicado una sonrisa que esperaba que resultase radiante, pero ¡él había vuelto tan deprisa la cabeza! Cuando se quedó sola, le apeteció un cigarrillo, pero no tenía. Estuvo un momento quieta, delante de la mesa del desayuno que había dispuesto con esmero. Le había añadido unos toques de discreta belleza, pensando que si hermoseaba las cosas todo iría mejor quizá. Los ojos de Étienne no lo notaron, no se fijó en esos pocos pétalos de rosa que salpicaban la mesa. Ese era un rasgo recurrente del carácter de Mathilde, esa forma de querer ser positiva y benigna; cuántas veces Étienne se había despertado maravillado de compartir sus días con una mujer así...

5

Mathilde no había llegado nunca tarde al liceo, tenía fama de ser una profesora concienzuda, que quería a sus alumnos «como si fueran sus propios hijos». Eso lo había dicho tal cual el padre de un alumno, en una junta de evaluación. Como de costumbre, llegó puntual al centro escolar del extrarradio parisino. Se quedó un minuto en el coche, mentalizándose de que tenía que librarse de la desazón antes de enfrentarse a la vida social. Pero las palabras de Étienne la tenían obsesionada; era solo una frase, de acuerdo, pero en su mente adquiría las proporciones de una novela rusa. Se observó en el retrovisor; curiosamente, tardó unos segundos en reconocerse.

Cuando por fin salió del coche, se cruzó con el señor Berthier en el aparcamiento. El director era un hombre alto y delgado, como esos que caen del cielo en los cuadros de Magritte. Le tenía a Mathilde un aprecio particular, y cuando al concluir el curso anterior quiso contratarla un centro privado parisino, hizo cuanto estuvo en su mano para que se quedara; al final Mathilde rechazó aquella oferta que parecía muy ventajosa. Por fidelidad, por el apego que les tenía a sus alumnos, y seguramente también porque valoraba que le fuera tan propicio el hombre con el que se cruzaba

ahora. No obstante, cuando este le dirigió la palabra, fingió que se había dejado algo olvidado en el coche. Una excusa para no tener que caminar unos metros a su lado. Esa primera conversación matutina la superaba.

6

Cuando estuvo en el aula, delante de sus alumnos, Mathilde se sintió con ánimos para sacudirse de encima el disgusto; aunque, bien pensado, no, puede que no estuviese disgustada, sino más bien preocupada.

Antes que nada, cruzó unas palabras con Mateo, cuyos resultados escolares habían caído en picado desde el divorcio de sus padres. Siempre tenía con él algún detalle para animarlo, y a veces se quedaba un rato más por las tardes, ayudándole a comprender mejor los textos literarios. Cabía creer que estaba dando frutos porque en los últimos días Mateo progresaba a ojos vistas. Quizá la forma de actuar de Mathilde fuera a cambiarle el destino; aún era pronto para saberlo.

En la hora de literatura estaban estudiando un pasaje de *La educación sentimental*. Todos los años, a Mathilde le gustaba compartir la pasión que sentía por esa novela; en su opinión, era el libro más hermoso de Flaubert. Se acordaba de haberlo estudiado en el liceo y de cómo le había cambiado la vida: a partir de ese momento ya no pudo vivir sino en compañía de la literatura. Así fue como nació su vocación. Empezó a leer el famoso instante en que Frédéric Moreau ve por primera vez a la señora Arnoux; es el nacimiento de una pasión. Flaubert describe así el sentimiento extático del joven: «Fue como una aparición». Pero, al pronunciar esa frase, Mathilde sufrió un lapsus y enunció: «Fue como una desaparición».

7

Durante la pausa para comer, encendió el móvil. Había dejado de mirarlo adrede entre clase y clase para aumentar las posibilidades de encontrarse con un mensaje. Esperó un rato, a veces en el centro fallaba la cobertura, pero no pasó nada. Aquel vacío en la pantalla le dolió en lo más hondo.<sup>[1]</sup>

Sabine, la compañera con la que mejor se llevaba, aunque no como para afirmar que fueran amigas, la estaba esperando para ir al comedor. La dos mujeres solían comer juntas; conversaciones entre pasajeras del mismo trabajo. Mathilde le hizo con la mano una seña que quería decir: «No me esperes». O que quería decir: «Enseguida estoy contigo». O que quería decir: «Hoy no tengo hambre». Nunca se sabe del todo lo que quiere decir una mano. Aun así, Sabine entendió que le tocaba comer sola.

Mathilde se quedó un ratito en el pasillo, mirando el móvil. Estaba tremendamente resentida con Étienne por abandonarla así en el silencio. Solían llamarse o, al menos, escribirse mensajes varias veces al día; y más si se habían despedido de malas. Ella había respetado su malestar, pero llega un momento en que, por amor o por educación, tanto da, no es de recibo dejar que el otro siga sin entender nada. Estaba tremendamente resentida y aun así no necesitó más de un minuto para animarse y escribir: «Amor mío, no dejo de pensar en ti. Espero que hoy te encuentres algo mejor. No te olvides de que aquí me tienes. Me muero de ganas de verte esta noche». Por la tarde encendió el teléfono después de cada clase, pero seguía sin llegarle nada, ni la mínima respuesta; la misma agresividad en forma de ausencia.

8

Esa misma noche, Étienne por fin le puso palabras a lo que le andaba rondando. Dijo bastante ansioso: «Voy a dejar el piso». Mathilde no acababa de entenderlo. Resultaba enrevesado o torpe. ¿Por qué no decir: «Voy a dejarte»? Hablaba del piso como para concretar esa situación que no lograba definir. Las rupturas siempre están empantanadas de vaguedades, de cosas que no se dicen, y a menudo de mentiras que se dicen para no herir. Fue ella la que tuvo que insistir para que fuera más preciso, para que encontrara las palabras de la sentencia que iba a condenarla.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres que vivamos en dos casas?

—No, no es eso.

—Entonces ¿qué? Étienne, por favor, dime algo.

—Es que me cuesta mucho.

—Me puedes contar lo que sea.

—No sé yo.

—Claro que sí.

—Te dejo. Lo nuestro se ha acabado.

Mathilde se quedó atónita. No tuvo fuerzas, al menos al principio, para decir ni una palabra. Étienne se le acercó, para volver a hacer el maldito gesto de pasarle la mano por la espalda; de modo que sí que se lo hacía por pena. Lo rechazó con brusquedad y luego balbució:

—No puede ser. No puede ser. No puede ser.

—Lo siento.

—Este verano... estuvimos hablando de... Querías que nos casáramos.

—Ya lo sé.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Así es como lo veo ahora. Es lo que hay.

—Pero nadie tiene derecho a dejar de querer así por las buenas. No puede ser.

—...

—Danos una oportunidad, por favor te lo pido.

—Ya lo he decidido. Voy a quedarme en casa de mi primo mientras encuentro otro piso. Tú te puedes quedar aquí.

—¡Quedarme aquí! ¡Quedarme aquí! —estalló, por fin, Mathilde—. ¡Pero si eso es imposible! Aquí estás por todas partes. Por todas partes. Por todas. Aquí me moriré. ¿Te crees que voy a



poder dormir en nuestra cama sin ti? ¿Eso crees?

—No lo sé. Lo que no quiero es complicarte la vida, nada más.

—¿No me digas? ¿Te importa lo que yo siento? ¿De verdad? ¡Pues explícamelo!

—No es por ti...

—Ah, no, no me vengas con tópicos de mierda. ¡Eso sí que no!

Entonces se desplomó en el sofá, como retorcida de dolor. A Étienne lo dejó paralizado verla así; la cara de sufrimiento de Mathilde parecía casi inhumana. Acabó por acercarse; ella volvió a rechazarlo, aunque no le quedaban fuerzas. Era como si su cuerpo en realidad ya no existiera. Al cabo de un minuto, o puede que más —era difícil medir el tiempo—, le pidió que se fuera, que se fuera en el acto, sí, vete, vete ya; repetía una y otra vez esa intimación, como una letanía morbosa. Étienne la miró una última vez, directamente a los ojos, y se resolvió a dejar el piso.

Al cabo de un rato, cuando Mathilde se dio cuenta de que de verdad estaba sola, le envió un mensaje: «Te lo suplico, no lo hagas, me voy a morir».

## 9

Más tarde, entrando ya la noche, mientras seguía postrada en el sofá, pensó: «No tiene que saberlo nadie». Obedecía a una lógica extraña: «Si no lo sabe nadie, es como si no existiera». Estaba pensando en el liceo. De ninguna manera ni Sabine ni nadie podían enterarse de lo que acababa de pasar. De cara al resto del mundo, Étienne casi la había pedido en matrimonio el verano anterior en Croacia, así que iban a casarse. Le mandó numerosos mensajes a lo largo de la noche, que iban desde la petición de explicaciones hasta la súplica. Ninguno recibió respuesta, y a Mathilde le entraron ganas de tirarse por la ventana.

A eso de las doce, bajó a un bar a beber vino. Nunca se había imaginado que algún día acabaría así, con esa necesidad irrefrenable de emborracharse para erosionar la índole intolerable del dolor. Un hombre se puso a hablar con ella; pensó que podía acostarse con él puesto que ahora estaba sola. Bueno, acostarse no, pero sí brindarse sin motivo alguno, salvo quizá el de ensuciarse, huir o morir. Al final subió otra vez a casa, la borrachera no la había liberado. El dolor que se adueñaba de ella le daba a su cuerpo una agudeza sin mella. El castigo que se avecinaba iba a ser el de la lucidez más ácida.

## 10

La mañana llegó como una prolongación de la noche, es más: con el color de otra noche.

## 11

Mathilde se dio una ducha muy larga, como si al lavarse, al frotarse enérgicamente el cuerpo con jabón, pudiese borrar lo que acababa de ocurrirle. Decidió tirar la ropa a la basura (un arrebató). No quería volver a ver nunca más lo que llevaba puesto el día en que Étienne la dejó. Ejecutó todas esas acciones de forma mecánica y hasta algo violenta, como una guerrera. Pero estaba sola en ese combate que debía entablar: no tenía a nadie enfrente, atacaba a un ejército de sombras.

12

Al salir del coche en el aparcamiento del centro escolar, se cruzó con el director; como cada día, de hecho. En el núcleo de la vida que se desmorona, todo permanece inmutable, en un ballet que no obedece a las tragedias de cada cual. El señor Berthier tenía la misma cara que otras muchas mañanas y soltaba con una sonrisa las gratas trivialidades rutinarias. Mathilde se prestó al juego del «muy bien, ¿y usted?». Se dio cuenta de lo fácil que resultaba no ser una misma; se había imaginado que todo el mundo le vería el desamparo en la cara. Ni mucho menos; el señor Berthier, como todos los demás figurantes de aquel día, no iba a notarle nada fuera de lo normal. Lo cual le haría sentirse aún peor. Claro está, no quería dejar que se le trasluciese nada de lo que sentía, pero ese baile de disfraces generalizado iba a meterla de golpe en la evidencia de que, pase lo que pase, estamos irremediabilmente solos.

13

Al igual que el día anterior, Mateo la estaba esperando delante del aula. Le alargó un paquete.

—¿Para mí? —preguntó Mathilde, aunque resultaba obvio.

—Sí, mis padres querían darle las gracias.

—¿Por qué?

—Por todo lo que ha hecho por mí.

—Tampoco ha sido tanto.

—No diga eso, profesora. Me ha apoyado y se ha portado muy bien conmigo.

—...

—¿No va a abrir el regalo?

—Sí...

Mathilde rasgó con cuidado el papel de envolver, como si no quisiera estropearlo. Dentro encontró un marco dorado.

—Espero que le guste. Fui a elegirlo ayer con mi madre. Puede poner la foto que quiera.

—...

—¿Le gusta?

—Sí. Gracias, Mateo. Estoy abrumada... —dijo Mathilde, notando que se emocionaba.

Miró atentamente el marco vacío y la carga simbólica se le reveló de golpe. Esa era su vida, su nueva vida. Un marco sin nada dentro. Era como una ironía atroz del destino. Se echó a llorar, con

lágrimas intensas, todas las lágrimas que llevaba reprimiendo desde el día anterior. Mientras había estado bajo los efectos de la conmoción, los ojos no se le habían humedecido. Y hete aquí que el sufrimiento brotaba al encontrarse con un regalo trivial. Mateo, perplejo, acabó por balbucir: «Solo es un marco...». Mathilde le dio las gracias tratando de serenarse. Pero su rostro parecía un reino autónomo e inundado, que anegaba un diluvio incontrolable.

Acabó entrando en el aula, ante la mirada sorprendida de los alumnos. Una chica le susurró a otra: «Estará embarazada. Mi madre, antes de que naciera mi hermana, estaba igual, todo el rato llorando. Por cualquier cosa».

14

Flaubert prevaleció, y al final el día transcurrió a salvo de cualquier otro desahogo.

15

Por la noche, Mathilde se tumbó en el sofá; quedaba totalmente descartado dormir en el cuarto. No había comido nada en todo el día. Y seguía sin recibir ningún mensaje de Étienne. Peor aún, le habían escrito varios allegados. O sea que él se lo había contado a todo el mundo. Puede que incluso les hubiera pedido que se enteraran de cómo estaba la víctima. ¡Qué cosa más patética! La hermana de Étienne le envió el siguiente mensaje: «Mi hermano me lo ha contado. Lo siento mucho. Aquí me tienes para lo que haga falta. Esto no cambia nuestra relación...». Pues claro que sí, lo cambiaba todo. Mathilde ya nunca lograría soportar la presencia de cualquiera que le recordase a Étienne. En cinco años, él había contaminado todo su entorno. Ya no iba a poder ver a nadie; perdía mucho más que al hombre que amaba, perdía toda su vida. Por primera vez sintió algo parecido a la rabia. Ganas de culpar a alguien de su desamparo. Le entraba una agresividad sin precedentes y luego se calmaba, y luego le volvía a entrar, y así una y otra vez. Su estado iba y venía entre la furia y el desánimo. Aunque resultaba agotador, era incapaz de dormirse, como si estuviera condenada a presenciar fríamente su propia caída.

16

Si por lo menos su madre viviera aún, podría haber llorado entre sus brazos.

17

Mathilde se acordaba muchas veces de aquella noche del 12 de octubre de 2002, dos semanas antes de su cumpleaños. Iba a cumplir catorce. Era tarde; curiosamente, no lograba coger el sueño. Oía el resuello de su hermana, que dormía en la litera de arriba. Agathe tenía quince años; se llevaban tan poco que era difícil saber cuál de las dos era la mayor. Casi podría creerse que eran

mellizas.

Fue entonces cuando Mathilde oyó gritar a su madre. Un grito estridente que daba ganas de taparse inmediatamente los oídos. Se levantó de un brinco, pero se detuvo antes de salir del dormitorio. Quizá hubiese un intruso en la casa y su madre había gritado para avisarlas; tenía que atrancar la puerta cuanto antes con algún mueble. Por aquel entonces le encantaba ver programas de sucesos, y seguramente por eso se le había ocurrido fugazmente esa trama morbosa. La situación era muy distinta. Después de que resonara el grito, volvió a reinar el silencio de la noche. Ya no se oía nada; su madre tenía que estar sola. Al cabo, Mathilde oyó, muy bajo, como un estertor continuo que venía del cuarto de sus padres. Se resolvió a ir; andando despacito, como para retrasar el momento de descubrir lo que allí pasaba. Seguía oyendo el grito por dentro, acompañado de todo tipo de hipótesis. Al abrir la puerta, encontró a su madre jadeante, tirada en el suelo, con la cara inundada de lágrimas. Todavía tenía el teléfono en la mano. Esa imagen del sufrimiento de su madre iba a perseguirla siempre.

Al cabo de unos minutos llamaron a la puerta. Era su tía, que había acudido lo más rápido posible. Nada más recibir la llamada de la policía para comunicarle que su marido había fallecido en un accidente de tráfico, su madre había avisado a su hermana. Fue una reacción instintiva; no buscaba consuelo alguno, sencillamente sabía que no iba a estar en condiciones de cuidar de sus hijas. La tía le dijo a Mathilde que era mejor que volviera a su cuarto; qué absurdo, no quería dejar a su madre sola en ese estado, pero estaba decidida a atender a lo que le decían sin rechistar. En ese momento, su propio dolor, el de una niña que acababa de enterarse de que su padre había muerto, era como si no existiera. Esa muerte, casi ni la notaba; lo cierto era que, sencillamente, le parecía imposible. La muerte le parecía algo informativo, no un hecho concreto; como cuando se oye, sin asimilar la realidad, la cantidad de víctimas de un seísmo o de un avión que se ha estrellado en la otra punta del mundo. Tenía la impresión de que su padre seguiría allí a la mañana siguiente para desayunar con ella.

Mathilde volvió a su cuarto y dejó que la tragedia fuera adueñándose de ella paulatinamente. Estuvo un buen rato observando el rostro de su hermana, el rostro apacible que dormía tan a gusto; todavía bogaba por ese mundo que ya no existía. La muerte de su padre iba a catapultarlas a otra infancia, a otra vida. Mathilde tenía la esperanza de que su hermana continuara dormida mucho rato, que prolongara cuanto fuera posible esa estancia a salvo de la realidad. Esa actitud benigna y protectora no reflejaba necesariamente la relación entre ambas. Las dos chicas se peleaban a menudo; a esa edad, las relaciones son una montaña rusa. Mathilde pasó la noche entre el llanto de su madre y el rostro plácido de su hermana.

Después del entierro, la madre se sumió en una auténtica depresión. Las hijas se trasladaron, a regañadientes, a casa de la tía. Después de la muerte de su padre, era como una doble condena.

Pero se daban perfecta cuenta de que su madre ya no tenía capacidad para atender sus necesidades cotidianas. «Le hace falta estar sola para recomponerse», les dijeron en su momento. También había otra cosa que no sabía nadie y que no se podía sacar de la cabeza. La última conversación que había mantenido con su marido, el hombre de su vida, el padre de sus hijas, había sido para pelearse. Por una bobada, nada del otro mundo, lo cual hacía que le resultase aún más insufrible pensar que se habían separado definitivamente estando a malas. Puede incluso que la tensión del momento hubiese influido en el estado de ánimo de su marido cuando se sentó al volante. No, la culpabilidad la estaba llevando demasiado lejos, no había ningún dato concreto que confirmara esa posibilidad. Y más sabiendo que el accidente no había sido culpa de él. Notaba que lo que se adueñaba de ella era más bien un sentimiento de amargura, por no decir asco; le habría gustado decirle por última vez cuánto lo quería. Ahora era ya imposible; se había quedado brutalmente suspendida en esa inconclusión sentimental.

Tenía que volver a ponerse en pie por sus dos hijas. Abreviar el dolor. Al cabo de unas semanas, Agathe y Mathilde volvieron a casa, pero ya nada era como antes. A los intentos de darle algo de vitalidad al nuevo trío les sobraba empeño y les faltaba naturalidad. Las chicas solo aspiraban a una cosa: simplificarle la vida a su madre. Se acabaron las crisis y el hablar de lo que les apetecía, vivían con el corazón amortiguado. El ambiente era muy raro. La madre organizaba veladas de fotos en las que volvían a ver al difunto bajo todos los ángulos. Hablaban de él en presente. Esas retrospectivas a menudo se tornaban morbosas. Las dos chicas notaron que su relación se volvía más estrecha, una forma de alianza necesaria para la supervivencia de la familia. Iban a estar unidas para siempre; como si la muerte acentuase más la cercanía de sus destinos.

Pero no tardaría en producirse un giro de los acontecimientos.

19

Unos meses más tarde, la madre notó un dolor en el pecho; se la llevó un cáncer.

20

Mathilde sabía mejor que nadie, por haber perdido de forma sucesiva y brutal a sus padres, que la felicidad podía volar en mil pedazos. La repentina decisión de Étienne fue como una réplica de lo que ya había vivido.

Al repasar por enésima vez los últimos episodios de su vida amorosa, Mathilde empezaba a descubrir, aquí y allá, las primicias de lo que iba a suceder. Había estado poco lúcida. Ahora que pensaba en ello de nuevo, hacía semanas que Étienne no era el mismo. Los dos trabajaban mucho, y ella se limitaba a decirse que no siempre se puede seguir viviendo al sol, como en agosto. Aunque a veces se ponía nostálgica al recordar lo felices que habían sido en Croacia, aún estaba

convencida de que les quedaban muchas cosas por pasar juntos.

Dejó que se adueñase de ella un sentimiento de culpa; le escribió varios mensajes a Étienne en ese sentido. «Perdóname por no haber entendido mejor lo que sentías, lo que estabas pasando...» Incapaz de asumir que la relación había terminado, la volvía a escribir con distintos enfoques; pero es imposible cambiar una historia acabada. Él no contestó a los mensajes; no porque fuera insensible, sino sencillamente porque pensaba que lo mejor para ambos era no mantener una correspondencia en forma de exégesis de su declive. A pesar de esa falta de comunicación, Mathilde seguía creyendo que aún era posible que Étienne regresara; tendría que darse cuenta de su error. No podían vivir el uno sin el otro. Esa distorsión de la realidad, esa ceguera incluso, permitía a Mathilde seguir adelante sin desmoronarse. Todos los días, en el liceo, pasaba horas explicando textos, analizando las intenciones de los escritores, siendo así que ella ya no tenía las claves para comprender lo que le estaba pasando. Con lo límpidas que resultaban las novelas.[\[2\]](#)

21

Otra novela, la de Sabine. Le encantaba hablar de sí misma; y a Mathilde le venía de perlas, porque desde los últimos acontecimientos era incapaz de la mínima conversación. Hoy no le tocaba explayarse sobre los sinsabores profesionales, sino sobre su vida amorosa. Había pasado la noche con un hombre al que había conocido hacía poco en Tinder.

—Con lo a gusto que se le notaba por escrito..., resulta que el que se presenta es un tío algo agobiado. No te digo más que llegué incluso a preguntarme si los mensajes los habría redactado él. Menos mal que al final se relajó. Nos pusimos a beber y la velada se nos pasó volando. Normalmente espero al menos hasta la segunda cita para acostarme con alguien, ¿sabes? Pero esta vez me apetecía. La verdad es que era bastante guapo. Así que lo invité a casa y nos fuimos directos a la cama. No estuvo nada mal, pero me esperaba algo mejor. Estuvo poco pendiente de mí, ya me entiendes. En cuanto acabamos, se encendió un cigarrillo. Esos ratos siempre son un poco raros, no hay mucho de que hablar. Pero yo quería que se arrancara él primero. Es una cuestión de principios. Al cabo de cinco minutos, por fin se decidió. Y va y me dice que tiene que volverse a casa. Pues vale, estoy acostumbrada, hasta lo prefiero, normalmente no me gusta dormir con nadie. No me atreví a preguntarle si quería volver a verme. ¿Y a que no sabes lo que me suelta el muy capullo? Pues que está casado, así, como si nada. ¿Te lo puedes creer?

—...

—¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Después de un par de trivialidades, va y me suelta, no te lo pierdas, que prefiere contarme la verdad porque hemos pasado una noche genial. «Eres una chica estupenda, así que me ha parecido que debía ser honrado contigo. Tengo que volver a casa con mi mujer.» Ya me conoces, yo no me muerdo la lengua, pero esta vez no supe ni qué contestar. Se puso los calzoncillos, los calcetines y se fue. A saber si lo que me había contado sobre su trabajo, sus aficiones y demás cosas de su vida también era todo mentira. He dormido fatal, ya te lo imaginas. Estoy harta de quedar así, sin ton ni son. Paso de las páginas de citas, prefiero ser una solterona.

—No digas eso..., estoy segura de que encontrarás a alguien que esté bien.

—A ver qué vas a decir tú, que nadas en felicidad.

Toda la tarde, Mathilde estuvo dándole vueltas a esa expresión: «Nadar en felicidad». ¿Qué pasa cuando llegas a la orilla?

22

El silencio de Étienne se le hacía durísimo. Le escribía que necesitaba hablar con él. Él no contestaba. Algunos días le resultaban insoportables. No le quedaba más remedio que encerrarse en el baño del liceo para llorar entre clase y clase.

Sus allegados comunes seguían enviándole mensajes; cada vez que le preguntaban qué tal estaba, Mathilde se sentía más penosa. Le proponían quedar y ella alegaba que estaba hasta arriba de trabajo. Al final accedió a que Benoît, uno de los mejores amigos de Étienne, fuese a verla. Seguramente iba de enviado especial del verdugo, como un servicio posventa de la ruptura. Luego le presentaría un informe. ¿Qué impresión debía darle? ¿Deprimida, para inspirar una compasión que le trajera a Étienne de vuelta, o exageradamente feliz para que lamentara haberse ido? Mathilde no se hacía ilusiones, Benoît iría a verla un par de veces, cruzarían mensajes, pero probablemente acabarían perdiéndose de vista. Se equivocaba en un punto crucial: Benoît no era un emisario. Le preocupaba de verdad saber qué tal estaba. Siempre había sido atento con ella y la había recibido efusivamente en el grupo de amigos de Étienne.

Cuando llamó a la puerta, Mathilde estuvo un ratito observándolo por la mirilla antes de abrir. Parecía un poco agobiado, como cuando se va a visitar a un enfermo cuyo estado es preocupante. Llevaba un paquete en la mano. Mathilde dedujo instintivamente: «Si son bombones, es que se piensa que estoy deprimidísima». Al fin abrió, él le dedicó una amplia sonrisa y le comunicó mientras se metía en el salón:

—Te he traído bombones.

Poco después estaban sentados a la mesa del salón, tomando un té y largando trivialidades. Saltaba a la vista su apuro. Después de comentar la actualidad política y artística, pasaron a sus respectivos trabajos. Lo más difícil en ese momento era evitar a toda costa el silencio, que sería como una grieta que los engulliría a los dos; y al fondo de ese abismo estaría la obligación de hablar de Étienne. Sin embargo, estaba claro que él era el punto de destino de ese encuentro. Todo lo demás no era más que un largo e indigesto preámbulo. Pero bueno, a pesar de todo, Mathilde estaba disfrutando, o casi, de la visita de Benoît, que le parecía erudito y encantador. Lo encontraba incluso delicado, hasta que pronunció la siguiente frase:

—Para él también está siendo duro, ¿sabes?

Eso sí que no podía oírlo. Era él quien la había hundido en aquella abominación, el responsable era él, de modo que sí, puede que tuviese algún que otro momento «duro» y seguramente relacionado con la culpabilidad de haberla dejado sin motivo. Pero Mathilde reivindicaba en cierto modo el monopolio del dolor.

—Te quería de verdad —prosiguió Benoît.

—El amor de verdad no puede acabarse.

—A lo mejor no lo tenemos todo bajo control.

—¿Y qué es lo que él no tenía bajo control?

—...

—Dímelo...

—No, nada.

—Has puesto una cara muy rara. ¿Se supone que tengo que saber algo que no sé?

—No...

—Benoît. No me hagas esto.

—Creía... que te lo había dicho.

—No sé nada. Llevo semanas viviendo en esa nada.

—Yo...

—¿Qué?

—Fue superior a sus fuerzas...

—¿El qué?

—Cuando volvió a verla.

—¿A quién?

—Ya lo sabes.

—...

De modo que era eso.

Iris había vuelto.

Mathilde estaba conmocionada; Benoît quiso recoger velas. Había ido allí con sus bombones, una visita de cortesía, amistosa incluso, y ahora resulta que se convertía en una deflagración. Acababa de detonar una bomba en el salón, lo estaba viendo, lo notaba. Sin embargo, Mathilde intentó poner buena cara y disimular. Al final, dijo que últimamente tenía mucho trabajo, era su forma de superar el mal trago, y que estaba cansada. Benoît lo pilló, quedaron en volver a verse pronto, cosa que, obviamente, no harían. Se marchó.

Y gracias por los bombones.

Iris.

Iris.

Iris.

Iris.



Iris.  
Iris.  
Iris.  
Iris.  
Iris.  
Iris.  
Iris.  
Iris.  
Iris.  
Iris.

Cuando se quedó sola, Mathilde se puso a llenar páginas con ese maldito nombre, como una especie de hechizo maléfico. ¿Por qué Étienne no le había contado nada? Le envió un mensaje inmediatamente para pedirle explicaciones. Le contestó, al cabo de varias horas (debía de estar follándose, pensó Mathilde), que no había tenido fuerzas para contarle la verdad. La verdad imparables. Pura y dura. Una ecuación amorosa que dejaba una víctima: ella. Iris había vuelto, después de pasar cinco años en Australia, y había ocupado de nuevo su sitio. Como si nada. Como si Mathilde no existiera. Había sido algo así como un paréntesis. Toda una vida para nada. Recuerdos, proyectos (se estaba volviendo loca de tanto darle vueltas a la conversación que habían tenido en Croacia sobre casarse pronto), conversaciones alegres o discusiones inanes, todo aquello no había sido más que una vida en forma de sala de espera para la otra.

Esa agresión adicional la remató. Hasta entonces había podido aferrarse a la idea de que había vivido una hermosa historia de amor que había acabado mal, como todas las historias de amor. Era horrible, pero así es la vida. Había rebasado un grado superior en el dolor, con el sentimiento legítimo de haber tapado un agujero en el corazón de un hombre. Ese hombre que era toda su vida. La humillación era completa. Y eso que el fantasma de Iris nunca había dejado de rondarla. No había caído del cielo; había caído del pasado. Al principio de su relación, de hecho, estaba muy presente. Mathilde era consciente de esa presencia sentimental que vagaba, en el inicio de ambos, imponiéndole a veces un tinte melancólico. La verdad era más compleja: a Mathilde la había conmovido aquel hombre magullado por la ruptura. Había leído demasiadas novelas inglesas decimonónicas, que la llevaban a aspirar simultáneamente al romanticismo y al sufrimiento.

Con el paso del tiempo se habían vuelto más y más felices. Por supuesto, le seguía resultando intolerable recordar la otra historia, esa época en la que Étienne había estado locamente enamorado de Iris. El amor siempre debería ser un año cero. Mathilde pensaba en esa mujer de antes y quería saber más.

—Cuéntame lo que pasó...

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí..., eso creo... —contestaba Mathilde, llevada por esa extraña sensación de disfrutar a veces con lo que nos hace daño. Quería conocer el pasado amoroso de Étienne; ese pasado que la ponía frente a una dolorosa evidencia: había amado con mayor intensidad antes de ella.

Su historia fue como sigue: después de dos años apasionadísimos, Iris se había ido casi de la noche a la mañana. So pretexto de querer cambiar de vida. París no la llenaba, no le veía ningún futuro profesional. De joven, estaba convencida de que algún día se iría a vivir a Australia. Unos meses o unos años, lo mismo daba. Marcharse a la aventura y descubrir nuevos horizontes; no es que fuera muy original. Daba la sensación de que «marcharse a Australia» era el eslogan habitual de cualquier europeo a los veinte años.<sup>[3]</sup> Al conocer a Étienne, aquel deseo se había quedado sin cumplir y, a pesar de que lo quería, no había dejado de pensar que esa relación contrariaba su destino. Así que decidió marcharse. Pero Étienne había notado que no las tenía todas consigo. Habría sido mejor que ella hubiese cortado por lo sano y con franqueza. «Por favor, no te vayas...», le suplicó. Y quiso añadir: «Somos felices»; pero hay que rendirse a la evidencia: si una mujer quiere irse a vivir a la otra punta del mundo es porque no es del todo feliz contigo. Intentaba entender sus argumentos, la necesidad de «realizarse», de emanciparse, pero qué estropicio insoportable era ver pisoteada tanta felicidad. Étienne acabó convenciéndose de que algunas relaciones mueren por haber empezado demasiado pronto; Iris no había vivido lo bastante y eso era un lastre en su corazón. Él no podía luchar contra eso. Ella lo dejó y él se quedó atontado por ese final absurdo.

Iris le propuso seguir en contacto, pero Étienne acabó cortando todos los lazos; prefería su ausencia a unos pedacitos de conversación desperdigados aquí y allá, errando como almas extraviadas. A veces se metía en Instagram para ver las fotos de Iris, pero resultó que le dolía demasiado. Así que pasó a la segunda ruptura: la de las redes sociales, «bloqueándola» en todas sus cuentas. Ella hizo lo mismo: el final de un amor moderno.

## 24

Étienne enlazó varias aventuras, acusando cada vez más la ausencia de Iris. Las otras mujeres siempre le recordaban a una misma mujer. Había sido su primer amor y lo vivía como una cadena perpetua.

Y luego resultó que no tenía por qué ser así. Se podía cambiar de libro. La primera vez que Étienne vio a Mathilde, le pareció de lo más encantadora. Cuando le preguntaban cuál era su tipo de mujer, no sabía qué contestar; no creía tener ningún gusto concreto. En teoría, cualquier mujer podía gustarle o disgustarle. Pero Mathilde le gustó desde el primer momento, es más: instintivamente. Iris todavía lo lastraba mucho, pero por primera vez se dio cuenta de que le apetecía estar con otra chica. Y, por supuesto, era recíproco.<sup>[4]</sup> Ella tuvo la sensación que ya conocía a ese hombre, de que no lo veía por primera vez, sino que ya lo llevaba dentro, como una especie de premonición amorosa.

Se conocieron una noche en una fiesta, en la terraza del piso de un amigo común; aunque

tampoco es que fuera muy amigo de ninguno de los dos. Digamos que ambos lo conocían por encima. Uno de esos seres con los que te cruzas en la vida y que, a su pesar, va a ser el organizador de aquello que te pondrá manga por hombro la existencia.

Esa era pues la escena que, más adelante, los dos enamorados iban a comentar una y otra vez. A todas las parejas les encanta, en un arrebato narrativo, rememorar los detalles de su primera vez. Suele parecerles que en ese encuentro todo fue «de locos» o «increíble», aunque la mayoría de las veces todo brille por su trivialidad.

—¿Lo has pensado? Es de locos..., no me digas..., coincidir los dos en la terraza esa al mismo tiempo.

—Sí, increíble.

—Y también es de locos que ninguno de los dos fumase.

—Sí, increíble. Solo habíamos salido a tomar el aire.

—No me digas que no es precioso. Ir en busca de aire... y encontrar el amor.

—¡Es mejor que al revés! Ir en busca del amor... y encontrar aire.

—Ja, ja.

Se reían ambos de esa deliciosa idiotez de su incipiente amor.

Mathilde se fijó enseguida en que a Étienne le daban ataques de melancolía; Iris seguía entorpeciendo esa felicidad que les abría los brazos. Dedicó todas sus energías de enamorada a ahuyentar esa melancolía y a transformar el presente en un reino prohibido para los fantasmas del pasado. Lo consiguió paulatinamente. Un día, Étienne proclamó: «No sé cómo pude quererla, es una cobarde digna de desprecio. En lo que a mí respecta, me importa lo mismo que una funda de almohada». El pasado acababa de llegar a su fin. Al menos de momento.

## 25

Iris había vuelto hacía unos meses. Se puso en contacto con Étienne nada más llegar. No quería que se enterase de su regreso de forma repentina, a través de amigos comunes. Los mismos amigos en cuya casa había peligro de que coincidieran.

A Étienne, la noticia lo dejó atónito. Iris le escribió sencillamente: «Quiero avisarte de que he vuelto a París. Espero que estés bien. Te mando un beso, Iris». Tres frases después de cinco años de silencio. No sabía qué contestar. ¿Debía acusar recibo? «De acuerdo. Feliz regreso.» ¿Estaría ella esperando una señal? Y, lo más importante, ¿quería volver a verla? No lo tenía claro. Se imaginó un reencuentro anodino en un café para ponerse al día rápidamente, contarse por encima los años que habían pasado cada uno por su cuenta, y luego que la conversación terminase en una vía muerta lamentable. La vida pasa y ya no queda nada de que hablar. Por descontado, se evita el tema patético de la separación. Mantiene una conversación educada y social con la persona que en cierto momento fue lo más importante de tu vida; aquella con la que habrías podido suicidarte. [5] Era absurdo someterse a eso. Así que Étienne no contestó.

Al cabo de unas semanas, Iris le envió otro mensaje con el mismo tono desenfadado: «Entiendo que no me contestaras, pero solo quería decirte que me encantaría que comiésemos juntos. Iris». Étienne se sumió en el mismo estado que la vez anterior; era incapaz de saber si le apetecía o no. Aunque sí que se le ocurrió varias veces que le sentaría bien volver a verla. Se imaginaba que había vuelto a París porque no le había ido bien en Australia. Si se ponía narcisista, puede que disfrutara comprobando que Iris había fracasado después de haber decidido dejarlo. No, no era cierto. No sentía eso. Le deseaba lo mejor a esa mujer; siempre le había deseado lo mejor. Con el tiempo, había acabado comprendiendo por qué se había ido. Solo le deseaba que fuese feliz y que encontrase en algún lugar lo que parecía estar buscando sin tregua, como con rabia contenida: una forma de sosiego.

Por segunda vez, Étienne decidió no contestar, pero la noche anterior había sucedido algo. Se trataba de algo absurdo, ridículo, minúsculo, pero cuyas consecuencias resultarían, sin embargo, mayúsculas. Él y Mathilde habían discutido, como cualquier otra pareja que de vez en cuando salta por una nadería. Un enfado sin causa concreta. Solo una desavenencia por un mensaje escrito; una palabra mal interpretada; puede que incluso una coma mal puesta que cambia el tono de una frase. Sí, puede que fuera solo por culpa de una coma. Y era precisamente esa coma la que iba a cambiar varios destinos.

Esa mañana, Étienne salió de casa irritado aún por el malentendido. En casos así, te exasperas de forma desproporcionada. Dices que ya no puedes más. Disfrutas viéndolo todo de lo más negro aunque sepas que esa misma noche estarás encantado de la vida con la reconciliación. Esa tensión pasajera no dejaba la menor duda: Étienne quería a Mathilde. Pero por culpa de esa desavenencia, pensó a lo tonto: «Pues si esas tenemos, voy a contestar a Iris».

Y así lo hizo.

Étienne no le había contado nada a Mathilde de aquel almuerzo, y al final había decidido que le apetecía mucho ir, liberado completamente de los demonios del pasado. Pero enseguida sucedió algo que cuesta bastante describir; algo semejante a una forma de certeza; una certeza espantosa. En el mismo segundo en que vislumbró a Iris, supo que nunca había dejado de quererla, cosa que lo descolocó por completo. Después del encuentro, se fue precipitadamente del restaurante jurándose que no volvería a verla nunca. Esa misma noche, desencajado, le explicó furtivamente a Mathilde que el nuevo jefe le imponía unas exigencias inconcebibles.

Iris no se podía creer lo que acababa de pasar en el almuerzo. Étienne, al entrar en el restaurante (ella había llegado antes que él), no la buscó con la mirada. Localizó en el acto dónde estaba sentada. Tuvieron un instante de titubeo sobre cómo saludarse físicamente, y al final se dieron un beso en la mejilla. Cruzaron unas cuantas trivialidades.

—No has cambiado nada.

—Ni tú.

—Hace ya cinco años.

—Sí, es mucho tiempo.

—No es nada. Me siento como si te hubiera visto ayer.

—Y yo.

En solo unos segundos, la conversación se volvió íntima. Al igual que Étienne, Iris comprendió enseguida que acababan de entrar en una espiral. Pidieron la comida, sin haber mirado la carta realmente.

—No puedo comer —acabó diciendo Étienne.

—Ni yo.

—Llevo cinco años con una mujer —dijo de pronto.

—Ya lo sé.

—Soy feliz.

—Que es lo que te deseo.

—...

De modo que Étienne no contestó nada. Y en mitad de esa respuesta de silencio fue cuando decidió ponerse de pie y marcharse. La miró directamente a los ojos, y eso significaba: «No puedo». O, como en *Las amistades peligrosas*: «No me alcanzan las fuerzas». Sí, no le alcanzaban las fuerzas. Aun así, se quedó un par de segundos[6] contemplándola. Era como un allanamiento de la realidad.

Pasaron los días, con mucho desasosiego. Étienne conseguía disimular casi constantemente lo que lo corroía. Desde fuera no se le notaba lo que estaba viviendo por dentro; esa vida en la que Iris imperaba de nuevo. Ella sentía lo mismo, pero no quería molestarlo. Se había dado cuenta de que seguía queriéndolo, puede que incluso más que cinco años antes; tanto como para no imponerle su presencia y dejarle vivir su amor, puesto que era lo que él quería. No iba a hacer nada para interponerse. Se arrepentía de haberse marchado. Sin embargo, pensaba que si llegaban a retomar la relación, esta vez tendría buenos cimientos; ella había vivido y él había madurado.

Al final volvieron a quedar al cabo de un mes; en esta ocasión, por iniciativa de Étienne. «Espero que te quedes más rato que la última vez», contestó ella. Y él escribió entonces el mensaje «Me voy a quedar toda la vida», que borró inmediatamente. Decidieron, antes que nada, no verse sentados. Para hablar de uno mismo, es mejor caminar. De modo que fueron bordeando el Sena. El cielo era de un gris ideal. Iris habló de su vida en Sídney, sin intentar embellecer la realidad. Pensó instintivamente: «Si volvemos juntos, mejor que lo sepa todo». Contó que había estado casada dos años con un australiano. A Étienne lo sorprendió, creía que era contraria al

matrimonio; la noticia le sentó como una puñalada en el corazón. No podía soportar saber que había querido a alguien lo bastante como para casarse. Pero, sobre todo, ya no cabía duda: que sintiera eso demostraba que efectivamente el amor le había vuelto. Iris siguió contando: como era bretona, había abierto una crepería pequeñita en un barrio popular de la ciudad, y le había ido muy bien. Trabajaba mucho, al igual que su marido; de hecho, se veían poquísimos. Los fines de semana, a veces se iban de acampada. Cuando dormían al raso se decían que todo era perfecto. Pero esos momentos escaseaban, desperdigados en una rutina cada vez más opresiva. Iris no tardó en empezar a preguntarse qué se le había perdido tan lejos de casa. Echaba de menos Francia, cada vez más; era algo visceral. Era capaz de pillar por banda a cualquier turista francés con el que se cruzara por la calle, y veía programas inverosímiles en TV5 Monde solo para oír su idioma. Su país le parecía lejano, tremendamente lejano, tan lejano que no estaba segura de que existiera en algún lugar de la Tierra.

El marido de Iris empezó a dudar de ella. Cuando se casaron, se prometieron tener hijos pronto. Él tenía continuamente la esperanza de que se quedara embarazada. Era su mejor argumento para que no se fuera. Y al final, sucedió. La llevó a un buen restaurante para celebrar la noticia y mientras cenaban se pusieron a hablar de nombres. Todo empezaba a concretarse mucho.

Iris tardó unos días en darse cuenta de que esa dicha equivalía a echar raíces definitivamente. Luego, de esa repentina lucidez pasó a ponerlo todo en tela de juicio y desembocó en una sensación de asco.<sup>[7]</sup> Acabó considerando al niño por llegar como un enemigo de su propio futuro. Sin decirle nada a su marido, pues estaba convencida de que haría todo lo posible por disuadirla, pidió cita en una clínica para abortar. Antes de la intervención, le preguntaron varias veces si estaba completamente segura de la decisión que había tomado. Le daba vértigo tener por delante dos vidas posibles. Acabó ratificándose en su intención original, lo cual no impidió que saliera de allí hecha polvo. Estuvo deambulando hasta la noche en un Sídney que, en realidad, ya no reconocía. Iris no cogió ninguna de las llamadas insistentes de su marido; al final volvió a casa y le confesó lo que había hecho. Él, incrédulo, se quedó un rato sin conseguir reaccionar. Luego balbució: «No puede ser, no puede ser, no puede ser». Dijo tres veces la misma frase, como si la repetición pudiera actuar como un hechizo que cambiara la realidad; pero ya no se podía cambiar nada. Por un instante, trató de comprender a su mujer, que ahora era una desconocida. Ella estaba muda. No había nada que decir. Los hechos eran inapelables. Entonces él, en un arrebato de locura, destrozó todo lo que había en el salón. Con esa imagen de un piso arrasado, la desolación en estado puro, concluyó la estancia australiana de Iris.

Había hablado de sí misma sin sentimentalismos; consideraba lo que había vivido parte de un recorrido iniciático. Le había hecho falta pasar por todas esas etapas para comprenderse, para estar en sintonía consigo misma.

—No siempre es fácil, pero ahora por fin siento que estoy donde me corresponde.

—Estupendo.

—Desde que he vuelto, todo va como la seda. He encontrado un curro que me encanta en una revista de cocina. Pronto van a crear un canal web, y en principio voy a ser la redactora jefa. ¿A

que es de locos?

—Sí, me alegro por ti.

—Y además, te he vuelto a encontrar.

—...

—Otra vez te quedas callado. Eso contigo nunca es buena señal. Significa que vas a irte.

—...

Étienne se la quedó mirando y, de repente, la besó.

29

Fue vertiginoso. Resultaba conmovedor recuperar ese cuerpo que ya conocía, que había amado tanto tiempo atrás. La sensación de descubrir algo que ya llevamos dentro. Un día, Étienne, sin saber cómo decir las cosas, le balbució a Mathilde: «Ahora mismo no me siento bien». No estaba bien porque anticipaba el sufrimiento que iba a causarle; lo obsesionaba. Pero, por otra parte, nunca se había sentido tan bien como *ahora mismo*.

30

Mathilde habría estado dispuesta a aceptar lo que fuera menos eso. Habría estado dispuesta a aceptar a otra mujer, a un hombre, la necesidad de estar solo, lo que fuera; lo que fuera menos a Iris. No iba a poder superar esa noticia. Quiso morirse. Por primera vez pensó en ello de forma concreta. No con palabras que se lleva el viento. Tirarse por la ventana, tomarse unas pastillas, ahorcarse con un fular. Se perdía en un laberinto morbosos lleno de posibilidades. Sin embargo, cuanto más se lo planteaba, más se daba cuenta de que nunca tendría valor suficiente para hacerlo. Iba a vivir. Iba a vivir con ese tremendo peso en el corazón.

31

Al día siguiente, llamó al director del liceo para decirle que se encontraba mal. Al señor Berthier lo sorprendió; en su opinión, Mathilde formaba parte de esa escasísima categoría de seres humanos que nunca se ponen enfermos. O que van a dar clase con cuarenta de fiebre. Pensó instintivamente: «Ocurre algo grave».

32

Desde que Étienne la había dejado, Mathilde evitaba el tema y decía que todo iba bien; Agathe sabía que su hermana era de las que se lo guardan todo, las penas, y también las alegrías, de hecho. Era el pudor personificado, y le disgustaba empantanar a los demás con sus vaivenes. Agathe había comprendido que para ayudarla tenía que imponerse, porque su hermana nunca daría el primer paso. A todas luces, le pasaba algo grave. El día anterior no había contestado a ninguno de sus mensajes, lo cual no le pegaba nada. Llamó entonces al liceo, donde la informaron de que

estaba enferma. Decidió aprovechar la hora de la comida para ir hasta su casa y comprobar que todo seguía en orden, a pesar de lo cansada que estaba: la noche anterior su hijita Lili se había despertado llorando varias veces.

Al principio, Mathilde no le abrió la puerta. Quería estar sola. Nada más que un día. «Dejadme en paz», pensó. Estaba convencida de que era su hermana; tendría que haber contestado a sus mensajes, haberla tranquilizado. Qué estúpida. La consecuencia era previsible, ella habría hecho lo mismo si Agathe hubiera dejado de dar señales de vida. Al final, fue a trancas y barrancas hasta la puerta y abrió; Agathe entró sin decir nada, procurando incluso no comentar lo revuelto que estaba el piso; un caos impropio de Mathilde, a quien le encantaba ordenar y que siempre decía que no podía pensar con claridad en pleno desbarajuste. Agathe fue a la cocina para preparar un té; seguía sin decir nada. Volvió al cabo de unos minutos al salón, donde se encontró a Mathilde postrada. Se le acercó y le pasó la mano por la espalda.

—Aquí me tienes. Sabes que aquí me tienes.

A Mathilde le habría gustado estar sola. Cada uno tiene una forma propia de alcanzar el consuelo, su manual de instrucciones para intentar deshacerse del dolor. Al notar la simpatía de su hermana, pensó que era absurdo creer que podría superarlo así. Necesitaba a sus allegados; tenían que ayudarla a cargar con el dolor que llevaba dentro. Mathilde empezó a hablar de lo que acababa de enterarse. Iris. El regreso de Iris. Que había significado su sentencia de muerte. Un fallecimiento sentimental. Agathe no sabía qué contestar. Seguramente no había nada que decir. Insultar a la otra mujer, tachar a Étienne de loco, ¿de qué serviría? La situación parecía clara y definitiva. Había que conformarse. Aceptarlo. Sin decir nada. Solo aceptarlo. Por fin, Agathe dijo:

—No puedes quedarte aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí, en este piso.

—No sé.

—Ha dejado todas sus cosas. No es sano.

—Tienes razón, pero...

—¿Pero qué?

—No sé. Creo que aún necesito estar aquí.

—Es morboso.

—Pues por eso, es como una tumba.

A Agathe le corrió un escalofrío por la espalda. Su hermana nunca había hablado así; al contrario, siempre había sido fuerte y vital. Se adueñó de ella una sensación de tristeza que, de inmediato, cedió el sitio a la frustración por no saber qué hacer ni qué decir.

—¿Tienes previsto volver a clase? —preguntó al cabo.

—Sí, claro. Mañana mismo.

—Mejor. Tienes que seguir viviendo.

—¿Qué significa viviendo? Pues claro que voy a seguir viviendo.

—Puedes contar conmigo. Lo sabes, ¿no?

—Sí. Gracias.



—¿No te apetece venir hoy a cenar a casa?

—No. Voy a descansar.

—Muy bien.

—¿No echas de menos a mamá? —preguntó entonces Mathilde, sin venir a cuento.

—Sí, claro que sí. A todas horas.

—No..., pero me refiero..., no echarla de menos sin más..., no digo la presencia física..., sino una carencia..., no sé cómo expresarlo..., una carencia espantosa. Casi imposible de superar.

—Sí, entiendo a qué te refieres. Sí, hay días que cuesta más que otros.

Mathilde pensó: «No, no entiende a qué me refiero». Le agradeció a su hermana que hubiese ido a verla; era una forma de darle a entender que le apeteecía volver a quedarse sola. Mientras se ponía el abrigo, Agathe volvió a decir:

—Aquí me tienes, ya lo sabes.

Se fue con una amplia sonrisa, con la esperanza de que esa sonrisa acompañara a su hermana parte del día. Delante del ascensor sintió un desasosiego; esencialmente por un hecho concreto: Mathilde no le había preguntado por su sobrina. Ella, que adoraba a Lili y siempre quería que le mandara más fotos, no la había mencionado ni una vez. Ese hecho dejaba patente lo grave que era la situación.

### 33

Esa misma noche, Agathe envió un mensaje a Étienne: «Mathilde está fatal. Espero que estés seguro de lo que haces».

### 34

En la primera planta del edificio estaba la consulta de una psiquiatra, la señora Namouzian. A Étienne y Mathilde les hacía mucha gracia; les encantaba decir: «Vivimos en una casa de locos». Se cruzaban con los pacientes en la escalera e intentaban imaginarse qué neurosis padecía cada uno. Qué lejos quedaba ahora todo aquello.

Mathilde se había pasado la tarde y parte de la noche dando vueltas en la cama. No había forma de coger el sueño. Su cuerpo, en una maniobra perversa, se negaba a darle una mínima tregua. Eran casi las doce cuando se resolvió a bajar al primer piso y llamar a la puerta de la psiquiatra. Jamás se habría creído capaz de hacer algo así. Llevaba fatal molestar a quien fuera, hasta le costaba entrar en un café para pedir que le dejaran usar el baño, y siempre optaba por decir que una comida estaba exquisita a pesar de no haber probado bocado. Algunos ejemplos de un carácter no tanto introvertido cuanto deseoso de no interferir en la vida de nadie. De modo que llamar a la puerta de un vecino en plena noche le suponía hacer acopio de valor. Pero no tenía alternativa; sentía como una imperiosa necesidad de escapar de sí misma.

La psiquiatra comprobó por la mirilla a quién se le ocurría llamar a esas horas. Le costó

reconocer a su vecina. Cuando se cruzaba con ella, solía estar arreglada y sonriente; sobre todo cuando iba con su novio; eran la parejita ideal del edificio. Pero ahora tenía muy mala cara. Parecía como poseída por una versión más vieja de sí misma. La terapeuta abrió la puerta.

—Buenas noches... —empezó a decir Mathilde.

—Buenas noches.

—Siento muchísimo molestarla a estas horas intempestivas. Es algo... que no suelo hacer.

—No es molestia. ¿En qué puedo ayudarla?

—...

—Cuénteme...

Mathilde ya ni sabía para qué había bajado. Se quedó ahí, pendiente de unas palabras que no llegaban. Se adueñó de ella la vergüenza; una vergüenza que surgía ahora, al calor de ese momento de confusión. Le empezaron a correr lágrimas por las mejillas sin que se diera cuenta siquiera. Zonas enteras del rostro, al igual que del cuerpo, se le quedaban anestesiadas. Sophie Namouzián acabó metiendo en casa a su vecina; saltaba a la vista que estaba en una situación de emergencia.

La acomodó en el sofá y le sirvió una infusión; la misma que estaba tomando ella. Por la noche, al final de las largas jornadas atendiendo a los pacientes, le gustaba quedarse sola en casa para tomarse una infusión y leer. Y, cómo no, pensó Mathilde, tenía un gato. La joven lo contempló un instante y no pudo evitar pensar que ella misma no tardaría mucho en tener uno. Era indiscutible, lo que la esperaba era una vida con gato.

—¿Qué le pasa? —le preguntó con dulzura la psiquiatra.

—No lo sé.

—Intente explicármelo.

—Bueno, claro... que lo sé. Es de lo más anodino. Mi compañero me ha dejado. Ya está.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Yo...

—¿Sí?

—No quiero molestarla con esto...

—No es ninguna molestia.

—Qué amable. En cualquier caso, gracias... Me he tomado la libertad de bajar porque hace días que no duermo..., no me siento capaz de dar clase..., soy profesora..., y hoy no he podido ir..., pero mañana estaré mejor..., voy a reponerme..., sé que voy a reponerme..., mejoraré..., no me queda otra..., tengo que superar la pena..., pero... para eso, necesito dormir..., descansar..., ¿lo entiende?

—Sí, por supuesto. Lo comprendo perfectamente.

—He pensado que quizá usted tuviera alguna pastilla para dormir. Tendré cuidado, lo prometo. No he venido para..., en fin, ya me entiende.

—Sí. Es solo para dormir.

—Eso es.

Mathilde se sintió agotada después de esa sencilla conversación. Era como si hubiese tenido que batallar contra sus pensamientos para transformarlos en palabras. Había tocado fondo en lo que podía expresar. La psiquiatra fue a la consulta a buscar un comprimido de Lexomil.[\[8\]](#)

—Tómese la mitad. Con eso debería poder dormir.

—Gracias, mil gracias —contestó Mathilde, como si acabara de salvarle la vida.

35

Esa noche durmió al principio profundamente y luego se adueñaron de ella multitud de sueños angustiosos; estaba inmersa en una sucesión de situaciones incontrolables.

36

Al día siguiente se despertó con la garganta seca y el cuerpo entumecido. Dormir, había dormido, pero ¿a costa de qué? No se sentía capaz de pensar con un mínimo de claridad. Al ir hacia la cocina, se fijó en que habían metido un sobre por debajo de la puerta de la calle. Quizá fuera de Étienne; se había pasado durante la noche; se arrepentía de todo. Mathilde se abalanzó para recogerlo y se encontró con el apellido Namouzian. Dentro había una receta de Lexomil y otra de antidepresivos, un parte de baja de una semana y una notita que decía: «No, su historia no es anodina. Todo sufrimiento es único. Ánimo. Aquí me tiene si me necesita. Sophie».

37

De modo que había personas bienintencionadas y esa mujer era una de ellas. Sin embargo, a Mathilde le costaba recordar con exactitud lo que había pasado la noche anterior. Había bajado a casa de la psiquiatra, pero era incapaz de reconstituir los detalles de la conversación. La habría tomado por loca; una vecina que se planta en su casa en plena noche. Dicho lo cual, ese era su oficio. Su vida consistía en enfrentarse a los desvaríos ajenos. ¿Cómo mantener así algún tipo de equilibrio? Por un instante, Mathilde se dejó llevar hacia la vida cotidiana de esa mujer. Todos los días atendiendo neurosis, sufrimientos y dificultades para respirar. ¿Cómo se podía oír todo eso si no se tenía algún tipo de insensibilidad visceral que permitiera no contaminarse con el dolor ajeno? Y, sin embargo, esa mujer había subido esa mañana para dejarle una nota; era cualquier cosa menos insensible.

Aunque, por supuesto, fuese algo muy distinto, Mathilde sentía a menudo que se adueñaban de ella las dudas o los temores que asaltaban a sus alumnos; tenía con ellos una verdadera empatía; no se consideraba una especie de guía a la que debían seguir sino, antes bien, una pasajera de su porvenir. Se veía a su lado, llevándolos de la mano incluso, para acompañarlos por la senda del aprendizaje. No le gustaba ese distanciamiento que sus compañeros le recomendaban a veces para no dejar que «se la comieran viva». Era su forma de ser, y ya está. Con Mateo, por ejemplo, se había implicado algo más a fondo que los otros profesores; por eso se preguntaba cómo se las

apañaba esa psiquiatra para dejar en el guardarropa de su conciencia los padecimientos de los que era testigo. ¿Se podía desarrollar esa capacidad para compartimentar las emociones? Le habría encantado poder poner en pausa su propia pena. Habría aceptado llorar hasta quedarse sin lágrimas y luego dejar el sufrimiento en el coche por la mañana, al llegar al liceo. Pasar un día sin acordarse de que la habían abandonado y volver a encontrarse con eso por la tarde, al volver a casa. La gente debería poder dominar su propio cuerpo y sus pensamientos; en cambio, Mathilde se sentía cada vez más sometida a lo que la estaba haciendo sufrir; perdía pie; ya no era capaz de comer, de dormir ni de dominarse; sentía como si otra mentalidad se estuviese adueñando paulatinamente de su cuerpo; seguía siendo ella, por supuesto, reconocía sus movimientos, pero obedecían a otra dirección; una dirección incontrolable, por no decir malintencionada.

38

Después de ir a la farmacia, Mathilde volvió a su casa. Colocó las cajas de medicamentos en la mesa de la cocina. Estuvo un buen rato pugnando consigo misma por si los tiraba o no. No era propio de ella; nunca había sido propio de ella tragarse ese tipo de cosas. Se acordaba de lo desamparada que se sentía cuando iba al hospital, durante la agonía de su madre. Siempre le metían en el cuerpo un montón de cápsulas con las comidas. ¿Y para qué? La habían atiborrado de productos químicos para nada. Bueno, no, para nada no: para atenuar el dolor. Se detuvo en esa expresión: «atenuar el dolor». Ese era su sueño ahora. Nadie podría curarle sus penas de amor, nadie podría hacer nada por ella, eso seguro, pero atenuar el dolor, ese dolor que no paraba nunca, sí, eso era lo que deseaba por encima de todo. Se pasó una hora dejando que la poseyera la belleza de ese verbo, incluso buscó la definición en el diccionario.

Atenuar: hacer menor o hacer parecer menor la intensidad, violencia o gravedad de una cosa...

Eso era exactamente lo que necesitaba. No tenía ninguna esperanza de que desapareciera el sufrimiento, pero volverlo menos intenso, ponerle por encima como una penumbra o un velo, eso sí, eso era lo que quería; no aspiraba a ser feliz, sino a controlar el dolor.

Antes de tomarse un comprimido y volverse a la cama, escaneó la baja por enfermedad y se la mandó por correo electrónico al señor Berthier. Hacer esas cosas tan sencillas le supuso un esfuerzo considerable, pero tenía que avisar al mundo exterior para poder quedarse a la deriva tranquilamente, sin preocupar a nadie. No quería que se le plantase otra vez en casa su hermana o cualquier otra persona. El medicamento le hizo efecto enseguida; Mathilde estaba tan agotada que se pasó el día durmiendo. Dormir era una forma estupenda de atenuar el dolor y lograr que los días resultasen más cortos, o fugaces.

39

Al señor Berthier lo dejó atónito el mensaje. Por supuesto, estaba acostumbrado a las depresiones de los profesores; al desánimo, al agotamiento. Pero en el caso de Mathilde le parecía un acontecimiento de lo más incongruente; incluso pensó, de entrada, que era un bulo. En esa noticia había algo carente de lógica. Tanto más cuanto que había recibido un parte de baja firmado por una psiquiatra; de modo que no se trataba de un problema físico. Con lo bien que la conocía; nadie podría haberse percatado de semejante bajón. Fue algo pernicioso e incontrolable; le causó como una sensación de vértigo esa forma que tenemos de no conocer a los demás.

Poco antes de la hora de comer, mandó llamar a Sabine a su despacho. Mientras recorría el pasillo, a esta le dio tiempo a imaginarse todo tipo de razones para que la citaran tan de repente. ¿Se habría quejado alguien de ella? ¿Un padre, un alumno? Se arrepentía de haberse vestido de negro, le daba un aspecto lúgubre. El señor Berthier se lo echaría en cara, esto no es una cárcel, pero ¿cómo iba a prever que querría verla? Nunca lo había hecho en tres años, nunca; apenas si sabía cómo se llamaba. Daba clase de español, y el español no le interesaba a nadie; hasta las actividades deportivas o el dibujo eran más importantes; en las juntas de evaluación, nunca le pedían su opinión, y si tomaba la palabra para decir que era sorprendente lo mucho que habían progresado Thibault o Anaïs, cosechaba una mueca dubitativa, rayana en la grosería. En todo eso iba pensando camino del despacho del señor Berthier; ese debía de ser el motivo, que quería suspender las clases de español; ya no servía para nada; estaban las lenguas vivas y las lenguas muertas, pero había que inventar otra categoría, las lenguas agonizantes; el español era una de ellas.<sup>[9]</sup> Tenía que encontrar a toda costa argumentos para ponderar su asignatura; pero no se le ocurría nada; nada; era incapaz de decir por qué resultaba imprescindible seguir enseñando español. La angustia que sintió cuando la citaron se había transformado en una revelación atroz: la de la vacuidad de su vida profesional.

Entró en el despacho. El señor Berthier tenía una cara distinta a la de otros días: casi habría podido creerse que había perdido el control facial. Su expresión obedecía a algo autónomo y a Sabine le costaba mucho detectar el mínimo indicio de lo que iba a decirle. Lo cual no hizo sino acrecentar su primera impresión: que la había citado para prescindir de ella. Le hubiese gustado muchísimo dar con las palabras más atinadas, pronunciar un encendido parlamento para resaltar los méritos de su asignatura, pero se quedó callada; esperando la sentencia. Lo que le pareció ser una eternidad no había durado más que unos segundos. Lo que tardó en sentarse. Acto seguido, el señor Berthier empezó a decir:

—Le agradezco que haya venido, señora Romero. Quería hablar con usted... sobre un tema un tanto particular.

—¿El español?

—No, no tiene nada que ver con su actividad. Se trata de la señora Pécheux...

—Ah... —dijo Sabine, aliviada.

—Tengo entendido que tienen ustedes mucha confianza, ¿no es así?

—Sí, es cierto. Bueno, solemos comer juntas. ¿Ha pasado algo?

—No..., bueno..., está de baja por enfermedad.

—Sí, ya me he fijado en que no ha venido esta mañana..., pero aún no he tenido tiempo de llamarla para preguntarle. ¿Qué le pasa?

—Por eso precisamente quería verla a usted. Quizá usted sepa algo... Se lo pregunto porque es una profesora con una motivación tremenda, como usted ya sabe..., y en tres años no ha faltado nunca..., así que... me ha pillado un poco por sorpresa... recibir un parte de baja de una semana...

—Estará con gripe.

—Sí..., seguramente —contestó él, al darse cuenta de que Sabine no sabía nada. O no quería contar nada.

El señor Berthier no podía permitirse desvelar la intimidad de uno de sus profesores; se moría de ganas de preguntarle a Sabine si sabía algo sobre una posible consulta psiquiátrica, pero no podía decirlo tan a las claras. Volvió a la carga dándole un sesgo más general.

—¿Sabe usted si en este momento tiene algún problema personal?

—No..., no que yo sepa. Lo cierto es que es bastante reservada.

—De acuerdo... Gracias por su ayuda.

—No hay de qué. En fin, no es que haya ayudado mucho. Voy a intentar hablar con ella y ya le contaré si me entero de algo más...

Sabine salió del despacho aliviada y desconcertada a partes iguales por el tono de la conversación. ¿Qué quería saber el director exactamente? Debía de estar enterado de algo que lo tenía lo bastante preocupado o sorprendido para investigar así. El parte de baja no le había bastado. Sabine intentó repasar los últimos momentos que había pasado con Mathilde para intentar recordar si algo la había extrañado. Lo cierto es que no, no había notado nada fuera de lo normal.

#### 40

Todas las noches, el señor Berthier le enviaba a su profesora ausente un SMS para saber qué tal estaba; ella siempre contestaba lo mismo: «Qué detalle tan encantador; necesito descansar. Volveré el lunes. No se preocupe». Y firmaba: Mathilde. Al director le parecía muy tranquilizador que firmara con su nombre; es más: sentía que el vínculo entre ambos se estrechaba.

#### 41

A pesar del aturdimiento en que vivía, Mathilde conservaba la lucidez en lo tocante a su actividad profesional. Era como una forma de resistencia; la única parte de su mente que no estaba invadida. Tenía el instinto de supervivencia de decirse que debía tranquilizar al director. No siempre resultaba fácil. La medicación la sumía en una extraña mezcla de exaltación y letargia; tenía la sensación de que unas pastillas servían para espabilarla y otras para dormirla; un círculo vicioso de pastillas.

Se pasaba el día en esas dos tonalidades. El cansancio era tan arrollador que a veces se quedaba dormida camino del dormitorio, tirada en el suelo del pasillo. Y al despertarse, otra vez presa de los demonios de la venganza, de pronto, fuera de sí, rastreaba el mínimo detalle sobre Iris en el ordenador. Y eso que Mathilde nunca había sido un as de la modernidad; para preparar las clases, iba a la biblioteca; podía pasarse varios minutos buscando en las estanterías lo mismo

que habría localizado con un solo clic sentada en el sofá. Tenía una cuenta de Facebook en la que no entraba nunca y que ni siquiera tenía foto de perfil; si se tecleaba su nombre, aparecía una sombra.

Ahora todo era distinto. Se pasaba las horas muertas en el perfil de Instagram de Iris, contemplando las fotos de su enemiga hasta perder la razón. Era terriblemente doloroso, pero ese sufrimiento le provocaba a veces cierto bienestar; quería más, que no parase nunca, seguir viendo fotos y más fotos, intensificar la tiranía mental. Retrocediendo en las publicaciones de la red social, había dado incluso con una foto de Iris con Étienne. De hacía siete años. Vuelta a la casilla de salida. Sonriendo de oreja a oreja en una playa. Su propia Croacia. Puede que hasta estuviesen allí en ese momento; Mathilde no podía saberlo. Al menos, Iris había tenido la decencia de no publicar más fotos; desde que Étienne y ella volvían a estar juntos, había dejado de existir en las redes sociales.

Tecleando el nombre de Iris en Google, se topó con un artículo que mencionaba su incorporación a la redacción de Cocina TV; era tan fácil que resultaba desconcertante. En menos de un minuto sabía dónde encontrar a esa mujer que acababa de destruirle la vida. Se detuvo un instante en este último pensamiento: no, la responsable no era esa chica. Étienne era el que había decidido dejarla. Él era quien lo había destrozado todo. Pero, bien pensado, no, Mathilde volvió a su primera impresión: era ella la que había regresado a Francia para arrasarlo con todo. Le resultaba imposible pensar que las historias de amor a veces suceden a nuestro pesar; le resultaba imposible decirse que era una víctima de su reencuentro, pero que ellos no habían hecho nada en su contra; que no había habido ningún acto de guerra destinado a erradicarla. Para ella, el resultado era el mismo. Se sentía amputada de su propia vida por la voluntad de Iris y Étienne. Y de algún modo tenían que pagar. No había razón alguna para que solo sufriera ella.

Cuanto más días pasaban, mayor era su ira. Nunca había sentido tanto odio; casi le dolía en el pecho; era espantoso. Nunca le habían gustado nada esas historias de celos y agresividad, y siempre intentaba desechar los pensamientos negativos; no lograba entender esa fuerza oscura que la atrapaba y la sumía en pensamientos morbosos. Era absurdo. No había nada que hacer. El corazón ajeno es un reino ingobernable. Hay que callarse y aceptarlo. O, si acaso, morir.

Lo había pensado; con todas las medicinas que tenía a su alcance. Se había colocado delante de un espejo para contemplar su agonía; y luego, no había pasado de ahí. El odio que la impelía era un instinto vital. Que le latía locamente por dentro. En plena tarde, de pronto decidió salir. De nada servía quedarse rumiando sus pensamientos, dejarlos vegetar en un universo estéril. De repente, lo que necesitaba era actuar. Enseguida. Necesitaba ver a Iris, hablar con ella, sí, hablar, nada más. Salió de casa sin ducharse, sin ni siquiera cambiarse de ropa. Su frenesí llevaba aparejada una anestesia para las miradas ajenas. De todas formas, había muy pocas posibilidades de que en su barrio se cruzase con alumnos o padres de alumnos. Podía ir andando hasta la sede del canal web donde trabajaba Iris. Estaba en la calle de la Fidelidad, en el distrito X de París;

para la ironía nunca había tiempo muerto, al parecer. La vida se burlaba de nosotros sin tregua, como si la desgracia humana fuera una diversión cósmica. Tardó treinta minutos en llegar al pie del edificio. ¿Debía subir? ¿Preguntar por Iris? No, era mejor esperarla. Quizá observarla un poco antes de hablar con ella.

Mathilde se sentó en la terraza de un café; estaba sola; empezaba a hacer frío y a nadie le apetecía ya quedarse en la calle. El dueño seguramente había dejado unas mesas fuera para los fumadores.

—Buenas tardes, ¿qué desea tomar? —preguntó la camarera.

—No lo sé.

—Le dejo que lo piense.

—Sí, gracias.

Volvió al cabo de tres minutos y mantuvieron la misma conversación. Mathilde era incapaz de elegir. Podría haber pedido cualquier cosa, sin más, pero en ese preciso instante le resultaba imposible pronunciar hasta las respuestas más anodinas. Estaba pendiente por completo de la puerta del edificio; la mujer esa que había ocupado su lugar junto a Étienne podía salir en cualquier momento; el corazón le latía sin ninguna coherencia.

—¿Le traigo un café? —dijo finalmente la camarera.

—Sí, está bien.

Cada vez que la puerta del edificio se abría, de entrada le parecía que era Iris. Todos los rostros cobraban la forma del de Iris. Ya solo había Iris por todas partes. Hasta la camarera podía ser Iris. Cuando volvió con el café, Mathilde le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Constance.

Iris salió al fin. Fue como una aparición. Esta vez no cabía duda. Era ella. La misma de las fotos. Con el pelo recogido. Casi pelirroja. Un poco más bajita de como se la había imaginado. Andaba con paso firme. Mathilde se puso de pie de golpe para ir hacia ella. Tras recorrer unos metros, la camarera la llamó:

—¡Señora, señora...!

Mathilde acabó volviéndose, al darse cuenta de que se estaba dirigiendo a ella.

—¿Qué pasa? —preguntó, mientras seguía andando.

—No ha pagado la consumición.

—Ay..., lo siento..., ¿qué le debo?

—Dos euros con setenta.

Mathilde buscó la cartera en el abrigo, sin dejar de seguir a Iris con la vista. Empezó a agobiarse; la estaban entreteniéndolo justo en el momento más inoportuno. Acabó encontrando un billete de cincuenta euros y se lo dio a la camarera antes de marcharse corriendo, sin esperar siquiera la vuelta.



Iris había torcido a la derecha en la primera calle. Mathilde iba a perderla, apretó el paso. Al cabo de unos metros, le faltaba el aliento. La medicación la dejaba sin energías. Por fin divisó a su presa a lo lejos, y sintió alivio. Si aceleraba un poco, le daría alcance y podría hablar con ella. Sin embargo, en ese instante, se le antojó algo distinto: espiarla. Desde el principio, sabía que no había nada que decir; muy en el fondo, sabía que nunca había tenido realmente intención de hablar con ella y aún menos de agredirla. Todo aquello conducía a un callejón sin salida, exactamente el callejón sin salida que era su porvenir. Entonces ¿qué debía hacer? No quería renunciar. Iris la succionaba irremediablemente. Del mismo modo que algunas personas se pasan horas acechando en las redes sociales las posibles apariciones del ser amado u odiado, como había hecho ella, Mathilde quería continuar siguiéndola. ¿Quién sabe? A lo mejor había quedado con Étienne. Iba a buscarlo al trabajo y luego irían a un restaurante, o al cine, no, más bien al restaurante, tenían demasiadas cosas que contarse; para recuperar el tiempo perdido.

\*

Mathilde se detuvo en esa expresión: «recuperar el tiempo perdido». Es lo que se dice cuando dos personas han estado mucho tiempo sin verse. Pero, en este caso concreto, el tiempo perdido era ella.

\*

A Mathilde le costaba seguir a Iris; le pesaban demasiado las piernas. Por culpa de la medicación, seguramente. Y la chica esa andaba tan deprisa..., la alegría le daba alas. Se puede medir la felicidad por el paso que lleva cada uno por la calle. Tener prisa siempre es buen síntoma; significa necesariamente que te están esperando en alguna parte. Iris iba calle de Pigalle arriba; era muy probable que fuera a encontrarse con Étienne en la plaza de Clichy. Seguro. Mathilde tendría que enfrentarse a eso. A ver lo felices que eran. Cuanto más lo pensaba, más le costaba avanzar. E Iris andaba cada vez más rápido. Parecía que iba corriendo. Pero no, avanzaba a un ritmo regular. Entonces ¿por qué crecía la distancia entre las dos? Ahora Mathilde tenía que correr para no perderla. Correr, sí, correr. Pero ¿cómo? Le resultaba imposible darle esa orden a su cuerpo; le parecía que todo pesaba mucho; con un esfuerzo colosal, logró reunir todas sus fuerzas y se lanzó a la calzada.

Entonces se oyó el chirrido de unos neumáticos y el sonido seco de una colisión.

Mathilde había cruzado sin ni siquiera fijarse en los coches.

Una mujer con unos reflejos impresionantes había clavado el freno en el último momento para no atropellarla.

Del susto, Mathilde se cayó de espaldas. Enseguida los transeúntes formaron un corrillo a su alrededor. Intentaron levantarla: pero el cuerpo le pesaba demasiado. Al final, consiguieron sentarla en un banco, hasta que llegasen los bomberos.[\[10\]](#) La conductora, que también estaba conmocionada, se acercó.

—Ha cruzado usted a lo loco..., podría haberla..., ¿y luego qué?...

La gente la miró como para decirle que no era momento de hacer que esa pobre mujer se sintiera culpable, aunque también había que pensar en ella, en el susto que se había llevado por haber estado a punto de matar a alguien. Mathilde enderezó la cabeza para mirarla. No conseguía articular palabra, se sentía como una niña que acaba de hacer una muy gorda.

42

Después del episodio del accidente, pareció que las aguas volvían a su cauce. Digamos más bien que el desorden estaba controlado. Mathilde pasó casi todo el tiempo en cama el resto de los días, poniendo de vez en cuando la televisión para ver programas que no pretendiesen despertar su capacidad intelectual; la estupidez como tiritita para la mente.

43

Había decidido no tomarse la pastilla la noche antes de regresar al liceo, aun a costa de dormir mal, para no estar totalmente embotada. Al final, pasó la noche sin contratiempos y se despertó contenta ante la perspectiva de volver a trabajar.

Antes de volver con los alumnos, pasó por el despacho del señor Berthier para agradecerle los mensajes cotidianos y el apoyo. Se había dado cuenta de que lo preocupaba el asunto de la psiquiatra, de modo que añadió a las «gracias» algunas aclaraciones.

—No debería decírselo, pero la psiquiatra que me firmó la baja es una amiga..., una vecina, para ser sincera.

—Ah...

—Un allegado mío ha tenido un accidente grave y no quise dejar sola a su mujer. Por eso me las apañé para conseguir una baja por enfermedad.

—¿Ah, sí? Me lo podría haber dicho...

—Se lo estoy diciendo ahora. Prefiero ser franca con usted.

—Se lo agradezco mucho. Y me tranquiliza. Le confieso que me quedé algo sorprendido al recibir su baja.

—Es comprensible.

—Sobre todo porque no es algo habitual en usted. Bueno..., quiero decir que... parece usted tan fuerte...

—Y lo soy —contestó Mathilde, sonriente—. En fin, me tengo que ir con los alumnos, lo estoy deseando.

Salió del despacho antes de que al señor Berthier le diera tiempo a responder. Con el tono que había tenido la conversación, como una confidencia, igual podría haberle dado por aprovechar para preguntarle si estaba libre alguna noche para salir a cenar.

44

Mathilde sabía ahora una cosa: aunque estuviera sufriendo, o tocase fondo o la vida la vapulease, siempre habría un lugar donde se sentiría a salvo de la violencia y como resguardada de las agresiones del destino. Era aquí, en un aula, delante de sus alumnos.

La clase de primero de bachillerato de letras estuvo a la altura. Detectó algunas sonrisas amistosas, le preguntaron si se encontraba mejor y le hicieron prometer que no volvería a dejarlos plantados «con el *bac* a final de curso». Mateo expresó lo aliviado que estaba. No cabía duda: la querían. ¿Era posible sustituir la vida amorosa por la profesional? ¿Podían treinta adolescentes compensar que Étienne la hubiese dejado? Le daba la impresión de que todos los rostros que tenía delante formaban como un rompecabezas; al juntarlos, veía en ellos una coherencia humana.

Pero ya era hora de seguir adelante con *La educación sentimental*.

Al principio del todo de la novela, cuando Frédéric Moreau conoce a la señora Arnoux en un barco, quiere saberlo todo de ella. El escritor recalca que ese afán parece mucho más importante que la posesión del otro. El saber se impone al tener. Mathilde mandó callar a la clase para leer este fragmento: «El deseo de la posesión física desaparecía tras un deseo más hondo, una curiosidad dolorosa que no tenía límites».

Repitió varias veces la expresión «curiosidad dolorosa».

Luego dejó que las dos palabras se propagaran por el aire. Todo ello en silencio. Los alumnos parecían recibirlas con una especie de devoción. Por aquí y por allá se oía susurrar esa expresión: «curiosidad dolorosa». La profesora explicó brevemente que en esas dos palabras había algo incuestionablemente moderno, puesto que en la actualidad ese deseo de ir siguiendo la vida del otro se había amplificado muchísimo. Era, por supuesto, el eco de lo que le había pasado a ella recientemente; esa necesidad irreprimible de ir a observar a Iris. Aunque Frédéric no supiera entonces nada sobre la señora Arnoux, la intención era la misma en ese vals incesante que nos impulsa a descubrir lo que aún no sabemos y a querer seguir enterándonos de lo que hemos dejado de saber. Nunca nos hartamos de saber cosas sobre el ser amado.

Mathilde puso fin a un silencio que empezaba a resultar incómodo diciendo:

—Quedan treinta minutos de clase. Quiero que me escribáis un texto sobre la expresión «curiosidad dolorosa». Contadme qué significa para vosotros. Como siempre, hacedlo con la mayor libertad.

Esa misma noche, leyó los ejercicios en la cama. Una alumna había escrito: «Todo sentimiento profundo se transforma, antes o después, en dolor».

Pasaron unos días, pero no sucedía nada. Cuando estaba sola, el sufrimiento de Mathilde seguía siendo igual de intenso y sin perspectivas de remitir. A veces, en clase, conseguía estar dos o tres minutos sin pensar en Étienne, y esa tregua le suponía un alivio tremendo. El resto del día no se lo podía quitar de la cabeza; era el propietario de una casa que había quedado vacía.

Étienne no había contestado a los mensajes de Mathilde; no porque no le diese pena, sino porque consideraba que no tenía nada que decir. Había tomado una decisión que estaba causando graves daños sentimentales, ¿era posible añadir algo? Seguir viendo a Mathilde habría sido como ampliar la zona pantanosa. Es imposible romper con delicadeza. Lo cual no le impedía pensar en ella a menudo. Es más: a veces incluso lamentaba no haberla elegido a ella. Bueno, no del todo, solo en parte; una actitud de Mathilde que, de golpe, añoraba muchísimo; el modo de reírse con las mismas cosas, y todos sus recuerdos juntos, que ahora tenían amputada su cohesión; porque los recuerdos también padecen con la custodia compartida de las memorias; cuando existen dos formas de ver el mismo pasado, este se distorsiona. Pero lo que sentía casi todo el rato era que había vuelto a vivir.<sup>[11]</sup> Era como si cada día se le brindase con la energía de un nacimiento. Todo lo hacía feliz: ir a un restaurante y sentarse al lado de Iris le parecía un milagro; ver una película mala le encantaba; hasta la lluvia había dejado de mojar.

Al final, Étienne le mandó un mensaje a Mathilde: «Siento no haberte contestado. Creo que era preferible. Espero que estés bien. Me acuerdo mucho de ti. Y te escribo más que nada por otro motivo: ¿podría ir a verte? Me gustaría que habláramos. Étienne».

Cuántas veces releyó Mathilde ese mensaje... Lo analizó todo. La calidez del «me acuerdo mucho de ti» que se echaba a perder completamente por culpa de la frialdad de una firma sin «un beso» o una mínima señal de afecto. Sometió ese simple SMS a una exégesis digna de los principales textos religiosos. Seguramente, también Étienne había sopesado los pros y los contras de cada palabra; había querido resultar emotivo sin abrir ni un resquicio de esperanza. Había fallado. A pesar de todo, el mero hecho de recibir esas pocas palabras catapultó a Mathilde hacia el guion de un eventual regreso. Quería verla, hablar con ella. Por supuesto, se esperaba cualquier cosa. Sin ir más lejos, que le anunciase que Iris iba a tener un bebé; sabía que podía pasar; pero en lo más hondo se decía que iba a volver. Estaba convencida. Se querían demasiado. No podían dejar de quererse. El desamor es un invento de los amargados. Todo tenía una explicación. La otra había vuelto y lo había engatusado, pero al cabo Étienne se había dado cuenta de lo tornadiza que era y de que no se podía construir nada con ella; total, si ya se había marchado una vez, ¿por qué

no iba a hacerlo de nuevo? La emoción de la novedad siempre acababa palideciendo, unas veces antes que otras, es cierto, pero palidecía hasta volverse blanca, y luego transparente. Hasta que no quedaba nada del colorido inicial.

Nada que ver con su relación, que había surcado el tiempo con soltura. A menudo se habían burlado de las parejas que se hablaban de malos modos; no comprendían que se pudiera seguir enamorado habiéndose perdido el respeto; sin hacer todo lo posible para poner algo del «primer día» en todos los demás días. Cuando uno de los dos tenía un arranque de mal humor, el otro le preguntaba: «¿Me habrías hablado así al principio de nuestra relación?». Los años habían transcurrido con ese continuo afán de ser atentos el uno con el otro. Es verdad que él la había dejado, pero por motivos ajenos; por motivos que no tenían nada que ver con eso que le pasaba al resto y que se llama desgaste o hastío. Mathilde tenía la certeza de que entre ellos no había habido ni desgaste ni hastío. Con la seguridad de esa constatación, que en gran parte era cierta, seguía convencida de que en su amor latía una segunda vida.

Al final contestó (más deprisa de lo que tenía previsto inicialmente) que claro que podía ir a verla; y quedaron para el día siguiente a última hora de la tarde; era sábado.

#### 49

Nada más despertarse, Mathilde se sumergió en un remolino de titubeos. ¿Cómo debía proceder? ¿Tenía que mostrarse distante o afectuosa? Llegó enseguida a la conclusión de que debía adaptar su comportamiento al de Étienne. Pero no sabía qué actitud adoptaría él. Y, antes que nada, ¿qué se iba a poner? ¿El vestido azul que tanto le gustaba a él? Le daba miedo que resultase ridículo, sobre todo si él llevaba ropa informal. Al final, decidió dejar preparados tres atuendos diferentes encima de la cama. Unos minutos antes de que llegara Étienne, vigilaría desde la ventana en ropa interior. Como vivía en el cuarto piso, tendría tiempo de sobra para barruntar el enfoque (al menos indumentario) que Étienne le daba a esa cita y luego adaptar su atuendo. Según ella, así se evitaría cualquier desfase. Se agotaba de tanto anticipar hasta el mínimo hálito del otro.

Vio a Étienne llegar en vaqueros, jersey y deportivas. Sin ninguna pinta de querer retomar la vida conyugal, pensó Mathilde. Pero nunca se sabe. Había hecho bien en montar la estratagema de la vestimenta. Por lo pronto, quedaba totalmente descartado el bonito vestido azul. Se puso también unos vaqueros y un jersey. Había que restablecer una igualdad; estaba harta de sufrir más que él.

Luego, fue corriendo al cuarto de baño para desmaquillarse.

Étienne llamó a la puerta muy flojito; podría haber tocado el timbre, pero sabía que era estridente. Mathilde tardó un ratito en abrir; una forma torpe de hacer como si no estuviese pendiente de su llegada. Al encontrarse con Étienne cara a cara, un violento espasmo le corrió por el cuerpo; como si un golpe seco le rebanara el corazón o una arteria. Pensó de inmediato, antes incluso de poder articular palabra, que lo iba a querer siempre. Era espantoso. Sentir con tanta nitidez que su dolor nunca podría remitir si él no regresaba. Étienne la saludó alargándole una botella de vino; Mathilde no cogió la botella ni respondió al saludo. Se quedó parada unos segundos antes de reaccionar y disculparse. Sí, esa fue la primera palabra que pronunció delante del hombre que la había dejado: «Disculpa».

Quería estar tranquila y aparentar que todo iba bien. Por descontado, había hecho limpieza y había dejado bien a la vista encima del aparador dos entradas de teatro para una obra que nunca iría a ver. Era el único elemento material que podía demostrarle a Étienne que seguía saliendo y que todo iba bien. Como llevaba muchas veces al teatro a los alumnos, le mandaban invitaciones regularmente. Étienne vio las entradas (era imposible no verlas) y le preguntó por el espectáculo. Sin ni siquiera saber para qué obra eran, Mathilde se mostró entusiasmada:

—Pues sí, estoy encantada de haber conseguido localidades.

Étienne siguió mirando el apartamento, y le pareció surrealista haber vivido allí tantos años. Tenía la sensación de estar siguiendo las huellas de otro hombre, otro Étienne. Mientras paseaba arriba y abajo por el salón, Mathilde lo observaba. Parecía mentira. Estaba aún más guapo que antes: casi inmaterial. El mismo hombre al que había visto semanas agobiado y al borde de la implosión (y al final supo por qué) rezumaba una serenidad insufrible. «No hay esperanza —pensó—. Se lo ve tan feliz; no es posible que venga a decirme que vuelve a casa. Y, sin embargo..., tiene algo en la mirada. Tristeza no es. Algo de melancolía quizá. De nostalgia. O puede que solo sea la aprensión que siente ahora mismo». En el fondo, Mathilde no tenía ni idea de qué había ido a contarle.

Étienne abrió la botella de vino, llenó dos copas, y ambos dijeron «salud». Por pura desesperación, Mathilde había estado a punto de caer en el humor negro y decir: «¡Por nosotros!», pero se contuvo en el último momento. Cruzaron entonces una sonrisa furtiva y fue de lo más patético. Como no aguantaba más, Mathilde se puso en pie de golpe.

—Perdona..., voy a acabar de maquillarme, si no te importa.

—No, faltaría más —dijo él; y añadió—: ¿Sales esta noche?

—...

—...

—Sí, sí... Voy a cenar fuera con unos amigos.

Delante del espejo del cuarto de baño, Mathilde pensó: «A ese hombre que está en el salón no

se le ha ocurrido ni por un segundo que fuera a maquillarme por él». Se puso polvos y ese gesto le dio fuerzas para no llorar.

Cuando volvió, se fijó en que la botella estaba más que mediada. Étienne debía de haberse bebido ya dos copas puede que tres.<sup>[12]</sup> A pesar del aparente desenfado, tenía que estar viviendo forzosamente un mal rato. Volvía a ver a una mujer a la que una decisión suya había herido; una mujer con la que había pasado unos años maravillosos; y hete aquí que ahora no le salían las palabras. Lo cierto era que las tenía presentes, las había ensayado varias veces antes de ir y no cabía la improvisación; sencillamente, esas palabras eran como actores en una noche de estreno; sufrían pánico escénico porque en esa ocasión tenían público.

Cuando estaba pensando en plantear directamente el motivo de su visita, se dio cuenta de que era necesario un preámbulo. Él también lo necesitaba. Quería que los dos se dijeren cosas sencillas. De modo que preguntó:

—¿Qué tal estás?

—Bien.

—¿De verdad?

—Hombre, depende de los días..., pero sí, estoy bien.

Si a Mathilde la hubiese impulsado un afán de verdad, el diálogo habría sido como sigue:

—¿Qué tal estás?

—Mal. Fatal. Me estoy muriendo desde que te fuiste. No sé cómo voy a poder vivir sin ti. Y verte aquí me lo hace aún más doloroso. Qué guapo estás, Étienne. Cuánto te echo de menos. Cada mañana, cada noche, cada minuto. Es atroz. No puedes hacerme esto. Nos queremos. Dime que nos queremos. Desde que te has ido, ya no sé ni quién soy. Me medico para dormir y también para despertarme. Aguanto para no hundirme. Así es como estoy.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Y no depende de los días. Estoy así todo el rato. Y sé que siempre será así.

\*

Decir la verdad implicaba que él saliera huyendo. Mathilde no tiene alternativa; minimiza todos sus pensamientos. Pero tampoco debe parecer indiferente. Debe hacerle entender a Étienne que solo espera una cosa: que vuelva a casa. Qué complicado es todo. Daría lo que fuera para tener las instrucciones del gesto preciso.

Lo mejor es ir al grano.

Y eso es lo que a continuación hace Étienne.

El reino infernal de las hipótesis va a derrumbarse.

—Resulta..., lo que tengo que decirte es un poco delicado.

—...

—¿Me estás escuchando?  
—Claro que sí.  
—Lo de marcharme fue muy difícil...  
—¿Difícil para quién?  
—Sí, perdona, no he estado muy fino. En fin, ya sabes que también fue una decisión dolorosa para mí...  
—...  
—El caso es que quería que todo fuera lo más fácil posible para ti. Por eso te propuse que te quedaras en el piso y seguir pagando mi parte del alquiler...  
—¿Qué me quieres decir exactamente?  
—Lo que quiero decirte... es que... para mí es muy complicado. Me cuesta apañarme. De momento estoy viviendo en casa de un amigo, pero me voy a ir a un piso nuevo y...  
—¿Te vas a mudar con ella?  
—...  
—Que si te vas a mudar con ella. Contesta.  
—Sí.  
—Así que eso es lo que has venido a decirme. Que vas a vivir con ella... y te gustaría que me fuera de aquí.  
—Sí..., bueno, no hay prisa..., quiero decir... que tienes que mirar por ti.  
—¿Mirar por mí?  
—Sí.  
—En ese caso, quiero que te vayas ahora mismo.  
—¿Ahora mismo?  
—Sí. Te levantas y te vas. Y el día que vengas a recoger tus cosas, quiero que me avises. No quiero estar aquí. Es la última vez que nos vemos.

A Étienne lo dejó de piedra el tono frío de Mathilde. Se había expresado con voz serena y sin histerismos. Parecía la versión verbal de un asesinato. Como no podía seguir soportando la mirada de Mathilde, Étienne se puso de pie y salió del piso sin decir palabra. Por la noche, mientras cenaba con Iris, aún se sentía conmocionado.

51

Mathilde iba por el pasillo camino del aula. Desde hacía varios días, se le antojaba cada vez más largo.

52

Al acabar la clase, mientras los alumnos recogían, Mateo se acercó a Mathilde. Le gustaba tener ese trato de favor de la profesora de lengua y literatura; a veces lo llamaban «pelota», pero le daba exactamente igual. Quería comentar un detalle sobre la conducta de la señora Arnoux en *La educación sentimental*.



Desde que había hablado por última vez con Étienne, Mathilde había vuelto a las pastillas. La psiquiatra le había vuelto a recetar antidepresivos; se los tomaba de forma anárquica, respetando apenas la posología. Pero en el liceo nadie había notado ningún cambio. La veían como de costumbre, sonriente y comprometida. Puede que algún que otro comportamiento pudiera parecer extraño, como cuando la vieron hablando sola en el aula; pero nada que resultara alarmante. Su amiga Sabine la notaba además un poco distante, pero seguramente era culpa de que la amistad empezaba a decaer. El desgaste no solo acontece en el amor. Es posible, al cabo de un tiempo, sobre todo cuando comes casi todos los días con la misma persona, sentir que las charlas se convierten en callejones sin salida. Y es una sensación que puede agravarse en el ámbito laboral, cuando lo que se comenta versa continuamente sobre otros compañeros e historias recurrentes de un entorno cerrado. Ciertamente Sabine animaba las conversaciones con unos cuantos relatos jugosos y diversos detalles de su vida sexual, pero eso había impulsado a Mathilde a distanciarse. Llevaba muy mal que le contaran cualquier anécdota sobre relaciones sentimentales. Lo cual no quita para que una noche sintiera la tentación de darse de alta en una página de citas. Sabine le había contado que las aplicaciones se basaban en la ubicación geográfica. Mathilde estaba sola, abandonada, se imaginaba a Étienne con Iris, de modo que sí, había estado a punto de darse de alta, no para tener una cita o charlar, sino solo para encontrar un hombre que le diera el visto bueno sin hacer preguntas; por unos segundos esa perspectiva casi había llegado a excitarla, hasta que cayó de nuevo en la realidad de lo que sentía: solo de imaginarse que la tocara un hombre, le entraban náuseas.

Así pues, se había distanciado un poco de los demás.  
Y los pasillos se le antojaban más largos.  
Pero, aparte de eso, todo seguía como antes.

Volvamos a Mateo.

Se le acercó con el libro, para aclarar un detalle sobre la señora Arnoux.

—Disculpe..., quería preguntarle qué opina sobre la actitud de la señora Iris.

—...

Mathilde le arreó un bofetón al chico, para pasmo de los alumnos que aún quedaban en el aula. Conmocionado, Mateo se desplomó contra la pared. Se quedó aturdido unos segundos antes de dejar que las lágrimas le anegasen el rostro. También Mathilde se quedó un momento quieta antes de abalanzarse hacia Mateo, disculpándose. Fuera de sí, no sabía qué hacer. Intentó incorporarlo, explicó que no sabía qué le había dado cuando en realidad lo sabía de sobra, había oído a Mateo hablar de Iris, no estaba loca, era imposible, realmente había dicho «Iris», lo había oído, y si lo había oído es que lo había dicho.

Un alumno fue a buscar al señor Berthier. Este enseguida se hizo cargo de lo grave que era la situación, porque Mateo tenía la mejilla roja e hinchada. El bofetón había sido tremendo. Pidió que alguien acompañara al chico a la enfermería. Mathilde miró cómo se marchaba sin dejar de disculparse, pero en realidad de los labios no le salía sonido alguno.

Mathilde estaba, aturdida, en el despacho del director.

—¿Quiere un té?

—...

—Señora Pécheux, ¿quiere un té?

—No, gracias.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—...

—Va a tener que explicármelo...

—...

—Es algo muy grave. No se pega así como así a un niño...

—No ha hecho nada.

—¿Lo abofeteó sin motivo?

—Sí.

—Mire, va a tener que ser mas explícita. Los padres seguramente pondrán una denuncia. Quizá pueda impedirlo. Protegerla. Pero tiene que ayudarme.

—No tengo nada que decir. No sé por qué...

—¿Tiene algún problema ahora mismo?

—No.

—Me apena muchísimo lo que acaba de pasar. Piense muy a fondo lo que quiere decir o no. Pero mañana no puede volver aquí. Queda suspendida. Ya sabe que haré todo cuanto pueda para defenderla. Diré que es cosa del agotamiento. Que necesita descansar..., eso es. Y espero que la sanción no sea muy dura. Lo que me tiene preocupado..., lo confieso..., es que lo hizo usted delante de la clase. Hay muchos testigos. Eso lo complica aún más.

—...

Mathilde no sabía qué decir. Ella era la primera en estar perpleja. Nunca había sido violenta con nadie. Pero había oído claramente las palabras de Mateo. Había dicho «Iris». Trataba de aferrarse a esa hipótesis que podría justificar un poco su reacción, pero sabía de sobra que era una ilusión; era imposible que el chico hubiese pronunciado ese nombre. Tenía que rendirse a la evidencia: había oído una voz. Era una alucinación.

## 54

Esa noche, tumbada en la oscuridad, Mathilde comprendió que no servía de nada pelear. La vida no admitía chapuzas. Por mucho que se disculpara por ese segundo de extravío, era profesionalmente irremediable. Una fugaz distorsión de la lucidez que daba al traste con años de cordialidad. Lo que iba a sucederle le parecía desproporcionado; ante tamaña injusticia, ni siquiera tenía fuerzas para sentir rabia.

## 55

Decidió bajar a ver a la doctora Namouzian. Sin cita, una vez más. Aun a riesgo de volver a molestar a esa mujer fuera de su horario de trabajo. Pero Mathilde necesitaba hablar con alguien.

Podría haber bajado a la calle y soltarlo todo en el primer oído que pillara, como hacen los locos.

Sophie Namouzian acababa de cenar. Estaba sola, como casi todas las noches. Abrió la puerta sin que en realidad le pillara por sorpresa. Cuando aceptas la primera visita nocturna, sabes que, por fuerza, habrá más. Lo primero que hizo Mathilde fue disculparse y prometer que no se iba a quedar mucho rato. Pero mientras lo estaba diciendo le entró una sensación extraña: esa mujer no tenía buena cara. Lo cual le pareció de lo más incongruente. Como si fuera obligación de los médicos estar siempre rebosantes de salud; y la de los psiquiatras, tener una relación gratificante con la vida. Quizá Mathilde se esperaba que la recibiera una especie de sabio que planease por encima de las contingencias de la vida cotidiana dentro del nimbo de un aura eterna y espiritual. La realidad era más cruda; la psiquiatra estaba agotada después de la jornada laboral y solo le apetecía una cosa: dejar que sus neuronas agonizasen delante de la televisión. No se notaba a la altura de llevar a cabo una sesión mínimamente constructiva, pero no le quedaba más remedio. Tenía que recibir a esa vecina que se hundía ante sus ojos.

Como no quería tratar a la vecina igual que a cualquier paciente, la psiquiatra volvió a ofrecerle un té. Se lo tomaron en la cocina. En realidad era una infusión de «dulces sueños». Si al menos fuera verdad, pensó Mathilde. Si al menos fuera posible beberse el programa de las próximas horas. Estaba deseando dormir para tener esos dulces sueños y aquella bebida iba a brindarle la esperanza de lograrlo. En vano, estaba bebiendo una mentira.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la psiquiatra.

—Fatal. He abofeteado a un alumno.

—Cuénteme lo que ha pasado.

—Es un niño al que quiero muchísimo. Pensé que me estaba diciendo otra cosa. Algo sobre la mujer con la que se ha ido Étienne. No sé por qué..., en realidad hablaba de la señora Arnoux.

—¿La señora Arnoux?

—Sí..., de *La educación sentimental*..., pero bueno, qué más da...

—Es muy habitual, ¿sabe? Cuando te obsesiona una situación, la ves por todas partes.

—Reaccioné de forma violenta. Yo no soy así.

—Lo entiendo. Pero ha sufrido usted una conmoción emocional muy grave. Y eso, inevitablemente, tiene consecuencias.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, la que me acaba de contar. Es un desplazamiento de la realidad.

—La realidad..., tengo la sensación de que se me escapa, es cierto. Y, sin embargo, ahora me siento muy lúcida. ¿Puede estar relacionado con los fármacos que me ha recetado?

—No. Se supone que deberían calmarla. Lo que le está pasando me parece, una vez más, consecuencia del trauma que ha sufrido.

—Aunque intente usted tranquilizarme, lo que creo es que me estoy volviendo loca.

—Si estuviera loca no estaría hundida por lo que ha hecho. Intentaría justificarlo.

—¿Cree que todo volverá a su cauce?

—Sí. Tardará un tiempo. Tiene que ser valiente y buscar ayuda.

—...

—¿No tiene a nadie? ¿Familia? ¿Amigos?

—En realidad no.

—¿No me contó la última vez que su hermana había venido a verla? Supongo que estaría preocupada por usted.

—¿Mi hermana?

—Sí.

—No es que estemos muy unidas.

—Bueno, sea como fuere, aquí me tiene si me necesita. Está pasando una mala racha. Esta noche, tómese un somnífero. Necesita dormir...

Mathilde quiso darle las gracias, pero no lo consiguió. Por supuesto que esa psiquiatra le parecía cordial, pero no podía evitar notarle algo cuando la observaba. Lo tenía casi oculto en la mirada. Había que fijarse mucho para descubrirlo, pero Mathilde era capaz de ello. Veía como una especie de regocijo en las pupilas de la psiquiatra. Esa mujer, con su cara compungida, seguramente se regocijaba con la desgracia ajena. Por eso le abría la puerta, para gozar un poco más; un regalito nocturno. Puede que incluso le diese pastillas adulteradas, y por eso había pegado al chico, tenía que dejar enseguida esas guarrerías, pues claro, eso lo explicaba todo, ahora le decía que se tomara un somnífero para atontarla bien, se acabó, no iría a verla nunca más. Y cuando se la cruzara por las escaleras, no pensaba saludarla.

## 56

La investigación fue muy rápida y la sanción, inmediata: por haber pegado a un alumno, suspendían a Mathilde hasta nueva orden. Desaparecía su razón de ser. Y no es que no hubiese peleado para evitar la sanción. Fue a hablar con los padres de Mateo para que no la denunciaran y los convenció. Pero había demasiados testigos, habría sido muy complicado mantenerla en el puesto después de lo que había sucedido. Además, otro elemento había jugado en su contra: el famoso parte de la primera baja por enfermedad. Ante la duda, después del asunto del bofetón, el señor Berthier se puso en contacto con la psiquiatra; esta le confirmó que había prescrito una baja laboral de una semana. De modo que el director llegó a la conclusión de que Mathilde le había mentado, puesto que sí la estaba tratando esa psiquiatra; teniendo en cuenta este nuevo dato, no podía permitirse defenderla. De sobra veía que, por mucho que ella lo negase, su profesora se había vuelto frágil e inestable. El señor Berthier hizo cuanto pudo para consolarla cuando se enteró de la noticia: «Serán solo unas cuantas semanas..., así podrá descansar..., empezar de nuevo con buen pie..., aquí me tiene para lo que sea..., en este centro siempre habrá hueco para usted, se lo prometo», acabó diciendo, aunque sabía que a Mathilde le resultaría ahora muy difícil volver allí.

## 57

El día que le comunicaron la sentencia, se pasó varias horas llorando. No le importaba su

propio dolor, pensaba que podía superarlo, pero le sabía fatal dejar tirados a sus alumnos. ¿Cómo se las iban a apañar sin ella? Sobre todo el pobre Mateo, que tanto la necesitaba. No solo le había causado un probable trauma, sino que temía que volviese a perder comba. Sentía una culpabilidad infinita.

Al cabo de unos días se enteró de que su sustituta había empezado a estudiar una novela nueva, sin ni siquiera acabar *La educación sentimental*. Flaubert moría inconcluso.

58

La psiquiatra le había dicho que estaba pasando una «mala racha». Como le sucedía a menudo, Mathilde necesitaba comprobar la exactitud de las palabras. A veces le parecía que el diccionario era el único espacio fiable. Comprobó la definición exacta de esa expresión. Ponía lo siguiente: «Periodo difícil en la vida de una persona, pasajero o considerado como tal». De modo que era eso. Podía dar fe de lo del periodo difícil. No era para menos. Y aunque la palabra «pasajero» resultaba tranquilizadora, también podía resultar angustiada. ¿Quién podía predecir la duración de una mala racha? Cuando se estaba viviendo una temporada difícil, podía durar toda la vida. O, si no, tener consecuencias para el resto de la vida.

59

Llegó el día en que Étienne fue a buscar sus cosas. Mathilde tenía que dejar el piso en dos semanas. No sabía adónde iba a ir. No estaba en situación de buscar, era incapaz de plantearse ni el futuro más inmediato. Por lo pronto, decidió pasar el día en un café del barrio. Se negaba en redondo a toparse con él o con los amigos que fueran a ayudarlo. A última hora de la tarde, volvió a su casa, al antiguo piso común al que ahora le habían amputado definitivamente la presencia de Étienne. Contemplar ese espacio medio vacío era como añadir al maltrato un maltrato más. Era la plasmación física perfecta de lo que le estaba pasando. Un universo incompleto y paticojo. Como si no tuviera bastante con la vista de ese desastre, se fijó en que Étienne había dejado todos sus recuerdos en común; no se había llevado nada de su relación. Las fotos enmarcadas, los cojines que habían comprado juntos, los recuerdos de las vacaciones, todo, todo se había quedado ahí, como si ella se las tuviera que apañar sola con ese pasado que se había convertido en un lastre para él.

60

Los siguientes días se mezclaron para formar un único día de duración caprichosa. Mathilde ya no tenía puntos de referencia, no cogía el teléfono y ni siquiera salía de casa para hacer la compra. Se dejaba ir a la deriva. Le parecía oír que llamaban a la puerta, pero no estaba segura del todo. Al fin y al cabo, había abofeteado a un alumno cuyas palabras eran fruto de su imaginación. Así pues, ¿qué pruebas había de que lo que estaba oyendo era real? Sin embargo, sí que había alguien

llamando a la puerta, cada vez más fuerte. Muy preocupada, Agathe había acabado por llamar a los bomberos. Y entonces se encontró a su hermana medio ida, como un animal asustado.

61

Mathilde tardó muchas horas en volver a su ser. Luego se echó a llorar en brazos de su hermana, que le susurró palabras reconfortantes. Le preparó un baño y le lavó la cabeza. Al cabo, Mathilde le dijo:

—¿Te metes en la bañera conmigo?

—¿Ahora?

—Sí, como cuando éramos pequeñas.

62

Agathe hizo la compra para llenarle la nevera vacía a su hermana y recogió la casa. El piso recuperó su aspecto habitual; iba desapareciendo la huella de los estragos. Mathilde comió algo y acabó dándole las gracias a su hermana.

—Tenías que haberme llamado —dijo Agathe, conteniendo la irritación.

—Ya lo sé.

—Lo sabes, pero no quieres oírlo.

—Lo que no quiero es molestarte. Tienes tu propia vida. Tienes a Lili.

—¿Cómo puedes decir eso? Estás sufriendo. ¿Te crees que no me afecta?

—No.

—Somos hermanas.

—Ya lo sé.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Sé que debes dejar el piso dentro de cuatro días.

—¿Tan pronto?

—Sí. ¿Has pensado algo?

—...

—Bueno, pues te vienes a casa. Pondremos la cuna de Lili en nuestro cuarto hasta que encuentres algo.

—¿Estás segura?

—Pues claro. No estás como para quedarte sola. Voy a cuidar de ti. Te pondrás mejor. Y te encontraremos una casa. Vas a recomponerte. [\[13\]](#)

—Qué positiva has sido siempre.

—Y tú también lo eres. Aunque ahora no lo parezca... —dijo Agathe aguantando la risa.

Pero al final la risa decidió existir. Y tiró de la de Mathilde. Cuánto tiempo hacía que no se reía. Era una risa nerviosa e incontrolable, pero ¡qué bien sentaba! Las dos hermanas parecían entenderse. A Mathilde le daba rabia no haber recurrido antes a Agathe. Había pensado que sería capaz de capear el temporal ella sola, y he aquí cómo había acabado: soterrada en mitad del salón; enterrada en vida.

Qué pragmática era Agathe. Decidieron los aspectos prácticos de la mudanza. Mathilde dejaría los muebles en un guardamuebles y solo se llevaría la ropa. Frédéric, su marido, alquilaría una camioneta y se encargaría de todo. Mathilde podía desentenderse. Ya no estaba sola ante las dificultades.

Echó un último vistazo al salón antes de cerrar la puerta.  
Quería contemplar todavía un poco más esa vida que ya no existía.  
Y, por fin, se fue de allí.

Todo había terminado.

---

## **Segunda parte**



1

Mathilde pasó gran parte de la noche con los ojos abiertos. Repasaba la secuencia de los últimos meses. Desde Croacia hasta esa noche en la que estaba durmiendo en el cuarto de una niña pequeña. Desde las estrellas de un verano maravilloso hasta estas otras estrellas de ahora, adheridas al techo. Sí, miraba esas pegatinas baratas que recordaban la atmósfera de una constelación. Mathilde se dejó llevar por esa hermosura ficticia, antes de recapacitar: «Son bonitas, sí, pero son de mentira».

2

Dormir en el cuarto de una niña pequeña. ¿Había que interpretarlo como un símbolo? Se podría haber visto como las primicias de un renacimiento, el entorno idóneo para un nuevo comienzo. Pero Mathilde se sentía muy apartada de esa perspectiva. Más bien todo lo contrario; mientras estaba tumbada en la cama quieta, sin moverse, notaba que seguía cayendo. No se le ocurría ningún motivo para esperar la mínima mejoría. Cada día que pasaba sin Étienne le parecía una razón menos para vivir.

3

De madrugada, Agathe abrió despacito la puerta de la habitación para ver si todo iba bien. Actuó exactamente igual que con su hija, entrando sin llamar. Mathilde cerró los ojos corriendo, para no tener que hablar. Esperaría a que todos se fueran para salir de su refugio. Al cabo de una hora, así lo hizo. Se encontró con una notita encima de la mesa: «Hay café y pan para el desayuno. No dejes de llamarme si necesitas cualquier cosa. Volveré con Lili sobre las seis. Hasta la tarde, hermanita. Agathe». ¿Cómo la amabilidad podía resultar tan insufrible? Ese encanto de nota, delicada y atenta hasta decir basta, casi le daba asco. Percibía en ella un tufo de superioridad, le hablaba como si fuera retrasada.

La agresividad de Mathilde era comprensible. No podemos evitar buscar un chivo expiatorio para lo que nos hace sufrir; a Agathe ese papel le iba de maravilla. Hasta que su mente cansada sufrió uno de sus constantes virajes y Mathilde se arrepintió de haberlo pensado. ¿Qué habría hecho sin su hermana? No dejaba de ser curioso que fueran sus desvaríos los que hubiesen

reforzado la relación de ambas. Hacía mucho que no pasaban tiempo juntas. Con los años, el trato se había vuelto más superficial. Las últimas veces que habían quedado había sido por Lili. Étienne también había ido alguna vez. Mathilde tenía la esperanza de que así a él también le apeteciera tener un hijo. Se acordó de qué ilusión le había hecho coger en brazos a la niña; una imagen que ahora tenía que borrarse de la memoria.

Así pues, el nacimiento de Lili había dado pie a que las hermanas se vieran algo más a menudo; aunque no por ello se habían vuelto más afines. Al final, lo único que justificaba su unión era «el hecho de ser hermanas».

4

Mathilde entró en el dormitorio del matrimonio. Se quedó un rato sentada en la cama, mirando en torno. Acabó por abrir un cajón. Se topó con las bragas de su hermana. Y rebuscando un poco más, encontró el resto de su lencería. A Mathilde le costaba imaginarse a su hermana con un ligero o un corpiño. El mueble aquel encerraba toda una vida sexual. Se imaginaba a Agathe tratando de excitar a Frédéric con sus modelitos eróticos; tenía pinta de ser un poco patético.

Se pasó el día violando su intimidad, encontrando y leyendo las cartas que se escribían al principio de la relación. Le daban ganas de burlarse; el sufrimiento la colmaba de sarcasmo o de ironía malévolamente hacia la felicidad ajena. Pero al cabo de un rato se tuvo que rendir ante la terrible evidencia de que esos dos se querían y eran felices. Tenían precisamente lo que ya no tenía ella. Se echó a llorar.

Cuando Agathe volvió a casa, se encontró a su hermana hecha un mar de lágrimas. Iba corriendo a consolarla cuando se paró en seco al ver sus cartas desperdigadas por el suelo.

—¿Has leído nuestras cartas?

—Sí, lo siento.

—Mira, Mathilde, estamos aquí para lo que necesites. Te tenemos en casa. Pero eso de hurgar en las cosas de los demás no se hace.

—Ya lo sé..., ¿estás enfadada conmigo?

—No, para nada.

—¿Seguro?

—Sí.

—Te prometo que no volveré a hacerlo. No se lo cuentes a Frédéric, por favor.

—¿Por qué?

—Está siendo tan agradable... No debe de resultarle fácil que yo me haya metido aquí..., así que no me gustaría...

—No le contaré nada.

—Gracias.

—Venga, deja de llorar.

—Sois geniales.

—¿Qué?

—Tenéis una relación preciosa. No me había dado cuenta hasta ahora. Qué cosas tan bonitas te escribía Frédéric...

—Sí..., es verdad —contestó Agathe pensando furtivamente que hacía mucho tiempo que su marido había dejado de escribirle.

—Tú sí que puedes contar con él.

—Sí.

Lili se acercó a su madre a gatas. Cuando, al abrir la puerta del dormitorio, se había encontrado a su hermana llorando, Agathe había dejado a la niña en el suelo. Ahora la cogió en brazos. A Mathilde le pareció que tenía que decir algo, dar con algún cumplido. Al cabo, susurró con una admiración un tanto forzada:

—Parece mentira lo bien que se mueve ya. Estoy segura de que va a echar a andar dentro de nada.

## 5

Esa misma noche, Agathe pensó que no tendría que haber ido a trabajar. Su hermana estaba en pleno desamparo psicológico, no solo necesitaba un techo, sino tener a alguien a su lado. No le guardaba rencor por haber hurgado en sus cosas; y, como había prometido, no se lo contaría a Frédéric. Bastante bueno era ya al aceptar esa situación, con lo pequeño que era el piso. Sobre todo teniendo en cuenta que había dormido fatal con Lili al lado de la cama matrimonial. Había estado medio ido gran parte del día, a pesar de que estaba preparando un importante encuentro sobre inteligencia artificial. Hacía unos meses que había empezado a trabajar en una empresa que comercializaba aparatos conectados de esos a los que llaman «inteligentes» y se planteaba cómo evolucionarían en el futuro. Era un tema que lo apasionaba; pero cuando hablaba de él, en su entorno nadie se enteraba de nada. O al menos eso era lo que le pasaba a Agathe. También a ella acababa de contratarla como asesora un banco nuevo. Aunque, al contrario de lo que le ocurría a su marido, su trabajo no la entusiasmaba; pero de algo hay que vivir, pensaba. De modo que su matrimonio era una unión bastante clásica entre ensoñación y pragmatismo.

A la mañana siguiente, Agathe llamó a la sucursal bancaria para decir que no se encontraba bien. Llevó a Lili a la guardería y volvió a casa con lo necesario para preparar un *brunch*. Compró todo lo que le gustaba a Mathilde; esta se despertó maravillada de tanta generosidad.

—Qué suerte tengo de que seas mi hermana —murmuró.

Se dieron un abrazo. Llevaban años sin hacerlo.

Agathe había organizado el programa del día.

—Hoy vamos a ocuparnos de ti, estoy segura de que te sentará estupendamente. Te voy a llevar a la peluquería, al salón de belleza, y luego podríamos irnos a los baños turcos.

—No sé si me apetece todo eso...

—¡Nadie te ha pedido tu opinión! Soy la hermana mayor y tienes que hacerme caso.

—...

Mathilde accedió. Al menos, a ir a la peluquería. Tenía serias dudas de que lavarse la cabeza la ayudara a sentirse mejor, pero luego tuvo que reconocer que había sido relajante. Después fueron a la masajista para una exfoliación; como de costumbre, Mathilde se quedó pensando en esa palabra: «exfoliación». Una forma de desprenderse de su antigua piel. Era una ilusión, claro está. Al marcharse, Étienne le había dejado una marca indeleble.

Volvieron a casa para tomarse un té. En el sofá y con una mantita en las piernas, Agathe le propuso mirar fotos de cuando eran pequeñas. Mathilde intentaba esforzarse, demostrarle a su hermana que quería salir adelante. Así que le decía que sí a todo. Aunque volver a adentrarse en sus recuerdos comunes casi le diera náuseas. Agathe se entusiasmaba exageradamente con tal o cual momento de su adolescencia, tratando de que hasta el más insípido pareciera maravilloso. Con qué facilidad se otorga a las anécdotas del pasado un tinte casi mitológico. Agathe se reía al recordar circunstancias que no tenían gracia; a Mathilde le resultaba irritante, pero no lo demostraba. Hacía como que sonreía también, pero si su hermana hubiese sido mínimamente perspicaz se habría dado cuenta de que se trataba de un mero fraude facial. En cualquier caso, a Mathilde le llamó mucho la atención que, en las fotos, Agathe siempre pareciera más feliz que ella. ¿Era porque le gustaba sonreírle a la cámara? No, se diría que su alegría de vivir era más patente. No era un detalle que saltase a la vista. De pequeñas, nadie había dicho nunca que la hermana mayor parecía más pletórica que la pequeña; antes bien, a menudo decían que tenían el mismo carácter. Entonces, ¿por qué Mathilde se fijaba en eso ahora? Seguramente era una nimiedad, pero ahora le tapaba todo lo demás. Le parecía obvio que ya entonces se podía caer en la cuenta de que a Agathe se le iba a dar mejor que a ella ser feliz.

Al igual que una animadora de centro vacacional, a continuación Agathe propuso ir a regar las plantas que tenía fuera; se refería a las flores como si también fueran hijas suyas. Le encantaban los geranios, y más aún la hiedra que enmarcaba literalmente la terraza. Mathilde no se acordaba de que Agathe sintiera esa pasión por las flores; en cualquier caso, nunca la había mencionado antes. Seguramente era parte de la pareja, el matrimonio y el piso. Aunque no dejaba de parecerle ridículo que esos seis metros cuadrados la tuvieran tan extasiada como si fueran una finca de doce hectáreas. Agathe regó todas las macetas «con mucho amor», porque las plantas tenían «mucha sed». Mathilde pensó que quizá en eso residía la felicidad, en el hecho de realizar tareas materiales; el entusiasmo floral de su hermana no le merecía una opinión negativa; antes bien, saltaba a la vista que disfrutaba organizando la belleza.

—Ayúdame con la hiedra. Tengo que podarla un poco, porque si no le cae encima al vecino de abajo.

—Vale. ¿Qué hago?

—Solo tienes que sujetarme bien. Normalmente lo hace Frédéric.

Entonces Agathe se subió a una escalera de mano con las tijeras de podar. Mathilde se le acercó para agarrarla por la cintura. Le sorprendió comprobar que su hermana no sentía miedo ni vértigo

alguno; y eso que la terraza estaba en un octavo. Ese desprecio por el peligro resultaba fascinante.

—¿No te da miedo? —preguntó Mathilde.

—No, estoy acostumbrada. Y además me tienes bien sujeta.

—Sí.

—Hay que ver cómo crece. He puesto unos tutores para que las ramas se enrosquen. Parecen plantas voraces. Cuando eligen una presa, ya no la sueltan.

—No me lo había planteado así.

—Hay quien las llama «verdugos de los árboles». Me encanta esa expresión. ¿No te parece bonita?

—Verdugos de los árboles... —repitió Mathilde para sí misma—. La verdad es que sí. No sé si es bonita, pero es una imagen potente.

—Bueno, pues este lado ya está. Terminamos el otro y luego vamos a buscar a Lili, ¿te parece?

—Si no te importa, prefiero descansar un rato.

—No, claro; lo comprendo. Te habré dejado agotada, ¡pobrecita!

—...

Mathilde volvió al cuarto de Lili y cerró los postigos. No eran ni las cinco de la tarde y solo le apetecía una cosa: que se hiciera de noche.

## 6

Los tres somníferos que se tragó la catapultaron hasta la mañana siguiente, ya avanzada. Le sorprendió comprobar que la familia ideal estaba al completo en el salón. Era sábado. Ya no tenía ni idea de los días.

## 7

Agathe y Frédéric habían resuelto evitar, en la medida de lo posible, hablarle a Mathilde de su situación. Probaban constantemente temas de conversación que no le recordaran a Étienne. Poco les faltó para ponerse a perorar sobre el próximo campeonato de patinaje artístico.

Mientras comían, Frédéric se puso a hablar de los últimos avances de la inteligencia artificial. Su mujer lo cortó en seco.

—Cuesta seguir el hilo de lo que dices. No me entero.

—¿Ah, no? Pues lo estoy contando para que se entienda.

—¿Tú te enteras, Mathilde? —le preguntó entonces Agathe a su hermana.

—No mucho...

—¡Está claro que aquí no le intereso a nadie!

Las dos hermanas compartieron una sonrisa que estuvo a punto de convertirse en carcajada, pero no, se quedó en sonrisa.

No obstante, a Mathilde le gustaba cómo hablaba Frédéric de su trabajo. Le caía bien la gente apasionada. Ella también lo era. Por primera vez, se fijó de verdad en su cuñado. Aunque nunca le había hecho mucho caso, siempre le había parecido simpático; un poco rarito a veces, pero equilibrado y buena gente. No era de los que se dejan embaucar por una ex que vuelve de Australia. Al mirarlo detalladamente, empezó a parecerle encantador. Tenía unos rasgos como la letra de una canción que se recuerda enseguida. Y además, era un padre amantísimo, con la autoridad justa para que toda la familia pudiese encararse con el futuro serenamente.

Frédéric le ofreció un café a Mathilde.

—¿Perdona? —dijo ella, enfrascada en sus cosas.

—¿Quieres café?

—No, gracias, estoy bien así. Me tomaré uno por ahí.

—¿Vas a salir? —preguntó Agathe, con una pizca de preocupación.

—Sí, voy a tomar el aire. Puede que me siente bien.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, quedaos aquí tranquilamente. No quiero estar por medio todo el rato.

—Pero si no estás por medio —dijo Frédéric.

—Qué detalle... —susurró ella.

## 8

Como Mathilde no sabía muy bien adónde ir, iría a dar un paseo: a ninguna parte. Qué difícil era. Étienne había contaminado todo París con su presencia. Fuera donde fuera, la asaltaba algún recuerdo de su vida juntos. En cinco años, habían anexionado París a su felicidad. Esa felicidad muerta. ¿Qué podía hacer? Al final, Mathilde optó por comprar un plano de la ciudad. Al volver a su cuarto, lo desdobló. Con un rotulador, tachó los barrios a los que recordaba haber ido con Étienne. Hecho lo cual, no quedaba mucho. París se había reducido a una sucesión de islotes ridículos, como las celdas de una cárcel.

## 9

Nada más cenar, Frédéric dijo que se iba a la cama. Su mujer le preguntó:

—¿Ya?

Él contestó que estaba agotado.

—Es culpa mía —afirmó Mathilde.

—Qué va..., para nada —respondió Frédéric.

—Sí. Sé que no es fácil dormir con Lili. Seguro que hace ruido de noche. Creo que sería mejor que volviera a su cuarto. Además, así, si se despierta, puedo atenderla yo.

—Si estás tomando somníferos, te va a costar oírla —comentó Agathe.

—Precisamente estaba pensando en no seguir tomándolos. Me dejan atontadísima. Y esa no es forma de mejorar.

—Desde luego...

—No voy a negar que para nosotros sería más cómodo —repuso Frédéric, agradecido.

—Pues entonces, vamos a hacer eso. Y si resulta que Lili me despierta, puedo dormir durante el día. Yo no trabajo, como vosotros. Con lo bien que os estáis portando conmigo, es lo mínimo que puedo hacer.

—No nos debes nada —dijo Frédéric—. Es lo natural.

—Bueno, pues entonces vamos por Lili ahora mismo para volver a meterla en su cuarto —concluyó Agathe, siempre tan práctica; cuando se tomaba una decisión, había que llevarla a cabo de inmediato.

Poco después, mientras buscaba el sueño, Mathilde oyó a la pareja haciendo el amor. A todas luces, trataban de meter el menor ruido posible. ¿Lo harían a menudo? Seguro que no. De ahí toda la lencería que había encontrado. De vez en cuando, a Agathe le daría por excitar a su marido, para mantener vivo el deseo. Mathilde oía los suspiros ahogados de su hermana. ¿Cuánto llevaba ella sin hacerlo? La última vez debió de ser dos o tres días antes de que Étienne dijera que se iba. Lo peor era que no había sospechado ni por asomo que ya no lo harían más. Cuando él eyaculó soltando un grito muy cerca de su oído, fue el último acto de su vida sexual. Cómo le habría gustado a Mathilde retroceder en el tiempo, volver a vivir ese momento con mayor intensidad, abrazar a Étienne muy fuerte, de tal forma que nunca pudiera escaparse de esa trampa. Al recordarlo, empezó a acariciarse; puede que recuperar el deseo fuera un buen síntoma; pero no sentía nada, sus dedos recorrían una carne muerta.

Además, Lili respiraba muy fuerte, casi resultaba preocupante. Mathilde se levantó sin hacer ruido para mirar a la niña. Del otro lado del tabique ya no se oía nada. Frédéric habría tenido un orgasmo silencioso. Debían de estar quedándose dormidos pegados el uno al otro con la satisfacción del trabajo bien hecho. La respiración de Lili se atenuó, como si notase la mirada fija en ella. Mathilde se quedó quieta mucho rato contemplando a su sobrina. Pensó: «Esta debería ser mi vida. Tendría que estar acostándome con mi marido y levantándome por la noche para ver a mi hijo; levantándome para comprobar que duerme bien. ¿Por qué no es así mi vida?». Mathilde no entendía nada. Se sentía una intrusa en ese ambiente. Aun así que sabía lo cerca que lo había tenido, había llegado a tocarlo con el dedo. Étienne y ella iban a casarse. No estaba loca. Se lo había dicho él, en Croacia. Y luego habían hablado de tener un hijo. A lo mejor hasta habían llegado a pensar nombres. De ese detalle ya no estaba segura, pero era verosímil. De lo más verosímil. Tan verosímil que casi le pareció real. La boda, el niño, las noches de amor y levantarse para comprobar que todo estaba en orden.

Sí, todo está en orden.

Cómo duerme Lili. Tan profundamente como dormía su madre el día del accidente. Cuando su propia madre gritó por la noche. Sí, duerme igual, protegida de las desgracias que les suceden a los demás. Ambas imágenes se superponen en la mente de Mathilde: como si las dos felicidades

estuvieran conversando.

El lunes siguiente, Mathilde, sentada en medio del salón, se dirigió a una clase imaginaria. Lo primero que hizo fue pasar lista. Cada nombre retumbaba en la estancia vacía, haciendo que el momento resultara aún más triste. En el mejor de los casos, parecía una actriz ensayando una escena para una audición.

Mathilde iba cicatrizando en silencio; no le contaba nada de lo que sentía a su hermana. Que la hubieran despedido se había vuelto casi tan importante para ella como que Étienne la hubiese dejado; las dos cosas juntas eran una resquebrajadura total. Cuando él la dejó, lo único que la mantuvo a flote fue su vida profesional. Había sobrevivido porque se sentía útil. Y ahora, ¿cuál era su razón de ser? ¿Cuidar a una niña por las noches? Sí, quizá fuera esa. De tanto en tanto, Berthier le enviaba un mensaje para preguntar qué tal estaba y hablar sobre su comparecencia ante la comisión disciplinaria. No le contestaba; cuanto más pasaba el tiempo, más furiosa la ponía que nadie le hubiese tendido una mano. Que a nadie se le hubiese ocurrido dar la cara por ella para abogar por lo siguiente: no se puede asociar a una persona con un momento de enajenación. Había un pasado, una vocación, un compromiso que se habían considerado excepcionales: todo eso se había evaporado en un segundo fatídico. ¿Así es como se calibra la balanza de nuestros actos? Pareciera como si ese momento de enajenación fuera la única imagen que el mundo iba a recordar de ella. Un error en un océano de perfección, y lo único que veían era el error.

—Abrid el libro por la página 337 —dijo alzando la voz.

—Profesora, me lo he dejado en casa —dijo entonces una Clémence imaginaria.

—No importa. Lo tenía previsto y he fotocopiado la página. ¡Con vosotros hay que estar en todo!

—Gracias.

—No hay de qué, Clémence, pero que no se repita. Bueno, venga, os leo el fragmento y luego lo comentamos.

Mathilde avanzó por el salón y luego retrocedió, como si recorriese una fila de alumnos buscando el mejor sitio para que su voz le llegase bien a todo el mundo. Se aclaró la garganta y precisó que quien hablaba era Frédéric Moreau.

¿Qué tengo yo que hacer en este mundo? ¡Los demás pugnan por la riqueza, la celebridad, el poder! Yo no tengo oficio, es usted mi ocupación exclusiva, toda mi fortuna, la meta y el centro de mi existencia y de mis pensamientos. ¡No puedo vivir sin usted como no puedo vivir sin el aire del cielo! ¿No siente acaso cómo la aspiración de mi alma se alza hacia la suya, y que tienen que confundirse, y que muero por ello?

La señora Arnoux empezó a temblar con todos los miembros.

—¡Ay, váyase! ¡Se lo suplico!



La expresión de desamparo de su rostro detuvo a Frédéric. Luego, dio un paso. Pero ella retrocedía, juntando ambas manos.

—¡Déjeme! ¡En nombre del cielo! ¡Se lo imploro!

Y Frédéric la quería tanto que se fue.

Mathilde dejó pasar un ángel, conmovida, a pesar de que se sabía el texto de memoria. Tenía una exaltación en la que había algo infinito. Luego apuntó que, precisamente unas líneas antes, Frédéric había dicho: «Ayer me rebosaba el corazón».

—Qué hermoso, ¿verdad? Me rebosaba el corazón...

—Sí, es precioso —admitió Mateo.

—Ay, Mateo..., Mateo mío —dijo Mathilde, acercándose—. ¡Qué feliz me hace que te llegue esta frase!

Después la profesora se dirigió a toda la clase.

—Como veis, estamos en el meollo de la novela, y los dos tienen que reconocer que su amor es imposible. Pero se quieren, se quieren muchísimo. ¡Se quieren con un amor que no tiene derecho a cesar!

Y entonces se produjo un hecho sorprendente.

Cuando Mathilde se disponía a analizar largo y tendido el sentimiento amoroso y la pasión devastadora, atrajo su mirada un osito de peluche que Lili había dejado tirado en el salón. Y le pareció que el oso la observaba; estaba incluso convencida. Aún peor, la juzgaba. En la expresión quieta se leía una pizca de desprecio. El peluche ese se estaba burlando de ella y de cómo disfrutaba dando clase a unos alumnos imaginarios. Lo agarró, rabiosa, y le estrujó el cuello. Como si nada; seguía teniendo la misma expresión. Acabó metiéndolo en un cajón, con el consuelo de, al menos, ejercer ese poder. Pero le había quitado las ganas; la clase había acabado.

Mathilde, agotada, se desplomó en el sofá. Por encima de su cabeza había una estantería pequeña con unos cuantos libros. Su hermana no leía, y su cuñado, solo ensayos científicos; Lili iba a crecer en una casa sin novelas. Por curiosidad, cogió un libro titulado *La guerra de las inteligencias*, cuyo autor era Laurent Alexandre. Trataba sobre la inteligencia artificial, que era el tema central del trabajo de Frédéric. Mathilde empezó a leer pensando que a lo mejor así podría entenderlo cuando hablase de ello. Y, además, a él le haría ilusión que alguien mostrase interés por lo que tanto lo apasionaba. A Étienne le dio una vez por comprarse un barco, y se pasaba el tiempo leyendo revistas náuticas. Por amor, Mathilde también se dedicó a profundizar en el tema. Aunque era un ámbito que, espontáneamente, no la entusiasmaba lo más mínimo. Hasta que un fin de semana hicieron un viaje en barco y Étienne descubrió que se mareaba y no podía navegar. Y ahí se le acabó la pasión. En último término, con su vida amorosa había pasado algo semejante. Durante cinco años se había apasionado con ella (podría haber leído perfectamente revistas especializadas en Mathilde), antes de darse cuenta de que no podía vivir con ella y prefería volver a tierra firme: Iris.

Por la noche, después de acostar a Lili, cenaron los tres juntos. Mathilde se puso a hablar del libro que había estado leyendo y le hizo muchas preguntas a Frédéric. Al principio, Agathe se alegró de que a su hermana le interesara un tema nuevo. Pensó que la curiosidad era una etapa necesaria hacia la curación; para encontrarse mejor, tenía que reincorporar paulatinamente el resto del mundo a su propia vida. Pero a continuación empezó a hartarse un poco de observar esa charla en pareja que, en cierto modo, la excluía. Bien es verdad que el tema nunca la había entusiasmado. Para ella solo se trataba de la evolución de las cosas, de progresos de la ciencia y la tecnología. La historia de la humanidad se basaba en mutaciones, y ella no acababa de ver por qué esa mutación en particular supondría, como les gustaba contar a los especialistas, un vuelco hacia lo desconocido; y, por ende, un peligro.

—¡Por fin a alguien le importa lo que hago! —exclamó Frédéric.

Parecía un crío con el que por fin quieren jugar los demás niños. Le faltaba dar botes en la silla. En el fondo, era como cualquier otro ser humano. Le gustaba que le hiciesen caso; quienes triunfan en la vida son los que saben hacer preguntas. En el caso de Mathilde, el interés que sentía no era fingido. Porque el libro trataba, en parte, de la escuela. Si se descuidaba la educación, las personas menos cultas y menos cualificadas quedarían excluidas paulatinamente de la sociedad. La inteligencia artificial les daría de lado.

—¿Pero tú a qué te dedicas exactamente? —preguntó Mathilde.

—Tenemos muchos clientes, normalmente empresas, que nos piden simulaciones para preparar la transición.

—¿Tan pronto?

—Sí, no tardará en llegar. Dicho en pocas palabras, las máquinas avanzan cada vez más rápido. Van a invadir el mercado laboral.

—¿Es para tanto?

—Uno de mis clientes es un banco importante. Ya saben que dentro de poco no van a necesitar a los asesores financieros.

—¡Pues qué bien! —intervino Agathe de repente—. ¡No solo se me excluye de la conversación, sino que además me entero de que voy a quedarme sin curro!

—¡Estás exagerando! —dijo Mathilde.

—De todas formas, estoy agotada. Me voy a la cama.

Y Agathe salió de la habitación.

Mathilde y Frédéric se miraron sin entender muy bien qué pasaba. Lo cierto era que, por primera vez, Agathe había sentido que la situación actual iba a tener que acabar pronto. Había tenido que encargarse de Lili, del trabajo y de la compra sin disfrutar de ninguna de esas etapas. Y ahora resultaba que Frédéric, que ya no agradecía que hiciera todo eso (aunque puede que a ella le pasara otro tanto con él), se ponía de lo más empalagoso con Mathilde por las tres cositas de nada que sabía sobre inteligencia artificial; si para deslumbrar a su marido bastaba con ojear un libro

por encima, tampoco tenía tanto mérito.

Pero había algo más: le había parecido verle un brillo en los ojos a Frédéric. La misma luz que ya no veía cuando ella le hablaba. Se acordó súbitamente de los primeros meses, cuando se pasaban horas charlando y se maravillaban al descubrir cada faceta de sus respectivas vidas. La apenó pensar que esa complicidad había desaparecido casi por completo.

13

Mathilde se durmió sintiéndose en paz por primera vez desde hacía semanas. Le había sentado bien indagar sobre un tema nuevo; y que ya no le hablasen como a una enferma. Cuando estás sufriendo, todo el mundo te trata como si fueras material explosivo. Los interlocutores se te acercan esperando que el cable rojo y el cable azul que llevas dentro no les detonen una bomba en la cara.

La conversación había sido apasionante, Mathilde disfrutó escuchando las explicaciones de su cuñado. Le había encantado cómo se entusiasmaba con aquel tema que dominaba; era algo que cada vez abundaba menos, la verdad. Los humanos pasaban por la historia con una desgana que iba a más; el exceso de información sobre cualquier cosa contribuía a que cayese en picado la capacidad de emocionarse por algo. En los niños resultaba llamativo; consideraban los dibujos animados como un derecho y a menudo los recibían con hastío; es más, podían cambiar de actividad en plena historia, sin sacralizar el momento. Antes, los niños se pasaban el día entero esperando los dibujos animados, y cuando los ponían por televisión los sentían con una intensidad inaudita. Que todo estuviera permanentemente disponible había desembocado, pues, en una disminución de la libido de la curiosidad. De modo que los apasionados destacaban, aquí y allá, como los caballeros andantes de antaño. Frédéric era uno de ellos.

14

Mathilde quería agradecerles a su hermana y a su cuñado que se estuviesen portando tan bien con ella. Bien es cierto que ella se ocupaba mucho de Lili, lo cual les daba un respiro. Pero lo que quería era hacerles un regalo. No era difícil. A los dos les encantaba la música clásica. Aghate había tocado el piano durante varios años. Aunque a Mathilde siempre le pareció que lo hacía de forma mecánica, sin tener alma de artista; habría sido lo mismo si hubiera practicado judo. Más o menos a los dieciocho años dejó de tocar, pero había adquirido unos conocimientos musicales que habían sido una de las cosas en común con Frédéric. A él, en concreto, le encantaba Schubert. Mathilde se enteró de que el Teatro de los Campos Elíseos tenía en cartel *La muerte y la doncella*. Compró dos entradas.

—¡Por qué te has molestado! —dijo Frédéric.

—Qué detalle —dijo Agathe al abrir el sobre—. *¡La muerte y la doncella!* ¡Gracias!

—Sí, has acertado de lleno.

—Y, por supuesto, yo me quedaré con Lili.

—Gracias —dijo de nuevo Agathe, dándole un beso a su hermana.

Luego les echó un vistazo a las entradas para ver la fecha del concierto: jueves, 24 de noviembre.

—Ay..., ¡pero esa noche no puedo!

—Anda, ¿y eso por qué? —preguntó Frédéric.

—Es la gala anual del banco. Vienen todos los clientes. Pues menudo chasco...

Mathilde se disculpó por haber metido la pata. Al final, Agathe sugirió:

—Id vosotros dos. Llamaremos a una canguro para Lili.

Mathilde y Frédéric protestaron un poco, pero era claramente la mejor solución para no desperdiciar las entradas. Más avanzada la noche, Agathe se levantó de la cama. Quería comprobar una cosa en la agenda. En efecto, la fiesta del banco estaba anotada para la noche del 24 de noviembre. Mathilde ya había hurgado una vez en sus cosas, así que podía haberlo visto perfectamente. ¿Habría comprado adrede las entradas para ese día? No, imposible. No podía haber hecho algo así. Aunque había que reconocer que a veces tenía una conducta de lo más imprevisible. Agathe ya no sabía qué pensar, así que prefirió decirse que todo ese asunto no era más que un desafortunado cúmulo de circunstancias.

## 15

Transcurrieron los días con algo parecido a la monotonía. Como una rutina entre tres. Por fin llegó la noche del concierto. Mathilde se maquilló por primera vez en mucho tiempo. Frédéric se quedó sorprendido al verla; a decir verdad, le pareció que estaba especialmente guapa.

Los dos se quedaron maravillados por la hermosura de la música. Mathilde salió con lágrimas en los ojos. Desde que Étienne se había marchado, sentía que había caído en una relación anestesiada con el mundo. Y de repente, la emoción volvía a embargarla; exactamente igual que si la agarrase por la nuca. La sensualidad renacía gracias a Schubert y al cuarteto de esa noche. Puede que fuera una ilusión fruto de ese momento perfecto, pero se sentía cautivada, y hasta un poco feliz.

Le hubiese gustado caminar toda la noche con Frédéric. París parecía otra ciudad, dispuesta a brindar su encanto dócilmente. También a él lo turbaba la magia de esa velada. Escuchaba mucha música clásica, pero no se podía comparar con la sensación de estar en penumbra y compartir con cientos de espectadores un viaje sonoro. Y esa forma de magia seguía propagándose con el paseo nocturno. Hacía mucho tiempo que no paseaba así con otra mujer; por supuesto, era su cuñada; por supuesto, no cabía ninguna ambigüedad; pero la propia situación sonaba como un eco de todos los momentos de su vida en los que había podido callejear así por la noche parisina junto a una mujer; y aquello solo lo remitía a momentos sentimentales.

A ambos les resultaba agradable sustraerse de la vida cotidiana para conocerse mejor. Frédéric solo veía a Mathilde como la mujer depresiva a la que había que cuidar. Mathilde pensaba que su cuñado era uno de esos hombres poco anclados en la realidad a los que a veces te entran ganas de zarandear. Al salir de casa, también se salían de su imagen y descubrían lo sensibles y divertidos que eran. A Frédéric lo turbaba además otra cosa: el parecido entre Mathilde y su hermana. No dejaba de ver puentes entre sus rostros, sus gestos y sus inflexiones de voz. De forma tal que Agathe estaba oculta en Mathilde; la Agathe del principio. Esa noche, mientras paseaba, Frédéric tuvo casi la sensación de haber conocido de nuevo a su mujer.

Hasta ese momento, Frédéric no se había parado nunca, en realidad, a comparar a las dos hermanas. Mathilde le parecía más carnal; digamos que tenía más curvas. Maquillada y con ropa elegante podía gustar a muchos hombres. Tenía ganas de preguntarle por la separación y sus planes de futuro. Pero no era capaz. No era ningún as de los interrogatorios, ni uno de esos individuos que siempre se sienten un poco responsables de la conversación. Antes bien, no tenía inconveniente en dejar que se prolongara el silencio y proporcionarle a la situación una apariencia de recogimiento. A Mathilde le gustaba esa capacidad. Todo el mundo esperaba de ella que reaccionase, que fuera fuerte, que fuera así o asá. Y la verdad era que, sencillamente, no sabía ni cómo respirar. Iba a tientas y tratando de encontrar como pudiera la puerta de salida de su desamparo. Esa noche, caminando junto a Frédéric, comprendió que lo que más ansiaba era el silencio; sí, quería que las heridas le cicatrizaran de ese modo. No sabía cuánto tiempo tardaría, días, años, siglos, pero en ese instante pensó que era la forma de que algún día le volviera a palpitar el corazón.

## 16

Al volver a casa se encontraron a Agathe hecha un ovillo en el sofá y sujetando una taza de infusión.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Frédéric.

—Sí, no me apetecía volver muy tarde. De todas formas ya son las doce.

—¿Ah, sí? —dijo él, francamente sorprendido. Habían salido del concierto a las diez y no se explicaba cómo habían pasado volando esas dos horas.

—¿Estuvo bien? —preguntó Agathe.

—Sí, magnífico. Me ha sentado de maravilla salir... —dijo Mathilde.

—Pues qué bien...

—¿Y tú?, ¿qué tal la gala?

—Estupenda. Ha sido una oportunidad para ver a todos mis compañeros... —respondió Agathe sin ningún entusiasmo. Saltaba a la vista que se lo habían pasado mejor que ella, cosa que la fastidiaba más aún.

Agathe les ofreció una infusión y fue a calentar el agua. Mathilde y Frédéric volvieron a

comentar el concierto. Para no despertar a Lili, hablaban bajito, tanto que habría podido pensarse que andaban secreteando. Agathe colocó las tazas en la mesa del salón y se acomodó en el sofá. Frédéric se sentó a su lado. Mathilde titubeó brevemente antes de dirigirse al sillón que estaba al otro lado de la mesa. Las aguas volvían a su cauce.

—Pues eso, que me alegro de que os lo hayáis pasado tan bien —volvió a decir Agathe, aunque esta vez con cierto retintín.

—Pero, cariño, ¡no tendrás envidia! Voy a comprar dos entradas para que vayamos tú y yo.

—Sabes de sobra que ya está todo vendido.

—Bueno, pues iremos a ver otra cosa. Me muero por escuchar a Bach en una iglesia.

—Será un placer...

Entonces ocurrió algo sublime. O al menos así consideró Mathilde lo que tuvo ocasión de presenciar. Frédéric, al notar que su mujer estaba algo enfurruñada, se acercó a ella, apartó un mechón que le tapaba parte de la cara y se lo puso detrás de la oreja. A Mathilde ese gesto la dejó fascinada. [\[14\]](#) Sí, Frédéric le había puesto delicadamente a su mujer un mechón detrás de la oreja, con un gesto lento, y había sido una forma de decirle: te quiero. Más adelante, esa misma noche y los días que siguieron, Mathilde recordaría ese gesto. A ella nadie le ponía ya los mechones detrás de la oreja.

Agathe no estaba lo que se dice celosa; confiaba mucho en su marido. Pero le había sorprendido la actitud de su hermana. No era solo que siguiera en parte convencida de que el asunto de la fecha del concierto no había sido fruto del azar, sino que, además, le costaba entender por qué se había vestido así. Obviamente, era bueno que se arreglara y quisiera volver a sentirse deseable, pero ¿por qué escoger el día que salía con su marido para lucir semejante escote? Era un comportamiento desconcertante. Como solía, Agathe se quitó de la cabeza todo lo que pudiera ser negativo y prefirió comentar una conversación que había tenido en la fiesta.

—Una compañera me ha estado contando que las últimas vacaciones las han pasado en Croacia. Me ha enseñado unas fotos divinas. A lo mejor podríamos ir el verano que viene —le dijo a su marido.

—Pues sí, qué buena idea. Así Lili vería por primera vez el mar.

—Me ha hablado de un hotel mágico cerca de Hvar.

—Espera..., ¿estás hablando de Croacia? —la interrumpió Mathilde.

—Sí —contestó Agathe.

—¿En serio vais a ir? —preguntó con tono agresivo.

—No lo sé. Estamos hablando por hablar. Es una idea.

—¿Cómo podéis hacerme esto?! —dijo Mathilde alzando la voz—. ¡Es una putada!

—¿Pero qué me estás contando?

—¿Que qué te estoy contando? ¿Que qué te estoy contando? Lo sabes de sobra. Me estás haciendo daño aposta. Solo porque he pasado una velada muy agradable con tu marido.

—Pero Mathilde..., ni siquiera sé a qué viene esto. Y baja un poco la voz, por favor, que vas a despertar a Lili.

—Pues que se despierte.

—A ver, ¿me lo puedes explicar?

—¡Lo sabes muy bien! Es el país donde pasé el último verano con Étienne. Y fue allí donde el muy capullo me pidió que nos casáramos. ¿Y ahora queréis ir vosotros?

—Pero si ni siquiera lo había relacionado..., lo... lo siento..., no sé qué decir.

—Eso. Ahora pon cara de inocente. Es lo que mejor se te da.

—...

Entonces Mathilde se puso de pie de golpe y corrió a su cuarto.

17

Aún bajo los efectos del mal cariz que había tomado la noche, el matrimonio se fue a la cama.

—Por lo menos ya sabemos que no se le puede mentar Croacia —dijo Frédéric.

Pronunció esas palabras con la esperanza de arrancarle una sonrisa a su mujer, pero esta seguía pasmada por la reacción de su hermana. Nunca la había visto perder así los papeles. Era como si estuviera poseída.

—Me ha asustado —dijo por fin Agathe.

—Solo ha sido un arrebato.

—Le he visto los ojos. Era muy raro. Cada vez me cuesta más seguirla, reconocerla.

—Ya se le pasará. Está sufriendo.

—Sí, pero puede durarle meses. Y no podemos vivir así. Hay que encontrarle casa.

—Ya lo hemos hablado. De momento no se lo puede permitir.

—Podríamos apretarnos el cinturón. Prefiero quedarme sin vacaciones y que volvamos a estar los tres solos. Como antes. Me pregunto si hice bien trayéndomela aquí...

—No tenías alternativa. Es tu hermana.

—Ya.

—Lo que necesita es conocer a otro hombre. No necesariamente para olvidar a Étienne, sino para darse cuenta de que aún es posible.

—¿Y cómo quieres que lo haga? No sale nunca.

—Puede que tenga una idea.

Frédéric explicó lo que se le había ocurrido. A Agathe no la convencía, pero se dijo que no perdían nada por probar. Si Mathilde no salía nunca, había que llevarle a casa la vida social. Agathe pensó de pasada que desde que había nacido Lili apenas habían invitado a nadie; sin contar a los padres de Frédéric, que iban a ver a la niña. No habían tenido ánimos para organizar cenas. En eso consistía convertirse en padres: en tener casi una muerte social. Pero en realidad no era eso lo que pasaba; tenían muy pocos amigos de verdad. Las relaciones superficiales se habían esfumado, y solo quedaba un núcleo duro de amistades que se contaban con los dedos de una mano. Y además, cuando uno de los dos quedaba con algún amigo o amiga, era mejor hacerlo fuera de casa, para disfrutar plenamente de ese respiro sin Lili. En el silencio que había caído ahora entre ambos, Agathe y Frédéric pensaron exactamente lo mismo: querían salir más, recuperar parte de las sensaciones de su vida anterior. Seguramente existe un momento en el amor en que se vuelve a desear lo que cae más allá.

Interrumpió el silencio una vibración, la del móvil de Agathe. Por las noches lo ponía en «modo avión», pero aún no le había dado tiempo a hacerlo. El mensaje venía del cuarto de al lado: «Quiero disculparme por cómo me he portado. No tendría que haber reaccionado así, pero es que me ha reavivado el dolor. Sé muy bien lo encantadores que estáis siendo conmigo Frédéric y tú. Y, si queréis ir a Croacia, por supuesto que podéis ir. Otra vez perdón, Mathilde». Después de leer el mensaje, Agathe se sintió un poco culpable; debería haber previsto que mencionar ese país sería doloroso para su hermana; sabía sobradamente que esas vacaciones habían sido el último momento feliz con Étienne; estaba claro que ese verano no irían a Croacia.

18

Aunque resultaba difícil atribuirle una edad, Hugo era algo más joven que Frédéric. En su cara se alternaban constantemente un candor juvenil y ciertos destellos de madurez. Tenía toda la pinta de un niño obligado a jugar a ser adulto. Como era de Rennes, se sentía algo perdido en París. Había llegado a la empresa en la que trabajaba Frédéric después de romper una relación amorosa. No lo había dicho claramente porque era más bien callado, pero Frédéric fue comprendiendo por qué había cambiado de vida. Se puede reconstruir el rompecabezas de un destino a base de muchos ratos delante de la máquina de café. Aunque lo cierto era que Frédéric no tenía ni idea de lo que había pasado en realidad.

Mona, la ex de Hugo, se había ido a vivir con otra chica. De modo que para Hugo había sido un duro golpe enterarse de que, en cierto modo, él le había revelado a su pareja su verdadera orientación sexual. Siempre había notado que la atraían un poco las mujeres, cosa que por otra parte a veces le había resultado excitante, pero nunca se había imaginado que la cosa acabaría así. Parte de él respetaba esa decisión, que no tenía por qué ser sencilla; pero a otra le quedaba un regusto amargo. Se decía: «Tuvo que estar conmigo para admitir definitivamente que no le gustan los hombres». Mona no lo veía así; en realidad, ni siquiera estaba segura de ser lesbiana; sencillamente había conocido a una chica que le gustaba. En lo que al amor se refiere, nadie se conoce de verdad a sí mismo; a veces creemos en las evidencias o en eso que se llama un flechazo, pero casi todo el tiempo nos lo pasamos vegetando en un mundo de puntos de referencia obsoletos. Lo único que sabía Hugo era que no se podía quedar en aquella ciudad. No es que tuviera miedo de cruzarse con Mona y su nueva novia, es que no soportaba la mirada de los demás. Siempre lo asociarían con los motivos de la ruptura. Un hecho trivial, pero que seguro que alcanzaría proporciones desmesuradas en la mente de sus conocidos, familiares y compañeros de trabajo. Cuando hablasen de Hugo, enseguida pensarían: su novia se fue con otra chica. Por eso había solicitado un empleo en París; como era un informático muy hábil, lo contrataron enseguida.

Aunque Frédéric no era un experto en las relaciones de oficina, hizo cuanto estuvo en su mano para que Hugo se integrase lo mejor posible. Le dijo una y otra vez que estaba a su disposición para resolver cualquier duda sobre cómo funcionaba la empresa. Aún se acordaba de lo bien que



lo había acogido a él Jean-Pierre Malaquais seis años atrás; un hombre que desprendía buen humor y que había organizado una fiesta de jubilación memorable por aquello de disimular la melancolía que se había adueñado de él ante la perspectiva de no seguir trabajando. Después de eso, Frédéric y él se escribieron muchos mensajes, luego se fueron espaciando y al final se hizo el silencio. Al llegar Hugo, a Frédéric lo invadió el recuerdo de Jean-Pierre Malaquais y quiso volver a saber de él. Cuando lo llamó al móvil, un mensaje del operador de telefonía le informó de que esa línea no existía; acabó localizando el número del teléfono fijo, y fue la mujer de Malaquais quien se lo cogió. Por ella, Frédéric se enteró de que su antiguo compañero había muerto de un tumor cerebral unos meses antes. No supo qué decir, ni siquiera fue capaz de pronunciar unas palabras de pésame. Fue una noticia brutal. ¿Por qué la mujer no había avisado a los excompañeros de su marido? La respuesta era obvia: no había avisado a nadie porque hacía mucho que nadie lo llamaba para saber de él; había muerto en una soledad flagrante.

En eso pensaba Frédéric cuando, de tanto en tanto, le explicaba a Hugo algún detalle del funcionamiento de la empresa. Seguramente fue el propio recuerdo de Malaquais lo que cimentó esa forma de relación profesional. En seis meses, los dos hombres nunca se habían visto fuera del trabajo, de modo que a Hugo lo pilló por sorpresa que Frédéric le ofreciera ir a tomar algo a su casa.

## 19

A decir verdad, la invitación que había planeado la pareja tomó la apariencia de una improvisación total. Al final de la jornada, Frédéric le dijo a Hugo:

—¿Qué te parece si terminamos el informe en mi casa? Así aprovechamos para tomar algo.

Se abstuvo de decirle: «Estoy deseando presentarte a mi cuñada, que lleva varias semanas metida en casa como en una madriguera», o incluso: «Como tienes pinta de llevar una vida bastante aburrida, mi mujer y yo hemos pensado que de dos soledades igual nacía un deseo». Total, era mejor no decir nada para no presionar más a Hugo; bastante tenía ya con ser tan tímido. [\[15\]](#)

Al llegar, Frédéric siguió con el cuento de la invitación improvisada diciéndole a su mujer:

—Cariño, me he traído a Hugo. Tenemos que acabar un informe.

—Ah, qué bien. Encantada de conocerte —le dijo ella a Hugo—, Frédéric me ha hablado mucho de ti.

—Encantado...

—¿Os apetece tomar algo?

—Sí, buena idea —dijo Frédéric.

—Voy a ver qué tenemos por la cocina —mintió Agathe, porque, obviamente, había comprado todo lo necesario. Parecían dos actores aficionados sorprendidos de su propio talento.

Antes de ir a la cocina, Agathe pasó por el dormitorio de Lili. Mathilde le estaba dando el

biberón. Después del arrebato de la noche del concierto, intentaba ayudar a la pareja ocupándose más tiempo de la niña.

—Frédéric se ha traído a un compañero del trabajo. ¿Te tomas un aperitivo con nosotros?

—Sí, claro. En cuanto acueste a Lili voy para allá.

—¡Estupendo! —dijo Agathe, acercándose a su hija para darle un beso—. Hoy te va a acostar la tita. Buenas noches, tesoro.

—Buenas noches, mami —contestó Mathilde en lugar de Lili.

Media hora después, el cuarteto estaba reunido en torno a la mesa. Mathilde enseguida tuvo la sensación de que aquello era una farsa, porque nada tenía pinta de improvisación. Bastaba con ver la mesa cargada de fiambre y galletitas saladas para darse cuenta. Pero, bien pensado, igual Frédéric había avisado a Agathe durante la tarde y quizá ella había ido a comprar. Le pareció que el compañero de Frédéric era de lo más amable pero poco hablador. Un poco apurado por las circunstancias (estaba tomando algo en casa de su superior jerárquico), se empapuzaba de pistachos y cacahuetes para disimular el agobio. Era una actitud contraproducente, no hacía más que resaltar lo incómodo que estaba. Agathe se apresuraba a llenarle la copa cada vez que se le acababa la bebida. El matrimonio tenía puesta su fe en el alcohol para relajar el ambiente.

—A Mathilde le apasiona la inteligencia artificial —le dijo Frédéric a Hugo.

—Tanto como apasionar... Eso se lo reservo a la literatura. Digamos que acabo de entender el reto que supone para el futuro.

—Sí —dijo Hugo, que era de reacciones lentas.

—Te leíste el libro de..., ¿cómo se llamaba, hombre? —preguntó Agathe.

—Laurent Alexandre —contestó Frédéric.

—Ah, sí —dijo Hugo, desaprovechando una vez más el pie que le daban.

—La verdad es que lo que cuenta es preocupante —empezó a decir Mathilde—. Opina que si se mantienen grandes desigualdades intelectuales entre las personas, se crearán desigualdades sociales explosivas. Por eso, dice que hay que centrarse en la educación. Los políticos no son conscientes de las consecuencias reales que se avecinan.

—¿Sabéis que cuando el hermano de Laurent Alexandre tenía dos años se tragó un producto tóxico y murió? —dijo Hugo de sopetón: una anécdota sin duda crucial para entender la vida bulímica de aquel hombre, pero algo lúgubre para iniciar una conversación. Y eso fue lo que pasó. Resultó un tanto violento, y Hugo volvió a los cacahuetes.

Aun así, siguieron un rato más con Laurent Alexandre, colmando de elogios a ese visionario. Pero por mucho que se esforzaba el matrimonio, resultaba bastante difícil que Hugo arrancara a hablar. Era como si la situación lo dejase paralizado. No había tardado en darse cuenta de que la velada tenía pinta de ser una presentación muy poco espontánea. Debía procurar ser gracioso y pertinente, aparentar que estaba relajado a la vez que atento, estar de acuerdo con todos sin dejar de expresar su propia opinión; resumiendo, que la seducción le parecía una prueba insalvable. Y además, debería hacerse valer un poco; venderse. Pero ¿qué podía contar sobre sí mismo que fuese positivo? Nada. O poca cosa. Desde que Mona lo había dejado, no se consideraba nada

interesante; al marcharse, Mona le había robado la confianza en sí mismo. Eso era lo que de verdad tenía en común con Mathilde. Pero Frédéric y Agathe tampoco podían decir: «En lo que coincidís es, indiscutiblemente, en lo deprimidos que estáis los dos porque os han dejado...». De haber estado solos, quizá habrían podido compartir esa vivencia y el sentimiento común de que los hubiera arrollado una catástrofe. Pero ese vínculo que podían haber creado no parecía posible siendo cuatro.

Por si fuera poco, Hugo tenía que reconocerlo: le gustaba Mathilde. Habría preferido volver a ligar con una chica que le atrajera menos. Habría sido como un ensayo. Mientras que así se sentía en la obligación inmediata de estar al cien por cien.

No debería haberse agobiado tanto; a Mathilde ese hombre le resultaba enternecedor, con sus intentos patéticos de hacerlo bien. Pero la cuestión no era esa. Sencillamente, no tenía ganas. Ni con Hugo ni con ningún otro. Después de un desengaño amoroso tan tremendo como el que ella se acababa de llevar, o te diluyes o te cierras en banda. No sabía cuánto tiempo iba a estar así (¿quién sabe cuánto duran los dolores y las penas, aparte del cuerpo?), pero sí que aún no estaba lista.

Aprovechó que Agathe iba a la cocina a buscar una bandeja para acompañarla.

—¿Me habéis amañado una cita?

—Qué va.

—No os lo estoy echando en cara. Me parece lógico. Queréis buscarme otro tío para libraros de mí.

—¡Para nada!

—Ya lo creo.

—Solo queremos que seas feliz.

—Eso es imposible.

—No digas eso.

—Mira, no tengo ganas de hablar. Me voy a la cama. Discúlpame con el amigo de Frédéric.

—¡Pero no nos puedes hacer eso!

—¿Ah, no? ¿Vas a obligarme? ¿Quieres que me acueste con él? ¿Te gustaría? Si me pides que lo haga, yo lo hago.

—Pues claro que no..., no digas bobadas...

—Entonces, dejadme en paz, ¿estamos? Me apetece estar sola.

—...

Se fue corriendo a su cuarto, donde Lili y las estrellas de mentira la estaban esperando en la oscuridad.

Agathe volvió al salón con la bandeja, diciendo:

—Mathilde me ha pedido que la disculpe. Se encuentra un poco mal. Se ha ido a la cama.

La situación ya no tenía razón de ser. Se olvidaron del informe que teóricamente había que

terminar. Hugo se comió unos cuantos cacahuets más y se fue a casa en metro.

Frédéric, a quien le sabía mal haber forzado aquel encuentro, llamó a la puerta de Mathilde, muy flojito para no despertar a Lili. No oyó que su cuñada reaccionara. Se puso a susurrar:

—Mathilde, soy Frédéric..., quiero hablar contigo...

Una vez más, solo le contestó el silencio, así que empezó a repetir en voz baja el nombre «Mathilde» y casi sonaba como una nana. Al final, ella le dijo que podía entrar, y se la encontró tumbada en la cama, con un camisón blanco y la melena ondulada suelta. Parecía la *Ofelia* de John Everett Millais, una imagen puramente prerrafaelita; una presencia humana extraviada en una ribera extraña, la de la muerte o la del sosiego.

Frédéric se quedó parado un momento delante de ese cuadro, hasta que la propia Mathilde se incorporó para preguntarle:

—¿Quieres verme?

Entonces él se acercó, sin tener mucha idea de dónde iba a ponerse. En una especie de proceso íntimo, sometía cada movimiento a una reflexión vertiginosa. ¿Tenía que quedarse de pie o sentarse a su lado? Al cabo, Mathilde se apartó un poco, lo que podía considerarse una invitación para que se sentara en la cama, a su lado. Había decidido ir a hablar con ella para disculparse, la intención era buena, partía de la voluntad de arreglar una torpeza, pero ahora ya no se veía capaz de expresar lo que pensaba. Mathilde le repitió la pregunta, pero esta vez en pasado:

—¿Querías verme?

Frédéric se quedó un momento mirando a su hija que dormía tan a gusto, a salvo de las constantes vacilaciones de los adultos, y por fin dijo:

—Lo que ha pasado esta noche es culpa mía. Lo último que quiero es meterte prisa, pero, no sé, se me ocurrió que... a lo mejor... te sentaba bien conocer a alguien.

—¿Ha sido idea tuya?

—Sí. Bueno, tampoco lo pensé mucho. Hugo es un compañero encantador que se siente un poco solo, así que...

—Me parece todo un detalle. Siento habérmelo tomado tan mal.

Al decir esto, Mathilde le cogió la mano a Frédéric. Estaban uno al lado del otro, él no se atrevía a volver la cabeza por miedo a que sus miradas se cruzasen. Sobre todo porque ella no le quitaba ojo, esperando que él la mirase, seguro. ¿Por qué le había cogido la mano? Estaban tan cerca... No se había dado cuenta de que se había sentado casi pegado a ella. Eran como dos adolescentes sentados en la cama, cogidos de la mano, preguntándose si se van a atrever a besarse por primera vez. Era una comparación extraña, pero había un compás de espera en ese instante, una pausa que recordaba a la edad de la inocencia. Por suerte, Mathilde prosiguió la conversación.

—No sé si estaré lista alguna vez para otra relación. En cualquier caso, ahora no. Los hombres me dan tanto asco...

—...

—Menos tú.

—¿Menos yo?

—Cuanto más te veo, más maravilloso me pareces. Eres brillante, considerado y muy buen padre. Menuda suerte tiene mi hermana.

—Yo... yo..., gracias... —balbució Frédéric, mientras notaba que la mano de Mathilde apretaba la suya. Quería ponerse de pie, poner fin a esa escena que estaba tomando un cariz incómodo, pero algo se lo impedía. Quizá la sensación que le había pasado rozando después del concierto, la de esbozar de nuevo los momentos iniciales del amor, cuando el hecho de gustarle a la otra persona resulta arrebatador. Sin embargo, no tenía sentimientos ambiguos, quería a Agathe, puede que no con la misma intensidad que al principio, pero sabía que no podría vivir sin ella.

Al cabo se puso de pie y le dio las buenas noches a Mathilde. Ella volvió a tumbarse, incluso antes de que él saliera. En su cuarto, se encontró con su mujer. Agathe también estaba tumbada, pero de forma totalmente distinta. ¿Cómo era posible? ¿Cómo dos posiciones casi idénticas podían causar una impresión visual tan distinta?

—¿Y qué? ¿Lo ha entendido? —preguntó Agathe.

De nuevo, Frédéric tardó un rato en contestar:

—Sí, todo va bien.

Apagó la luz y ese chapuzón en la oscuridad le sentó bien.

## 21

Esa misma noche, metido en la cama, Hugo pensó: «Creo que no les gusto a las mujeres».

## 22

No, Lili no dormía a salvo de los constantes titubeos de los adultos. Por el contrario, lo notaba todo intensamente, y puede que incluso las vibraciones del porvenir. En plena noche, rompió a llorar. Debía de ser una pesadilla.

Mathilde se levantó, la cogió en brazos y se movió rítmicamente para acunarla. Acabó susurrando:

—No te preocupes, chiquitina. Voy a estar siempre contigo.

Estas pocas palabras calmaron a la niña, que tornó a dormirse. Mathilde, en lugar de irritarse por que la arrancaran del sueño, se había quedado maravillada. Tranquilizar a un ser humano tan frágil y sentir la dicha de volver a dejarlo, reconfortado, en su camita, brindaba la sensación de que la fuerza de la vida se resumía en la sencillez pura de esos gestos. Seguía conmovida por esa interrupción nocturna. Estaba loca por su sobrina, le gustaba atenderla y llevarla al parque, pero acababa de suceder algo mucho más hondo. Mathilde tenía los ojos empañados de lágrimas. Después de la noche del concierto, era un nuevo síntoma de que la sensibilidad estaba volviendo a su vida. Había pasado semanas sintiéndose desgajada de sí misma y hete aquí que el hecho de coger a Lili en brazos en plena noche la catapultaba a un estado de emotividad exagerado. Cuánto

quería a esa niña.

¿Era consciente Agathe de la suerte que tenía? Al parecer, no. Para ella, ser feliz era algo obvio, por no decir normal. Cuando lo tienes todo, te crees que eso es lo que toca. En el fondo, Agathe nunca había echado de menos nada ni sufrido por nada, pensó Mathilde. Incluso al morir sus padres, le parecía que a su hermana le había resultado más fácil que a ella pasar por ese trance. Tenía una capacidad innegable para ser feliz. La prueba definitiva era que trabajaba en un banco. Un entorno laboral para personas felices y equilibradas. Todo lo contrario que ser profesora de lengua y literatura: un sometimiento diario a la interpretación de las palabras. Una profesión que te volvía inestable. En realidad, el problema no era la profesión. El verdadero problema eran los libros. Mathilde había leído demasiado. Quien ha leído demasiado no puede ser feliz. Todas las desgracias venían de la literatura. Envidiaba la escasa cultura literaria de su hermana; envidiaba esa vida en la que Flaubert no era más que un incierto recuerdo escolar.

Y entonces, se puso a pensar de nuevo en la escena de su madre gritando.

Una escena lacerante, que nunca se le iba del todo de la cabeza. Ahí fue cuando su vida dio un vuelco, pensó. Ella fue la primera que se enfrentó a la tragedia. La cronología la había perjudicado. Le parecía evidente: *la primera en presenciar la tragedia era la que iba a sufrir*. La que iba a pillar el sufrimiento como quien pilla una enfermedad. Mathilde estaba convencida de que todo habría sido distinto si ella hubiera estado profundamente dormida y Agathe hubiera encontrado a su madre tendida junto al teléfono. Pero no, fue ella la que oyó el grito, ella la primera en ver ese dolor que conduciría a la muerte. Y además, no despertó a su hermana. Mathilde se pasó toda la noche mirando el rostro feliz de Agathe al tiempo que oía los gemidos dolorosos de su madre. Esas horas en que las dos hermanas vivieron en planetas opuestos lo determinaron todo. Y aún hoy, Agathe seguía flotando en una felicidad inconsciente mientras Mathilde sufría.

23

A la tarde siguiente, como de costumbre, Mathilde fue a recoger a Lili a la guardería. Antes de volver a casa pasaron unos minutos en el parque. Una mujer le dijo a Mathilde:

—Qué hija tan guapa tiene.

—Muchas gracias —contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

24

Al igual que su marido, Agathe sentía cierto apuro por haber querido amañarle una cita a su hermana. Por supuesto, lo habían hecho con buena intención, pero saltaba a la vista que a Mathilde le seguía doliendo mucho haber perdido a Étienne; seguramente aún era pronto. Pero era tan difícil

entender a Mathilde... Nunca contaba nada, nunca se abría. Había que respetar esa postura, pero les ponía muy difícil a los demás seguir su proceso de curación.

Agathe le propuso ir a tomar algo. Frédéric se quedaría con Lili. Además, les sentaría bien distraerse un poco. En la esquina había un bar con buena pinta. Mathilde se fijó enseguida en que la clientela era bastante joven.

—Así es como te das cuenta de que te has vuelto vieja.

—¿De verdad? Yo nos veo bastante sexis —contestó Agathe, sentando desde el principio su intención de pasar una velada marcadamente optimista.

Se bebieron una botella de vino y puede que algo más, hablaron de todo un poco, Agathe empezaba a notar los efectos de la borrachera mientras Mathilde se notaba desesperadamente lúcida.

—¿Cómo estás ahora? —preguntó Agathe.

—Bien. O por lo menos mejor.

—¿Estás segura? Ya sabes que me puedes contar lo que sea.

—Ya lo sé.

—A veces me da la impresión de que me guardas rencor.

—¿Por qué dices eso? Con todo lo que estás haciendo por mí. Sin ti, no sé qué habría sido de mí... Solo estoy enfadada con mi vida.

—No deberías decir eso.

—No puedo evitarlo.

—Lo entiendo...

—...

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Sí.

—Ya no mencionas nunca a Étienne. Solo me gustaría saber cómo te sientes... respecto a él.

—No hablo de él porque no puedo pronunciar su nombre. ¿Qué quieres que te diga? Me ha dejado, qué le voy a hacer. Puede que esa sea la tragedia. Que tengo que aceptar una situación que me horripila. Pienso en él cada día, a todas horas. A veces me entran ganas de morirme cuando me lo imagino con la otra. Me digo que la dejará embarazada. Que será un infierno. Para siempre. Y luego, hay ratos en que lo llevo mejor. En cualquier caso, estoy progresando. A veces hasta me digo que tuvimos una relación muy bonita y que eso tampoco está tan mal.

Lo soltó todo del tirón, como si ya tuviera el discurso pensado y lo estuviera repitiendo. No soportaba hablar de Étienne, pero había accedido a contestar a su hermana, con toda la sinceridad de la que era capaz. A veces uno se confía, no por propia necesidad, sino para tranquilizar a los demás (una de las perversiones de la vida social). No cabía duda de que su hermana era adorable, pero ¿qué podía entender del sufrimiento? Nunca la habían dejado. Nunca había estado en Croacia. Frédéric no había salido con Iris antes de conocerla a ella. Otras tantas ecuaciones humanas que la inhabilitaban para comprender.

La mejor forma de no hablar de uno mismo es desviar el foco hacia otra persona.

—¿Y tú? —empalmó Mathilde.

—¿Yo?

—¿Qué tal con Frédéric? ¿Eres feliz?

—Pues claro. Me sorprende que me lo preguntes.

—Es solo por saber. Me importa tu vida. ¿Estáis tan pletóricos como al principio?

—Sí..., claro... Bueno, desde que nació Lili las cosas han cambiado un poco, como es normal.

Y además...

Se calló para no aludir a la presencia de Mathilde en el seno de su hogar. Esta prefirió no obviar el tema.

—Seguro que conmigo ahí... no tenéis muy fácil lo de la intimidad. Ya lo sé.

—Estaríamos mejor en un piso más grande, por supuesto. Pero Frédéric es un encanto, nunca dice nada. Puedes contar con nosotros, ya lo sabes..., aunque, en fin..., me gustaría saber cómo lo ves tú. ¿Sabes cuánto tiempo te quedarás?

—No lo sé. Puedo ir a casa de algún amigo, si os viene mejor...

—No..., no..., estás en tu casa.

—...

—¿Y lo del trabajo? ¿Has sabido algo? También cuesta mucho sacarte información sobre eso.

Aquella salida de hermanas «para relajarse» empezaba a parecerse a un interrogatorio. Por un instante fugaz, Mathilde pensó en levantarse de la silla y marcharse. No tenía por qué aguantarlo. Las preguntas de Agathe, aun estando justificadas, le parecían una intromisión insufrible. Se sentía humillada. Sin embargo, decidió poner buena cara y contestó:

—Sí, perdona. Iba a contártelo. Por fin me han dado fecha para comparecer ante la comisión. El director va a apoyarme. Pero no habrá sorpresas. No podré reincorporarme hasta que empiece el próximo curso, y en otro centro.

—Lo siento mucho.

—Es lo que hay.

—Y económicamente, ¿qué tal?

—De aquí a entonces seguiré cobrando solo parte del sueldo. Por eso me va a costar mudarme a otro piso antes de septiembre.

—Septiembre...

—Sí.

—Si quieres, podemos echarte una mano..., no será mucho, pero te bastará para alquilar un piso.

—¿Tantas ganas tienes de que me vaya?

—¡Pues claro que no! También lo digo por ti. Para que recompongas tu vida. Necesitas sentir que estás en tu propia casa.

—No sé muy bien dónde me tengo que sentir.

—...

—Me puedo ir a un hotel unos días para daros un respiro.

—¿Estás loca? Quédate el tiempo que necesites.

—Gracias.



—Y también puedes salir alguna noche. Tenías muchos amigos.

—Sí, os dejaré que estéis un rato solos. Prometido.

—Lo digo más que nada por ti. Te vendría bien ver a gente y salir por ahí. Para airearte. [\[16\]](#)

—Pues precisamente —mintió Mathilde— he quedado mañana con una amiga. Una antigua compañera.

—Estupendo... —contestó Agathe, mientras alzaba la mano para pedir la cuenta. El alcohol y la conversación la habían dejado exhausta. Quería descansar. Como de antemano se sentía incapaz de ir al banco al día siguiente, decidió recurrir a una fiebre imaginaria.

## 25

Hay gente que siempre está igual, resulta fascinante. Sabine pertenecía a esa categoría. Mathilde se encontró con la misma cara, como si le hubiese dado al botón de pausa. Las dos excompañeras habían quedado en un restaurante griego que tenía un menú de primero, segundo y postre con muy buena relación calidad-precio. Un criterio que carecía de interés puesto que Mathilde no tenía hambre; pidió una jarra de medio litro de vino tinto. Sabine llegó a la conclusión de que su compañera se había vuelto alcohólica. Pero las conclusiones de Sabine solían ser precipitadas.

Sea como fuere, pareció conmovérle que Mathilde la hubiera llamado.

—Estaba preocupadísima. Ya no contestabas al teléfono. No sabía qué más hacer.

—Ya lo sé. Perdona. Pero con todo lo que tenía encima, necesitaba aislarme del mundo.

—Aun así, podrías haberme llamado... —insistió Sabine, acusadora, como si fuera ella la que estuviera atravesando un mal momento. Como Mathilde callaba, suavizó un poco el tono.

—En fin, supongo que lo estarías pasando fatal. En el liceo no se hablaba de otra cosa. Yo no me lo podía creer, pero los chicos me lo confirmaron. ¿Cómo puede ser, Mathilde? ¿Cómo has podido pegar a un niño? Sobre todo a Mateo, con lo que lo querías...

—¿Hemos quedado para hablar de eso? Ya dije lo que tenía que decir.

—Lo siento, es que me cuesta entenderlo, nada más. Siempre has sido tan atenta... Para mí eras la bondad personificada. Bueno, y lo sigues siendo...

—...

Mathilde no dijo nada; le parecía que no estaban hablando de ella. «La bondad personificada.» Las últimas semanas habían ido borrando todo cuanto era antes. Por lo demás, casi ni se acordaba. Tenía la memoria borrosa. Necesitaba hacer un esfuerzo de concentración considerable para recordar a esa joven de la que se podía decir que era la bondad personificada. Cuando pensaba en su vida, solo veía a una mujer a la que Étienne había dejado. Solo veía una profesora a la que habían despedido del liceo. Se resumía en esos dos hechos; dos actos que en cierto modo le monopolizaban la mente. El sufrimiento había borrado su pasado. Le parecía surrealista que alguien le hablara de la persona que había sido antes; era como si se estuviesen refiriendo a una desconocida.

Mathilde dijo al fin:

—Por favor, no quiero hablar de mí. Te he llamado para escaparme de mi vida. Y enseguida pensé en ti, porque de todas las personas que conozco, eres a la que más le gusta hablar de sí misma.

Sabine, que tenía un sentido del humor bastante limitado, se quedó pasmada. No conseguía saber si lo último que había dicho Mathilde era una pulla o una broma bienintencionada. El caso es que era cierto. A Sabine le encantaba hablar de sí misma. De hecho, el despido de Mathilde la había dejado totalmente desamparada. ¿Con quién iba a desfogarse ahora en el comedor? Intentó hacer buenas migas con Mireille Baluche, una profesora de historia y geografía a punto de jubilarse; pero Mireille no sabía ni lo que era Tinder. A Sabine no le apetecía nada contarle su vida sexual a una mujer que, al parecer, había renunciado hacía años, o puede que décadas, al mundo de los hombres.[\[17\]](#)

Así que anduvo dando vueltas y abusando un tanto de los oídos de todos sus compañeros antes de renunciar al placer de contar sus aventuras. Incluso cabía dentro de lo posible que, en un momento dado, Sabine se hubiese metido en situaciones retorcidas con el único fin de contárselas a Mathilde; en ese sentido, era una representante perfecta de nuestra modernidad. Vivía su vida amorosa como los turistas que en los museos le sacan una foto a un cuadro en lugar de mirarlo de verdad.

Para mayor ironía, justo cuando Mathilde volvía a aparecer en su vida, Sabine no tenía mucho que contar. Era feliz, y la felicidad resulta aburridísima, narrativamente hablando. Aun así, Mathilde hizo como que quería saberlo todo. Sabine había conocido a Anthony en Tinder; era bibliotecario.

—Para serte sincera, físicamente no me llamaba mucho. Pero estaba harta de los rollos de una noche. De tíos casados, de tíos indecisos, de tíos que nunca se van a dar de baja en la aplicación, ya había pasado por todo eso. Así que cuando me topé con su perfil, me llamó la atención. Lo que más me gustó fue que se había hecho la foto delante de una estantería con libros. No sabes lo inusual que es eso. De hecho, era la primera vez que veía algo así. Nos pusimos a charlar, y resultó que por primera vez estaba hablando con un hombre al que se le notaba que quedar lo antes posible no era lo único que le importaba. Quería conocerme. Fíjate que me hizo un montón de preguntas. También eso era la primera vez que me pasaba. Normalmente, te hacen preguntas pero pasan de las respuestas. Te leen por encima mientras esperan a que te acuestes con ellos. A él empecé a interesarle en serio. Le hablé de mi infancia; gracias a él, por fin les puse nombre a algunas cosas que viví. Comprendí por qué era tan frágil y de dónde venía la poca confianza que tenía en mí misma. ¿Me estás escuchando?

—Sí, claro —mintió Mathilde.

—Ah, vale. Es que parecías distraída.

—Qué va. Y entonces..., ¿quedasteis?

—Sí. Pero antes le hice una última pregunta. ¿Quieres saber cuál?

—Sí —respondió Mathilde, bastante harta de esa forma que tenía Sabine de asegurarse siempre de que la estaban escuchando o la jaleaban cada vez que contaba un detalle nuevo; no le bastaba

con hablar, había que ponerle la alfombra roja a lo que decía.

—Llevo varias semanas cuestionándome un montón de cosas. En lo profesional, me refiero. Te parecerá una tontería, pero en serio me pregunto de qué sirve dar clase de español. Me doy cuenta de que todo el mundo pasa mucho de los profes de español. Lo que importa es hablar inglés. Así que le pedí opinión a Anthony. Le pregunté si él le veía algún interés a enseñar español. ¿Y sabes lo que me contestó?

—No —respondió Mathilde, consternada ante su insistencia, como si fuera humanamente posible saber qué le había contestado el bibliotecario.

—Me dijo: «Gracias a ti, los alumnos van a poder leer a Roberto Bolaño en su idioma. Y eso es maravilloso». ¿Te lo puedes creer? Me encantó su respuesta. Y me dije que, efectivamente, tenía sentido. De hecho, les mandé leer a los alumnos toda la primera parte de *2666* y a algunos los dejó maravillados la extraña belleza de ese universo. ¿Tú lo has leído?

—No —volvió a mentir Mathilde.

Por supuesto que había leído a Bolaño, pero si contestaba que sí se arriesgaba a que la conversación derivase hacia un análisis de su obra; a Mathilde no le apetecía lo más mínimo compartir opiniones literarias con Sabine.

El encuentro se estaba volviendo insoportable. A Mathilde la asqueaba lo que le contaba Sabine. Ya no era esa joven que representaba «la bondad personificada». ¿Se puede volver alguien malo de tanto sufrir? Cabía creer que sí. Si la vida me maltrata, me vuelvo maltratadora: ese podía haber sido el nuevo *leitmotiv* de Mathilde. Mientras pensaba en ello, Sabine seguía desgranando los episodios de su nueva vida con Anthony. En ningún momento tuvo la decencia de recordar que la joven que tenía delante estaba pasando una crisis especialmente dolorosa; y por mucho que hubiera salido de ella pedirle que hablase de sí misma, al menos podía haber hecho gala de algún tipo de pudor. O de decencia. Pero no. Lo contó todo. Las primeras citas, la carta de los restaurantes pormenorizada, las películas que habían ido a ver al cine, el primer beso y la revelación de los cuerpos, las conversaciones interminables (a Mathilde no le costó nada imaginárselas), el relato de sus respectivas vidas, con capítulo aparte para la infancia, en particular la de Anthony en Reims, con recorrido por la ciudad y visita comentada de la catedral incluidos; los planes de viajar a Berlín, Tokio y Honolulu; alguna que otra tensión a cuenta de las convicciones políticas; la presentación a las familias, que es un paso muy importante; reminiscencias de anteriores historias de amor, con Anthony evitando confesar de entrada que le había tentado la homosexualidad, y Sabine, que se había acostado con muchos hombres; en resumen, que todo se había ido organizando como en una novela preciosa, una novela que podría haberse prolongado indefinidamente de no ser porque en ese preciso instante, en mitad de una anécdota asombrosa, el hecho de que la víspera sin ir más lejos se habían cruzado con Alain Souchon por la calle, increíble, ¿no?, Mathilde la cortó en seco.

—¿Y a mí qué coño me importa? —dijo.

—¿Qué?

—Que qué coño me importa todo eso que me estás contando. No te puedes ni imaginar lo poco que me importa. Y eso vale también para todo lo que me has contado desde siempre. Tu vida me parece lo menos interesante del mundo. Preferiría reventarme los tímpanos a tener que seguir escuchándote.

—...

—Si he quedado contigo esta noche, solo ha sido para seguirle el juego a mi hermana. Quiere que salga, que recupere las relaciones sociales. Y no sé por qué he sido tan tonta como para pensar en ti. No me acordaba ya de lo insufrible que eres.

—...

—Aunque sí hay una cosa en la que coincido contigo: ese Anthony tuyo debe de ser un tío estupendo. Porque para aguantarte hay que ser un fenómeno.

—...

—Te dejo que pagues. Ya sabes que estoy sin trabajo —dijo Mathilde levantándose de la silla para salir del bar.

Sabine se quedó conmocionada unos minutos. También las lágrimas se le quedaron tan conmocionadas que no conseguían salir. Al cabo se serenó, pagó la cuenta y se marchó a su vez. Solo le apetecía una cosa: ir corriendo a contarle a Anthony lo que le había pasado.

## 26

Al día siguiente, Agathe le hizo a su hermana unas cuantas preguntas sobre la velada. Mathilde se zafó, limitándose a decir que se había emocionado mucho al volver a ver a su amiga.

## 27

Unos días después, Agathe le comentó a su hermana:

—El martes que viene, Frédéric y yo estamos invitados a una cena excepcional. Se celebra en el Grand Palais. Y va a asistir Macron. ¡Me muero por conocerlo! ¿Te importaría quedarte con Lili?

—¿El martes que viene?

—Sí.

—Lo siento muchísimo. Es el cumpleaños de Sabine. Le prometí que iría.

—Bueno, no importa. Llamaremos a una canguro. Y me alegro de que tengas una fiesta. ¿Ya sabes qué le vas a regalar?

—Sí. Seguramente un libro de Bolaño.

—Ah, no lo conozco.

A Mathilde le habría gustado contestar: «Sí, ya me imagino que no lo conoces», pero prefirió reservarse esa frase. Cada vez más a menudo tenía que morderse la lengua para no soltarle pullas a su hermana. Más valía no envenenar la situación. El hecho de vivir juntas, y para más inri en un espacio muy restringido, hacía que a ambas les resultase aún más difícil tolerar el carácter de la otra. La más afectada era Mathilde. Cualquier reacción de Agathe le merecía una opinión negativa, y solía pensar que su hermana sencillamente era idiota. A veces se exaltaba como una adolescente: «Va a asistir Macron. ¡Me muero por conocerlo!». Y además, detrás de esa cara de buena ocultaba una personalidad más perversa. A pesar de lo que había dicho Frédéric, saltaba a la vista que quien quería echarla era Agathe. No se atrevía a decírselo a la cara, fingía que podía esperar, pero a Mathilde ya no le cabía ninguna duda: su hermana quería librarse de ella.

Había pasado otra cosa bastante rara dos días antes. Mathilde estaba jugando con Lili en su cuarto, haciéndole cosquillas. La niña empezó a reírse con esa risa que tienen los niños, rotunda y extática. Era un momento único entre tía y sobrina. Agathe entró en la habitación y se quedó mirando la escena. Estuvo un ratito callada y luego dijo: «Qué bien se lo pasan algunas...». Su tono era seco, no exento, incluso, de cierta amargura, por no hablar de celos. Era innegable que, en las últimas semanas, Mathilde había estrechado lazos con su sobrina. Una forma de complicidad sensorial. A Lili le gustaba estar en brazos de su tía, le encantaba ese contacto suyo, y a veces hasta parecía que estar pegada a su mamá no la hacía tan feliz. Seguramente Agathe sentía lo mismo que algunas madres que trabajan demasiado o son de familia burguesa, cuando comprueban que sus hijos quieren más a la niñera que a ellas. Por supuesto que la alegraba que se tejiera ese vínculo entre su hija y su hermana, pero sabía que, en un momento dado, esa relación tendría que cambiar. Así Lili podría centrarse en su mamá. Mathilde no estaba en lo cierto al creer que su hermana tenía celos; no andaban lejos, pero aún no habían aflorado; digamos que la situación discurría por la orilla de los celos.

28

El martes siguiente, Mathilde se arregló para ir a esa fiesta de cumpleaños inexistente. Era el perfecto reflejo de su existencia. Todos los días crecía la sensación de llevar una «vida inexistente». Deambulaba por un reino donde sus acciones no llegaban a implantarse de forma concreta. Mientras el pasado se tornaba borroso, el futuro cobraba la forma de una fantasía en la que nadie podía creer. Las dos hermanas se desearon mutuamente una feliz velada, y Mathilde añadió:

—Dale a Emmanuel un beso de mi parte.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Agathe le contestó que lo diera por hecho. Nada como un toque humorístico, por nimio o pobretón que fuera, para aparentar que todo iba bien. Su relación se estaba volviendo francamente patética.

Mathilde optó por un bar en la otra punta de la ciudad, donde tenía la certeza de no toparse con ningún conocido. Estuvo dudando entre una o dos sesiones de cine, pero al final no se decidió a ir sola; cuando estaba con Étienne, era una de las distracciones favoritas de ambos. Tenían un abono e iban a ver lo que fuera. Casi todos los domingos.<sup>[18]</sup> Así que prefirió meterse en ese bar sórdido y, como si quisiera hundirse del todo, se sentó al fondo, cerca de los servicios. Era una sala inyectada de luces de neón cansinas. Salvo que alguien fuera un fugitivo o una pareja ilegítima (lo que viene a ser lo mismo), no existía ningún motivo humanamente válido para quedarse allí. Curiosamente, Mathilde se sintió bastante a gusto. Era un lugar que no colisionaba ni con sus recuerdos más remotos. Es posible desubicarse por completo con la fealdad de un lugar. En la otra punta, Mathilde se fijó en dos hombres que parecían estar hablando en polaco.

La camarera se acercó. Se plantó frente a Mathilde sin decir nada. ¿Le quitarían parte del

sueldo cada vez que pronunciara una palabra? Esperaba pacientemente a que la clienta que tenía delante formulase espontáneamente el motivo líquido de su presencia allí. Mathilde acabó pidiendo un whisky solo, sin haber llegado a oír la voz de la camarera. Quizá esa mujer fuese un genio vanguardista y tratara de trabajar sin abrir la boca. Existía otra posibilidad: sabía perfectamente que, cuando alguien iba allí y se instalaba al fondo del todo de ese bar sórdido, era porque no le apetecía hablar.

Mathilde se tomó tres whiskies seguidos sin sentirse mareada siquiera. Antes, con dos copas de champán ya perdía el equilibrio. El sufrimiento condena a la lucidez. Cada vez es más difícil huir de uno mismo. Un hombre cincuentón se sentó a su lado. Mathilde vio de inmediato que el tipo trataba de dar buena imagen, aunque el mero hecho de estar allí bastaba para excluirlo del mundo de los triunfadores. Por la panza se deducía que bebía mucho; saltaba a la vista que ese vientre hinchado estaba en relación directa con el consumo masivo de cerveza. Al cabo, se dirigió a Mathilde.

—Eres demasiado guapa para estar aquí. ¿Qué problema tienes?

—No tengo ningún problema. A menos que me hable.

—Déjate de cuentos. Si has venido aquí es porque estás mal. Y cuando uno está mal, siempre sienta bien hablar. Sobre todo con un desconocido. Y aún más con un desconocido bolinga que mañana ni siquiera se acordará de lo que le has contado.

—¿Qué quieres de mí exactamente? —dijo Mathilde, agresiva, tuteando al hombre a su vez.

—Nada en particular.

—¿Quieres echar un polvo?

—¿Cómo dices?

—¿Eso es lo que quieres? No me vengas con que me estás hablando porque te importa mi vida. ¿A ti qué coño te va a importar mi vida? Solo quieres follar. Menudo chollo para un viejo asqueroso como tú encontrarse con una tía joven y medio colgada. Total, si cuela, cuela. Pues mira, has hecho bien. Es tu día de suerte. Tengo ganas de que me la metan. Aunque no sé si tú podrás, con todo lo que privas, pero por intentarlo que no quede. Bueno, ¿nos vamos? ¿Dónde vives?

—...

El hombre vivía precisamente encima del bar. No se lo podía creer. Hasta le dio por pensar, por un instante, que a lo mejor esa mujer era una loca y lo iba a matar; pero todo el mundo los había visto salir juntos del local. No, debía de ser ninfómana. Era la teoría más probable. Aunque algo no encajaba. Tenía la sensación de que no era eso. Está claro que a una persona no se le puede leer la vida sexual en la cara, pero tenía la corazonada de que esa mujer no se había acostado con nadie desde hacía mucho tiempo. Era como si acabase de salir de la cárcel y se liara con el primero que aparecía. Pero... es que era guapísima. Podía haber elegido a cualquier hombre. Entonces, ¿por qué a él? Lo subyugaba su belleza, una emoción tan intensa que no iba a ser capaz de acostarse con ella.

En cuanto llegaron al piso, que era tan cochambroso como el bar de abajo, Mathilde empujó al

hombre al sofá. Enseguida se puso a acariciarle la entrepierna, y luego le desabrochó el pantalón. Tenía el sexo oculto entre los pliegues del vientre. Mathilde contuvo por un momento el asco. Estaba totalmente lúcida. Su comportamiento no tenía nada que ver con el alcohol. Varias veces se había planteado si la mejor manera de olvidar a Étienne no sería ensuciándose el cuerpo. Acostarse con cualquiera, con los hombres más insignificantes, disolver el recuerdo del cuerpo de Étienne en una multitud de cuerpos. La realidad era muy distinta. Ya no valía nada. Si la habían ofendido y despreciado, por qué no dejarse forzar también, para sentirse acorde con lo que pensaba de sí misma.

Cuando se metió el miembro en la boca, al menos empezó a ponerse duro. Se esforzó como si le fuera la vida en el placer de ese hombre. Él gemía más y más fuerte, soltaba estertores de animal. Acabó poniéndole la mano en la cabeza a Mathilde, empujando vigorosamente para acompañar los movimientos. Por fin, el hombre gozó con un grito de satisfacción. La obligó a quedarse así un poco más, hasta los últimos espasmos del placer. En la penumbra casi no se veía nada, era imposible saber el estado de ánimo de esa chica. Lo cierto es que ni siquiera ella sabía qué pensar. Por un instante, durante la felación, se planteó ceder a la violencia y morder el sexo hasta que sangrara; pero luego decidió satisfacer al hombre hasta el final. Aún tenía la boca llena de su semilla cuando se decidió a tragársela. Acarició todavía un momento al hombre, después se puso en pie de golpe y se marchó.

29

Al volver a casa, Mathilde se los encontró a todos durmiendo. La canguro se había ido. Sin embargo, eran apenas las doce. Una vez en el dormitorio, se acercó a la cuna. Lili tenía los ojos abiertos como platos. Mathilde pensó que la estaba esperando para dormirse.

30

Mathilde se despertó en plena noche por culpa de unos ruidos que venían del cuarto de baño. Como si hubiese alguien vomitando. A la mañana siguiente, Agathe tenía mala cara.

—¿Bebiste mucho anoche? —preguntó Mathilde.

—No, ni siquiera. No sé qué me pasa.

—¿Y qué tal la recepción?

—Regular. Macron ni siquiera se presentó. Volvimos bastante pronto. ¿Y tú?

—Estupendamente. Me encontré con varios excompañeros. Me ha sentado bien.

—Pues me alegro. Hoy me voy a quedar en casa. Ya he avisado al banco.

—Haces bien.

—¿Puedes llevar a Lili a la guardería?

—¿Y por qué no se queda con nosotras? Las tres juntitas en casa.

—Vale..., si quieres... —contestó Agathe, aunque pensaba todo lo contrario. Se encontraba tan mal que no quería tener por medio a su hija, pero resultaba difícil negarse a algo así sin parecer una madre poco cariñosa.

Agathe se volvió a la cama mientras Mathilde le preparaba el desayuno a Lili. Todos los días la niña parecía distinta. A lo largo de los dos últimos meses que habían pasado juntas, la tía había observado esa evolución paulatina e inevitable. ¿Qué futuro la esperaba? Una vida muy feliz, con sus cariñosos padres. Seguramente acabaría sufriendo antes o después por culpa de un hombre. ¿O sería al revés? Al fin y a la postre, solo existen dos bandos. Vencedores y vencidos. A Mathilde ya no le cabía duda: ella pertenecía a los segundos. Y le parecía imposible cambiar de equipo. A menos que fuera Alicia en el país de las maravillas y encontrara una especie de pasadizo hacia un mundo mágico. Mathilde se había convencido ya de que su camino solo conduciría a callejones sin salida. El curso siguiente volvería a trabajar. Solo con su sueldo, era evidente que no podría mudarse a un piso grande. Antes o después se enteraría de que Étienne e Iris se habían casado, o de que tenían un hijo. Puede que incluso dos. Y ella no podría decir nada. Ya no sería su vida. Habría roto definitivamente con sus amigos comunes, agravando así su soledad. Aún estaría pendiente el tema de su vida sentimental. Podía darse de alta, como Sabine, en las redes sociales y las páginas de contactos, empalmar citas con la esperanza de encontrar a la persona adecuada, esa que le haría olvidar a Étienne y creer que aún podía enamorarse. Pero no, no podía. El amor estaba muerto. Ya nunca podría aspirar a nada. Acabaría saliendo con un compañero. Quizá un profesor de historia y geografía. Ya lo estaba viendo; qué fácil era imaginárselo: alto, flaco, con camisas de manga corta desde el mes de marzo que le dejarían al aire los brazos largos y velludos. Se irían a vivir juntos al cabo de unos meses a un piso mucho más grande, y por las noches hablarían de los problemas del liceo y de algunos alumnos. En verano irían a España o a ver a la familia de Mathieu a Drôme o a Puy-de-Dôme. Sí, porque se llamaría Mathieu. Y la gente diría: qué gracia, Mathieu y Mathilde suenan parecido, y eso querría decir que estaban hechos el uno para el otro. Tendrían un hijo, y al cabo de cuatro años, una hija. A él lo entusiasmaría el fútbol y ella haría ballet. El cuarteto perfecto para una foto. Ya nadie podría saber que Mathilde seguía y seguiría siempre perteneciendo al bando de los vencidos. Y el hecho de cruzarse un día, por casualidad, con Étienne por la calle le confirmaría ese convencimiento. Intercambiarían unas cuantas trivialidades, a ella le seguiría pareciendo igual de guapo, y eso le volvería a doler. Procurarían hablar de sus respectivas vidas con vaguedades, como para no herir aún más los recuerdos comunes. A Mathilde ese encuentro fortuito la dejaría descolocada, y esa misma noche, después de acostar a los niños, se serviría una copa de vino en la cocina. Y luego otra. Al cabo de unos meses se echaría un amante. Se acostarían de vez en cuando y ella lo disfrutaría. Solo pensaría en eso, en sus citas sexuales secretas. Y luego se daría cuenta de que también era un callejón sin salida. Al igual que lo que sentiría por sus hijos: el amor materno parecería haber sucumbido al mismo tiempo que el amor sentimental. Por suerte, Mathieu sería un padre estupendo. Por lo menos en eso, Mathilde no habría fallado. Él seguiría siendo atento, pero ella se aburriría cada vez más a su lado, eso suponiendo que en alguna ocasión no le hubiera resultado plúmbea alguna de sus conversaciones... Aun así, no lo dejaría. Tendría otro amante, y luego otro. Y un día los niños se irían de casa. Mathieu y Mathilde tendrían una nueva vida por delante. Él se dedicaría a un incierto proyecto de novela histórica que nunca vería la luz. Y ella acabaría dejándolo para recorrer aún algunos territorios inexplorados del bando de los vencidos.

Se quedó sin saber cómo seguía la historia de su vida porque su hermana la llamó.



—¿Qué tal estás?

—He vomitado mucho, pero estoy algo mejor —contestó Agathe.

—¿Quieres que te prepare una infusión?

—Sí. Gracias por quedarte conmigo.

—Para eso estamos.

Mathilde se fue a la cocina a preparar el brebaje. Lili gateaba junto a ella. Entonces fue cuando Mathilde tuvo una corazonada. Volviéndose hacia su hermana, le preguntó:

—¿No estarás embarazada?

—¿Tú crees?

—No bebiste mucho. Estás vomitando...

—Pero si tomo la píldora... —dijo bajito Agathe, un poco apurada.

—Igual se te ha olvidado alguna vez...

—Sí, puede ser —confesó.

—Bueno, me llevo a Lili a dar un paseo y aprovecho para comprarte un test de embarazo.

—Gracias.

Cómo le pegaba lo de no ser honrada del todo. Cómo le pegaba tomarse la píldora a medias. Era una falsa. Siempre actuaba así. Como cuando le había presentado a un hombre sin decírselo abiertamente. Ponía a los demás ante situaciones consumadas y luego no podían decir nada al respecto. Pensándolo bien, había sido así toda su infancia. Egoísta, más que egoísta. Con lo pequeñita que era Lili. Casi no se ocupaba de ella, cómo se le ocurría tener otro hijo. Por apariencia, solo por pura apariencia. Y también para fastidiarla a ella. Para restregarle su superioridad. Era una forma de decirle: «Fíjate, Mathilde, tú sigues sin tener nada y yo sigo puliendo mi vida perfecta». Bastante injusto era todo para que encima fuera a tener otro hijo.

### 31

Al parecer, así era.

El test dio positivo.

Agathe se echó en brazos de su hermana.

Mathilde, asustada, fingió que se alegraba.

—Ni se te ocurra contárselo a Frédéric.

—Anda, ¿y por qué no?

—Hasta que no llegue al tercer mes, prefiero que no lo sepa.

—¿Tienes miedo de que te pida que abortes?

—Claro que no..., para nada —contestó Agathe, escandalizada—. Es solo por superstición. Prefiero decírselo cuando sea seguro...

### 32

Ya fuera por la maravillosa noticia o por la infusión que le había preparado su hermana, el caso es que Agathe se empezó a sentir mucho mejor a lo largo de la tarde. Se duchó, se vistió y recogió

un poco la casa. Lili llevaba durmiendo la siesta desde hacía casi una hora. Se había quedado muy buena tarde.

Agathe le pidió a su hermana que fuera a la terraza para ayudarla a podar unas ramas de hiedra que se estaban volviendo invasivas. Mathilde accedió sin ningún entusiasmo, pero, a fin de cuentas, el alojamiento conllevaba ciertas obligaciones. Fue a su cuarto a buscar un jersey grueso; aunque el sol brillara, tenía la impresión de que fuera se iba a congelar. Agathe pasó revista rápidamente a las macetas con flores del suelo. Los pétalos parecían la mar de felices. Luego, abrió la escalera de mano y subió tres escalones con las tijeras. Como la vez anterior, Mathilde tenía que sujetarla por la cintura. Agathe, flotando en una nube, podaba las hojas pidiéndoles disculpas, como una heroína de dibujos animados que hablara con los árboles y los animales. Después bajó y colocó la escalera dos metros a la izquierda; volvió a subir los tres peldaños. Estaba frente al vacío. Se inclinó. Y en ese preciso instante Mathilde le dio un empujón franco y certero.

Agathe perdió el equilibrio inmediatamente sin enterarse siquiera de lo que estaba pasando. Cayó lanzando un alarido de una violencia insoportable. Cualquiera diría que el grito había durado mucho tiempo, y hasta puede que aún le resuene en los oídos a Mathilde, pero no había sido así, apenas había excedido dos o tres segundos, y lo sustituyó un ruido seco y embrutecedor: el sonido del cuerpo chocando contra el suelo. Murió instantáneamente.

### 33

Los testigos de la caída alzaron los ojos hacia el edificio. Mathilde había retrocedido a tiempo y se fue a despertar a Lili. Llamaron a los servicios de socorro aunque ya no había nada que socorrer. Los bomberos subieron al piso y Mathilde, conmocionada, con una niña pequeña en brazos, repetía que era horrible.

Avisaron a Frédéric, que volvió enseguida del trabajo. Se desplomó delante del cuerpo de su mujer, que seguía tendido al pie del edificio, tapado con una sábana. Le empezaron a brotar lágrimas de los ojos de forma espectacular. Cuando subió a la casa, llamó a una prima suya para que fuese a recoger a Lili. Ni él ni Mathilde estaban en condiciones de cuidar de la niña. Detrás de los bomberos llegaron los policías. Tuvieron que interrogar a Mathilde para tratar de comprender lo que había pasado. Ella hipaba y no lograba enjaretar las frases, solo consiguió decir que Agathe se había sentido pachuca todo el día y estaba demasiado débil para levantarse e ir a podar las hiedras. De hecho, había intentado disuadirla, instándola a quedarse en la cama, pero no hubo manera, cuando se le metía una idea entre ceja y ceja no había nada que hacer.

—Sí, es verdad —confirmó Frédéric.

El policía le preguntó a Mathilde qué estaba haciendo cuando ocurrió la tragedia.

—Estaba con Lili. Estábamos jugando.

## Epílogo

El día del entierro, Frédéric parecía perdido. No conseguía articular el menor sonido. De todas formas, no había nada que decir. La familia, los amigos, los conocidos y los compañeros de trabajo formaban todos una muchedumbre que también parecía muerta. Aun así, en el momento en que el ataúd de Agathe se hundió en la tierra, Frédéric soltó un grito de dolor. Mathilde se acordó de su madre; era prácticamente el mismo grito; los dolores se unían.

Hubo luego algo parecido a un copetín bastante patético. ¿Qué puede decirse la gente en momentos así? Mencionaban mucho a Lili. La idea de que había que seguir adelante por ella. Sí, claro, balbucía Frédéric. Los niños son una razón para seguir adelante, añadía la gente. Y él entonces rompió en sollozos al pensar que su hija nunca más tendría a su mamá a su lado. Eso era lo que le parecía más insoportable; no pensaba en él como viudo, sino, sobre todo, en Lili como huérfana. Sabía que el cariño de su propia madre le había resultado determinante para hacerse a sí mismo y afianzar sus criterios. No había podido viajar a París; vivía en Niza y estaba muy enferma; la noticia de la muerte de su nuera la había dejado anonadada. Pronto le llegaría a ella la vez.

Mathilde se había quedado aparte. Cada vez que se le acercaba alguien para darle el pésame, se daba a la fuga. Igual que le pasaba a Frédéric, se sentía incapaz de hablar. Permanecía extrañamente confusa, y la mayor parte del tiempo no era en absoluto consciente de su responsabilidad. Se creía la versión oficial, la de una caída estúpida un día en que Agathe, con fiebre e indispuesta, se puso a podar la hiedra sin pararse a pensar en lo peligroso que era. Así que en su comportamiento no se notaba la mínima culpabilidad. Y luego la realidad volvía ocupar el primer plano en su memoria y algo así como una acidez le nublaba la vista.

Hugo se le acercó tímidamente. De entrada, Mathilde no lo reconoció. Él le dijo que estaba consternado, y fue al centrar la atención en la boca de ese hombre y recordar cómo se comía los cacahuetes cuando se acordó de quién era y de la cita amañada. Mathilde lo besó efusivamente en ambas mejillas, como para compensar lo fría que había estado entonces. Hugo resultó ser un amigo estupendo para Frédéric, siempre dispuesto a prestarle ayuda y apoyo. Incluso en el entorno laboral. No tardó en conocer a una mujer en un seminario fuera de París, y por fin fue dichoso.

Luego, todo el mundo se marchó a casa.

Y fueron pasando las semanas.

Un día, Frédéric guardó en el cajón de la mesilla una foto de Agathe que había encima. Le resultaba demasiado doloroso despertarse todas las mañanas y ver esa imagen. Y además, todo el mundo le decía que tenía que seguir adelante con su vida. Varias veces se quedó sorprendido de haber pasado dos o tres horas sin acordarse de que Agathe había muerto, como si, a fin de cuentas, sí que fuera posible vivir sin ella.

Cada noche, lo que lo hacía feliz era volver con Lili.

Mathilde cuidaba a su sobrina con tanta abnegación que se iba convirtiendo, con toda naturalidad, en una madre sustituta. Pronto volvería a trabajar y podría alquilarse un piso, pero prefería quedarse con Frédéric para cuidarlos, a él y a Lili. Sentía que estaba donde tenía que estar. Le parecía incluso que estaba experimentando algo inédito. Con Étienne siempre había habido cierta incomodidad; el amor apasionado nos mueve a amortiguar el mínimo gesto, a anticipar de forma exagerada las reacciones del otro, a extraviarnos finalmente por la laberíntica anarquía del corazón. Mathilde estaba ahora serena; cuidaba a un hombre, cuidaba a una niña pequeña. Había querido ocupar ese lugar. Era el que le correspondía. Ahora lo entendía todo. Había actuado para alcanzar la felicidad. ¿Cómo sentirse culpable? En torno, la alegría volvía por sus fueros de forma aún más espectacular. La noche anterior, el mismísimo Frédéric había soltado la carcajada en plena cena. Y mientras tanto, Lili dormía con una sonrisa plácida en la cara. Sí, era innegable. Era esa vida la que tenía por delante. Mathilde se había limitado a cazarla al vuelo. No tardaría en proponerle a Frédéric que cogiesen una canguro para poder salir los dos juntos. Quizá incluso fueran otra vez a oír a Schubert. Habían sido tan felices aquella noche. Podrían caminar de nuevo en la oscuridad nocturna, comentando sus impresiones, y sería maravilloso, completamente maravilloso, y ya nada se les podría poner por delante.

No, nada. Mathilde había actuado para cambiar de bando. Era una triunfadora. Acababan de concederle un nuevo destino en un liceo que le caía bastante cerca de casa. Era perfecto. Pronto volvería a hablar de Flaubert. En cualquier momento se cruzaría con Étienne e Iris por la calle y le daría igual. Incluso el vientre abultado de Iris la dejaría impertérrita. Todo lo contrario, solo le apetecería una cosa: darles las gracias. Sin ellos no habría conocido su felicidad presente. Le mandaría un regalo al niño cuando naciera.

Todas las noches, Frédéric y Mathilde cenaban juntos: ya no sacaban tanto a relucir los recuerdos relacionados con Agathe; poco a poco, había ido desapareciendo de sus conversaciones. Él hablaba de su profesión (ese apasionamiento había sido un factor decisivo en su esfuerzo por sobrevivir). Ella citaba a Flaubert y, a veces, antes de acostarse, le leía algunos

fragmentos. Frédéric, que como quien dice no había leído nunca una novela, estaba cada vez más entusiasmado. Una vez, en plena *Educación sentimental*, oyeron llorar a Lili. Mathilde dejó de leer para ir a coger a la niña en brazos. Volvió a quedarse dormida en pocos minutos. Mathilde regresó al salón.

—Listo, ya se ha dormido.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¡Qué bien cuidas a Lili! No sé cómo agradecerte... todo lo que haces.

—No digas eso. Es lo lógico.

—...

Mathilde volvió a acomodarse en el sofá y a coger el libro. Pero no siguió leyendo. Notaba que Frédéric la estaba mirando, así que evitaba que se les cruzase la vista. Él acabó por decir:

—Qué suerte tuvo Agathe de que fueras su hermana.

Nada más decir esas palabras, acercó la mano a la cara de Mathilde. Un mechón le caía por la cara, tapándole el ojo izquierdo. Frédéric se lo puso delicadamente detrás de la oreja.

## Notas

[1] Un sufrimiento moderno.

[2] «Quizá debería irme a vivir a una novela», pensaba.

[3] Podría decirse que «viajar a la India» es el del europeo de cuarenta años e «irse a Suiza» el que se impone a los sesenta.

[4] Mathilde, que había escrito una tesina sobre Flaubert, comprendió realmente el significado de esta frase sobre lo que supone conocer al ser amado: «El universo acababa de ensancharse de repente».

[5] Al pensar en eso, Étienne se refería a una película por la que Iris y él sentían veneración, *Domicilio conyugal*, de François Truffaut. En esa película, Kyoko, la pareja japonesa de Antoine Doinel, le dice: «Si me suicido con alguien, me gustaría mucho que fuera contigo».

[6] Que en este caso equivalen a una eternidad.

[7] Étienne pensó furtivamente: «Así es Iris, siembra dichas y luego escapa por miedo a que se marchiten ante sus ojos».

[8] Bromazepan, cuyo nombre comercial en España es Lexatin. (*N. de las TT.*)

[9] Muy posiblemente, en España pensarían lo mismo del francés; existe algo así como una reciprocidad en la agonía.

[10] En Francia son los bomberos los que se encargan de prestar los primeros auxilios en caso de emergencia y de trasladar al hospital al accidentado. (*N. de las TT.*)

[11] Una expresión espantosa que da la sensación de que uno estaba muerto con la persona anterior.

[12] Mathilde no llegó a saber si él había bebido muy deprisa o ella había pasado mucho rato en el baño.

[13] Mathilde pensó que no dejaba de ser una palabra apropiada: «Tengo que recomponerme porque estoy destrozada».

[14] Le pareció de una belleza absoluta, es más: la personificación del amor.

[15] Lo único que hizo antes de abrir la puerta fue darle una consigna extraña: «Sobre todo, ni se te ocurra mentar Croacia».

[16] Otra expresión estúpida, pensó Mathilde. Como si pudiera una airearse por dentro como se ventila una habitación.

[17] En realidad, Mireille Baluche se había percatado *ipso facto* de la fulgurante capacidad de Sabine para desplegar su vida en monólogos. De modo que en la primera conversación que mantuvieron fingió que no se enteraba de nada, y le salió bien. Podría seguir comiendo tranquilamente. Por otra parte, la vida sexual de Mireille Baluche era mucho más interesante y sorprendente de lo que pudiera parecer. Pero esa es harina de otro costal.

[18] Mathilde se acordó de pronto del carné de abonada al que no le estaba sacando partido. Al principio, era un buen sistema porque las localidades salían mucho más baratas. No se entendía cómo a los empresarios les traía cuenta. En realidad, les bastaba con esperar un poco. Las salas que tenían esa oferta debían de pensar que, antes o después, el titular del abono se quedaría plantado, pero lo seguiría pagando aunque ya no fuera al cine. A tenor de la inestabilidad de las relaciones sentimentales contemporáneas, al final uno siempre acababa cayendo. ¿Quién iba a ir hasta correos con el corazón roto para enviar una carta certificada solicitando una cancelación? Todas las ofertas comerciales irresistibles se basaban en la potencial desesperación del cliente en el futuro.

Título original: *Deux sœurs*

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2019, David Foenkinos

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Deepol by Plainpicture

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## NÚMERO 1 EN VENTAS EN FRANCIA

**La nueva novela del autor más versátil de la literatura francesa y «uno de los novelistas europeos más interesantes de la última década» (J. Ernesto Ayala-Dip, *Las Provincias*), con tres millones de lectores y quince premios literarios.**



«El corazón ajeno es un reino ingobernable.»

De un día para otro, la felicidad de Mathilde se derrumba cuando Étienne le anuncia «Voy a dejar el apartamento». No «Voy a dejarte». Pero Mathilde, profesora de literatura (en ese preciso momento está descubriendo *La educación sentimental* de Flaubert a sus alumnos), comprende lo terrible de la frase. ¿Cómo es posible que ese hombre al que ha amado locamente durante cinco años ya no la ame? ¿Cómo no hundirse frente a un vacío tan repentino como inaceptable? ¿Qué futuro le espera? Devastada, deja que su hermana Agathe la acoja en el pequeño piso que comparte con su esposo Frédéric y su hija Lili. Gradualmente, se empiezan a tejer nuevos lazos, insospechados, en este nuevo seno familiar donde todos luchan para encontrar un equilibrio. Hará falta muy poco para que todo dé un vuelco, porque Mathilde revela una nueva personalidad, tan peligrosa como inesperada.

### La crítica ha dicho...

«Con un talento único David Foenkinos transforma el retrato de una heroína inquietante en un *thriller* psicológico.»

Anne Michelet, *Version Femina*

«Oscura y de una eficacia implacable, *Dos hermanas* recuerda a *Canción dulce* de Leïla Slimani [...]. Tan feroz como irresistible.»

Laëtitia Favro, *Le Journal du Dimanche*

«Dentro de la literatura francesa, me gusta mucho Foenkinos, porque se sale de lo convencional y es capaz de reinventarse a sí mismo con cada libro.»

Joël Dicker

«David Foenkinos retrata con sensibilidad a una mujer atrapada en el tormento del abandono. Una novela claustrofóbica y perturbadora.»

Mohammed Aïssaoui, *Le Figaro Littéraire*

«Foenkinos es el mejor para mostrar las tragedias de la vida cotidiana, todo lo que esconde una mirada o un gesto, estas grietas íntimas que nacen de la nada.»

Hélène Harbonnier, *La Voix du Nord*



«Foenkinos posee un talento innegable y una intensidad únicas. Sus finales quitan el aliento.»  
Isabelle Potel, *Madame Figaro*

«David Foenkinos es uno de los novelistas europeos más interesantes de la última década [...], tocado por un formidable don de la invención, sumado a ello un oído perfecto para elegir el mejor sistema estilístico. [...] Sé que no me defraudará.»  
J. Ernesto Ayala-Dip, *Las Provincias*

**David Foerkinos** nació en París en 1974. Licenciado en Letras por la Universidad de la Sorbona, recibió también una sólida formación como músico de jazz. Entre sus novelas, acogidas con entusiasmo por los lectores y la crítica en todo el mundo y traducidas a muchos idiomas, destacan *El potencial erótico de mi mujer* (Premio Roger-Nimier 2004), *En caso de felicidad* (2004), *Los recuerdos* (2011), *Estoy mucho mejor* (2013) y, sobre todo, *La delicadeza* (2009). Merecedora de diez galardones, entre ellos el de los Lectores de Le Télégramme, el An Avel y el 7ème Art, también fue finalista de los premios literarios más prestigiosos en Francia, como el Goncourt, el Renaudot, el Médicis, el Fémina o el Interallié, y posteriormente fue llevada al cine por el propio autor y su hermano Stéphane. En 2010, Foerkinos, melómano y fan incondicional de John Lennon, decidió publicar una singular biografía novelada: *Lennon* (2014). En 2015 fue galardonado con los prestigiosos premios Renaudot y Goncourt des Lyceéens por *Charlotte*, un libro único que rescató del olvido a la pintora Charlotte Salomon. Tras el éxito de *La biblioteca de libros rechazados*, que está siendo adaptada al cine, *Hacia la belleza* es su última novela.

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

[Dos hermanas](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre David Foenkinos](#)